

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

Licenciatura en Creación Literaria

La puerta

Trabajo que para obtener el título en Creación Literaria

presenta

Eugenia Berenice Reza Dávila

Directora de trabajo recepcional

Mtra. Mónica Lavín

Codirectora

Mtra. Gabriela Valenzuela Navarrete

México D.F., Agosto 2009

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS[©]

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

A mi madre, Lourdes Dávila,

a la familia Dávila Sota,

a Saltillo.

Agradecimientos

A mi mamá, por su apoyo incondicional. A mi tía Esperanza Dávila, por facilitarme el archivo del abuelo y su propio trabajo de investigación, además de su tiempo, sus contactos y su casa en Saltillo. A mi maestra, Mónica Lavín, por su guía, comentarios, revisiones y acompañamiento en esta novela y sobre todo en mi incursión en el mundo literario. A las tías Sarabel, Leticia, Marusa, Lucha, Marilú, por sus agradables pláticas y su tiempo. Al tío Ramiro y a la tía Licha, por sus recuerdos. A Carlos Valdez, por sus conocimientos e interesantes comentarios. A Jesús Sánchez por ayudarme a comprender la historia de Acción Nacional y la relación que guardaba el partido en la vida de mi abuelo; a don Lorenzo Burciaga, a Armando Fuentes Aguirre, “Catón”, a Mario Herrera, a Marcelino Brondo, por sus anécdotas y su alentador interés en el tema. A Gaby Valenzuela por su asesoría en la Poética y por sus palabras tranquilizadoras. A Jaime Olivera por su dulce compañía y su apoyo. A mi padre Emilio Reza; A Nidya Gamboa, Anahí Azúa, Emma Covarrubias, Connie Martínez y a mis amigos y compañeros por los momentos de reflexión y también los de diversión. A la ciudad de Saltillo por haberme cobijado antes y ahora.

Contenido

Poética	5
Presentación e introducción. El estilo perseguido	6
La novela, origen de una visión	14
Un acercamiento narratológico	25
Ficción y realidad.....	37
La impresión de desarticular. Conclusión.....	49
Bibliografía	51
Frecuentar el futuro. Una novela inacabada	54

POÉTICA

PRESENTACIÓN E INTRODUCCIÓN

EL ESTILO PERSEGUIDO

La memoria es un ingrediente esencial en la búsqueda de los orígenes; hurgar en el pasado, en los recuerdos, se convierte en la primera tarea cuando se desea saber quién es uno mismo y de dónde se viene. Algunas veces es necesario buscar la memoria en la experiencia de otros, es decir, construirla, si es que no existe completa; crear y recrear el contenido de aquellos espacios en blanco que la pueblan; buscar en cada rincón de las conversaciones, recoger todos los fragmentos que se encuentren por ahí, tal vez completar la memoria faltante con los recuerdos de otros. Sólo el buscador decide cuándo su memoria está completa, o si requiere seguir armándola, edificándola.

Varias ideas me llegan a la mente cuando pienso en el trabajo que hice en *Frecuentar el futuro*. Sin duda entre ellas están fragmentariedad, mosaico, flash, imagen, origen, realidad, ficción. Cuando vino el primer impulso, supe que debía hacer una novela sobre mi abuelo materno, que debía conocer y desvelar la historia de la persona en quien encontraba el origen de mi gusto por la literatura y que escribir una novela era la mejor forma de hacerlo. Sabía que ésta tenía que estar lo más apegada a la realidad sin dejar de ser novela. También supe que no habría una historia central en cuanto a la vida del abuelo, o un pasaje específico de su vida que quisiera narrar y, por ende, que la estructura se me planteaba como un reto. En definitiva quería dibujarlo como el humano que fue y plasmar

también el proceso de la búsqueda. Continué la investigación y recopilé todos los datos que me fueron posibles. Fue hasta el momento de la confección, ya con la información procesada, que descubrí el orden de los factores, así como que la única forma de salvar un trabajo tan nebuloso era incluir no sólo todos los géneros necesarios, sino todo tipo de elementos que apoyaran la historia.

Para Milán Kundera la novela moderna, que nace con Cervantes, nos lleva a comprender “el mundo como ambigüedad, tener que afrontar no una única verdad absoluta, sino un montón de verdades relativas que se contradicen.”¹ En este sentido, presento un texto que plantea a la novela como género aglutinador de más géneros, ninguno de los cuales es poseedor de una verdad absoluta; más bien todos aportan para crear un todo de propuestas del cual únicamente cada lector escogerá la suya propia. Y agregaría: *Frecuentar el futuro* incluye muchos de los elementos que pueden caber en un libro, no sólo literarios. Involucra temas de ficción, realidad y no ficción, categorías que bien pueden agrupar —más allá de los géneros literarios, diría un clasicista, más allá de los géneros literarios establecidos, diría yo— los elementos integradores de mi novela. Sin lugar a dudas todo arte es el resultado de su propio tiempo. Pero ese será el tema de un trabajo posterior.

La estructura de *Frecuentar el futuro* al entretenerse con el tiempo, se divide en dos líneas narrativas, que titulo líneas del tiempo: la primera —no la nombro así por ubicarla antes o después, sino porque es detonadora de la otra— narra la historia de una mujer joven del siglo XXI que un día decide investigar la vida y obra de su abuelo, Óscar Dávila. La

¹ Milán Kundera, “La desprestigiada herencia de Cervantes”, en *El arte de la novela*, México, Vuelta, 1988, p. 14.

segunda se sitúa en el tiempo del abuelo y contiene elementos que remiten a la época y dibujan la vida de este hombre. En el tiempo de la novela ambas líneas suceden de forma simultánea, de manera que el lector accede a tiempos distintos con cada una, como si cruzara un umbral cada vez. Sin embargo, puedo decir que la segunda línea del tiempo brota de la primera. La segunda es el resultado de la primera, o la primera es el pretexto que origina a la segunda.

Cada línea del tiempo está escrita con una voz narrativa diferente, por lo que no sólo constituyen líneas distintas de tiempo, sino de punto de vista, perspectiva y cierto tono. La primera está narrada por una primera persona, voz de la protagonista, que me permite aumentar la cercanía, *cerrar la toma*, reducir el campo sensorial del lector y aumentar el efecto de la investigación y sus descubrimientos. La segunda línea es narrada por una voz en tercera persona *avec*, que corresponde a la perspectiva de Óscar Dávila, y es la que escoge la protagonista como voz narrativa. Este narrador permite una visión más amplia de lo que sucede sin perder la visión propia del personaje; gracias a ella pude acercarme al personaje sin lo obligatorio de la visión única de totalidad que implica un narrador en primera persona sobre el punto de vista, los sentimientos, decisiones y contradicciones de un personaje. De tal forma, los narradores corresponden a las distintas formas en que me relaciono como escritora con cada una de las situaciones y personajes; uno que en cierta forma es mi *alter ego*; el otro, que no conozco, pero voy descubriendo, recreándolo a pesar de su carácter real.

Como han dicho los novelistas, la novela es la suma de géneros. Según Viñas Piquer, para Schlegel “una novela es un libro romántico²” y “toda novela, por ser romántica, tiene que presentar elementos pertenecientes a otros géneros literarios, tienen que incorporarse todos los géneros³” y Schlegel dice: “Yo no puedo imaginar una novela, sino como una mezcla de narraciones, cantos y otras formas diversas... si hay una novela donde no tenga lugar un fenómeno tal, depende entonces más de la individualidad de la obra que del carácter del género.”⁴ En este sentido incluyo distintos elementos y géneros: una crítica en forma de carta (a la obra ensayística de mi personaje), estampa literaria, narraciones de anécdotas y momentos cotidianos al estilo *non fiction*, recortes originales de periódico, fragmentos de sus ensayos y de sus lecturas, y utilizo, también, técnicas de periodismo para la investigación, como la entrevista, que dentro de la novela se ven reflejadas en los testimonios, las voces que verdaderamente narran la historia.

Todos estos elementos nos remiten a la posmodernidad en que vivimos; en ésta, como autora, nací y he vivido. Desde esta perspectiva, el mundo se plantea sin fronteras y extremadamente abierto en algunas cuestiones, como en el acceso a la información con el internet, o en la posibilidad de acercarse fácilmente a cualquier cultura, visión que da el auge de los medios de comunicación. Pero este mundo de aparente apertura también se encuentra reducido en otros aspectos, como el de una verdadera libertad creadora en todos los sentidos de la vida, pues la falta de fronteras nos encamina hacia una unificación superflua; o como el inexistente libre flujo de personas, para las que sí existen barreras y cuya movilización entre países es considerada provocadora de graves problemas en los

² Más adelante abundaré al respecto.

³ David, Viñas Piquer, *Historia de la crítica literaria*, Barcelona, Ariel, 2002, p. 277.

⁴ Schlegel, Friedrich, cit. en: D. Viñas Piquer, Op. Cit., p. 277.

países desarrollados y nos lleva a pensar en los aclamados y olvidados Derechos Humanos. “La Verdad totalitaria excluye la relatividad, la duda, la interrogación y nunca puede conciliarse con lo que yo llamaría el *espíritu de la novela*”. Es este contexto fragmentario como resultado de contradicciones tácitas —contrario y a la vez inspiración para la creatividad— en el que se inscribe mi novela, como símbolo de la eterna búsqueda sin puerto que mueve al hombre. Se ha dicho que la novela es arte de descubrimiento. Yo me sitúo en el centro de ese cambio, en el proceso mismo, y hago del proceso, la novela.

Es importante asentar que en *Frecuentar el futuro*, la estructura, que teje dos tiempos y puntos de vista, ha ido madurando conforme avancé en la novela. Es decir, su significado e intencionalidad no fueron los mismos en un principio, ni estuvieron claros sino que en momentos posteriores continuaron clarificándose, porque, como dicen muchos autores, escribir una novela es descubrir poco a poco. De la misma forma, el tema de la novela fue variando. Inicialmente mi intención era tratar la relación de mi abuelo con la literatura, bajo la hipótesis de que había sacrificado esa parte tan importante en su vida por cumplir con sus deberes prescritos: familia, trabajo, política. Sin embargo, en estos momentos el objetivo es encontrar las inquietudes de este hombre respecto a lo que el mundo debería de ser, develar sus pasiones, su interés en la rectitud y los asuntos esenciales; la hipótesis sigue siendo la misma, pero el objetivo cambió, o mejor, se ha hecho más nítido.

Como hace Pedro Páramo, mi personaje viaja a la tierra de sus orígenes para encontrar respuestas a sus preguntas, siendo para ella la más importante de todas ¿quién fue mi abuelo? Ella regresa a buscar en la memoria colectiva, no limita “la cuestión del tiempo al problema proustiano de la memoria personal, sino a ampliarla al enigma del tiempo

colectivo.”⁵ Es decir, ella hurga en el pasado de sus raíces para formase esa idea de memoria colectiva, para participar en ella, así como para entender quién es, de dónde viene y cómo es que está en el momento en que está, pues “Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos”, como alguna vez dijo Borges. *Frecuentar el futuro* es una novela sobre la búsqueda de los orígenes.

El personaje se fue desarrollando y me permitió acercarme a él de una forma distinta. Me fue abriendo la puerta poco a poco, lento pero firme, y así, de a poco, aumentó mi campo visual y sensorial con respecto a él y su mundo. En un inicio traté de aproximarme a él de una forma ciertamente forzada y he llegado a comprenderlo mejor cuando me deshice de esta intención. Es difícil escribir sobre un personaje muy cercano, que además no se conoció, tratando de no traicionar su esencia. Según Robert McKee, “la estructura es el personaje; el personaje es la estructura”,⁶ es por eso que descubrir al personaje es tan importante, la idea que se construya sobre él será vital para desarrollar la historia. Al final, *Frecuentar el futuro* se convirtió en un mosaico de diversas visiones sobre un personaje.

Habiendo hecho estas reflexiones, me interesa ahora destacar la importancia del proceso: quería reflejar en la novela una situación de construcción desde varios puntos de vista. Ryszard Kapuscinski, en su obra *El emperador*, enfatiza en la información que dan los participantes de la historia; al contrario, en mi novela, el entrevistador es el personaje protagónico. La intención de los capítulos donde se incluyen testimonios es dejar ver en la novela no sólo el proceso de la investigación, sino también sus resultados.

⁵ M. Kundera, Op. Cit., p. 22.

⁶ Robert McKee, “Estructura y personaje”, en *Estudios Cinematográficos*, México, CUEC, sept-nov 2005, p. 9.

Respecto al estilo, me parece, como a Ortega y Gasset, que la forma viene con el fondo,⁷ aunque puede no ser éste el único modo. Uno arranca la escritura a partir de una pregunta o un motivo del contenido: un aspecto de un personaje, una situación, un desenlace, una escena. En el caso de esta novela, todo nació de la necesidad de descubrir a un personaje que se encuentra en mis orígenes y que vinculo con mi amor por lo literario, la lectura y la escritura. También contribuyó una especie de compromiso personal por rescatar una memoria familiar, y, en tercer lugar, hacer una aportación a la historia de mi ciudad adoptiva. Pero esto vino después del primer motivo.

En un principio, cuando el proyecto era confuso, el primer capítulo que escribí era apretado y acartonado, tirando hacia la grandilocuencia. Ahora, los visos de grandilocuencia —o elegante cautela— se han desvanecido un poco, aunque continúan, pero el tono se ha suavizado y fluye de una mejor manera; y esto, el *cómo* (la forma), se ha logrado gracias a la materia, el *qué*, y al acercamiento a los datos que con trabajo fui logrando. En total, la estructura y el estilo devinieron pensando la forma en que mejor podía expresar al lector aquello que me interesa.

Middleton Murry habla de tres posibles acepciones del estilo. La primera toma la palabra estilo como “esa individualidad de expresión con la que reconocemos a un escritor”,⁸ en este sentido, decir que alguien tiene estilo no significa alabarlo, sino reconocer su individual forma de escribir. En la segunda, *estilo* alude a “la técnica de expresión... [que] Es la facultad de exponer lúcidamente una secuencia de ideas.”⁹ Y completa diciendo que esta acepción se aplica más a la “exposición intelectual de ideas”,

⁷José Ortega y Gasset, *Meditaciones sobre la literatura y el arte (la manera española de ver las cosas)*, Madrid, Clásicos Austral, 1987, p. 196.

⁸Middleton Murry, *El estilo literario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951, p. 10.

⁹Ibídem, p. 11.

que a lo literario, pues un escrito puede tener la corrección gramatical y ortográfica necesaria para transmitir las ideas propuestas por el autor, y estar muy lejos de alcanzar la excelencia propia de una obra literaria. La tercera es emplear *estilo* en un sentido “absoluto”, y hablando del dramaturgo y poeta inglés Christopher Marlowe continúa:

Cuando decimos que Marlowe tenía estilo, nos referimos a una cualidad que trasciende toda idiosincrasia personal, y que sin embargo exige —o parece exigir— idiosincrasia personal a fin de manifestarse. En este sentido absoluto, el estilo es una fusión completa de lo universal y lo personal... estilo absoluto es la completa realización de una significación universal en una expresión particular y personal.¹⁰

Aquí me he referido indudablemente a *estilo* en la primera acepción que propone Murry. En los capítulos referidos al personaje del abuelo, me detengo en los detalles, intentando “amueblar” la novela, como dice Eco en las *Apostillas a El nombre de la rosa*; utilizo un tono traslúcido, que refleja el ritmo de aquella época que describo y sobre todo de la vida del personaje. En cambio, en los capítulos de la investigadora, el estilo se constituye con un lenguaje más actual y directo.

La construcción de esta novela ha significado un reto emocional para mí. En un primer momento me enfrenté a la gran cantidad de versiones y visiones sobre “el abuelo”; después de casi un año de acercamientos a la familia —ahora como investigadora, no como miembro— he ido formando mi propia versión del personaje y de la historia, pues no conocí al protagonista. En esta búsqueda me ha sido necesario aprender a distanciarme de algo que *es* tan cercano, convertir la realidad, la *mía* —mis orígenes, mi pasado oscuro y luminoso— en materia literaria. Tal vez triunfó la desconfianza. En otras palabras, aprendí a convertir las preocupaciones emocionales en preocupación y quehacer literario.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 13.

LA NOVELA, ORIGEN DE UNA VISIÓN

Cuando cursaba el tercer año de secundaria, llevé una clase de historia de la literatura. Unas semanas antes del examen semestral, la profesora hizo un repaso de todo lo visto y al terminar el resumen de cada período o corriente preguntaba si había dudas. La única pregunta que me saltó de la boca, sin haber levantado la mano siquiera, fue al llegar a la sección del romanticismo. Pregunté si la literatura romántica tenía qué ver con la de Roma. Me ruboricé de inmediato, intuí que mi pregunta era tonta. La profesora dudó un momento, pero en seguida, recuperando su postura docta, contestó “no”. En ese momento no pude explicarme bien, pero me refería a la similitud de los vocablos, por obvias razones. Años después, en la clase de literatura europea medieval supe la respuesta a aquella pregunta.

Todo inicia con las conquistas romanas, aproximadamente del 31 a.C. al siglo V, cuando van apareciendo las lenguas romances, mezcla del latín y las lenguas oriundas. Tiempo después, como inquietud natural, la gente de letras comenzó a traducir a sus lenguas natales, ahora romances, las piezas literarias compuestas en latín. *Mettre en roman*¹¹ (poner en roman) era la frase en francés que se utilizaba para hablar de la “traducción”. Lo pongo entre comillas porque éstas no eran realmente traducciones, sino reinterpretaciones del traductor, traducciones comentadas o nuevas versiones del original, pues el “traductor”, seguramente siguiendo su código de ética, le agregaba de su cosecha. Bien se dice en italiano *traduttore, traditore*.¹² Así que estas piezas “traducidas”, aunque fueran crónicas, hagiografías, memorias o disquisiciones filosóficas, en algunas ocasiones

¹¹ Rosina Conde, apuntes de Literatura europea medieval, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, sept. 2006-feb. 2007, s/e.

¹² Traductor, traidor.

terminaban convirtiéndose en ficciones; tan frágil es la línea que separa a la ficción de la realidad en literatura. En el imperio de Carlo Magno¹³ se les llamó *roman* —como todavía en la actualidad se le nombra a la novela en Francia—, puesto que estaban compuestas en lenguas romances.

Desde entonces se continuó llamando *roman* a las novelas de caballería, ya ficciones formalmente asumidas que tratan el tema del amor cortés, aquel amor idealizado, ciertamente imposible, por el que se está dispuesto a casi todo y que nace contrapuesto al amor marital por mutuo (o no tan mutuo) acuerdo, que tenía un fin más bien utilitario. En definitiva, este tipo de historias ideales y maravillosas, que “enaltecen” al género femenino obedeciendo a visiones patriarcales, tuvieron tanta resonancia que el término que las designaba, *roman*, se usó para nombrar a este nuevo tipo de amor que era el amor cortés; o amor romántico, como lo conocemos hoy.¹⁴ De ahí que debido a su naturaleza, toda novela *es* romántica.

Este origen de la novela¹⁵ me parece importante puesto que nos habla de su naturaleza. Desde que tuve consciencia de pertenecer al mundo de la literatura he escuchado reiteradamente referencias al Quijote como origen de la novela moderna; mas no de la novela como género. Quienes han hablado de manera más o menos formal sobre la novela de caballerías como origen del género han sido los historiadores, antropólogos, psicólogos y filósofos, que se han valido de la literatura para desarrollar sus estudios

¹³ No olvidemos la supremacía del imperio franco de Carlomagno a fines del siglo VIII y a principios del XIX, que por primera vez unificó Europa.

¹⁴ R. Conde, Op. Cit.

¹⁵ García Gual habla de distintos orígenes de la novela en: “Introducción”, en Chrétien de Troyes, *El caballero de la carreta*, trad. Luis Alberto de Cuenca y Carlos García Gual, Ed. Siruela, México, 2000, p. 13.

sociales.¹⁶ Beristáin habla de las raíces de la novela en varios géneros griegos, como los diálogos socráticos, la sátira menipea, la epopeya, la retórica y el carnaval.¹⁷ Sin embargo, desde mi punto de vista, aunque son parte del origen no son las únicas raíces.

La épica tiene un origen más antiguo: en la literatura védica hindú. Según la tradición, Viasa, autor de los Vedas y de la literatura explicativa que los acompaña, los escribió augurando el inicio de la era de Kali, antes del 3102 a.C. Algunos estudiosos sitúan el origen de los Vedas entre el 4,000 y el 2,500 a.C, otros entre el 1400 y el 1000 a.C. De cualquier forma me interesa hablar del *Mahabaratha*, la gran obra épica mitológica de la India, que consta de 100,000 versos, ocho veces más largo que la *Iliada* y la *Odisea* juntas.¹⁸ Ahí ya se contaban historias de guerra y de amor. Dentro de este poema también se encuentra, por ejemplo, el *Bhagavad Ghita*, un diálogo filosófico entre Krsna y su pupilo-primo, Arjuna, por hablar de que desde entonces en las narraciones de largo aliento se insertaban elementos diferentes a lo narrativo. Pero son también historias o géneros literarios con fines moralizantes, para dar a conocer hechos históricos, para crear o reafirmar la identidad de un pueblo, para educar y reflexionar; su fin no es el de la experiencia estética, como tal vez el de la novela de caballerías sí.

Existe otro antecedente muy distinto: la novela pastoril o bucólica. Me extraña que Beristáin tampoco hable de ella. Este género ya comparte varias características con la novela moderna y se desarrolló entre el primero y el quinto o sexto siglos.¹⁹ Juan Valera

¹⁶ García Gual menciona a Dumézil, Lévi-Strauss, Hegel, Lukács, Goldman, en: *Ibíd.*, p. 34.

¹⁷ Helena Beristáin, *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa, 2006, p. 364.

¹⁸ Vyasa, "Introducción" en: *Mahabharata. El mayor poema épico de la India*, Barcelona, Edicomunicación, 2006, pp. 7-15.

¹⁹ Juan Valera, trad. "Introducción" en: *Dafnis y Cloe*, s/p, http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02587207600292773089079/p0000001.htm#I_1_

dice en la introducción de *Dafnis y Cloe* que antes de la novela pastoril, la novela “No era la ficción individual... era obra de la imaginación colectiva: no era historia fingida adrede, sino creída y soñada; era tampoco de casos meramente domésticos, sino importantes al pueblo todo o a todos los hombres”.²⁰ Sin embargo, más adelante dice de la novela pastoril: “los moralistas se valían de ella para inculcar sus preceptos”. Hay, sin embargo, otras características que la novela pastoril no posee y la de caballería sí:

... no se empleaba lo que hoy podemos llamar color *local y temporal*, sino cuando esto salía sin caer en ello los autores, ni mucho menos había, ni era posible que hubiese, este análisis psicológico de las pasiones y efectos, que hoy se usa y agrada tanto... En cambio, el empleo de lo sobrenatural y prodigioso no era tan difícil.²¹

Como vemos, la novela pastoril trata ya de lo privado, aunque no abunda en la personalidad de sus personajes.

Este breve repaso histórico de los antecedentes de la novela junto con la anécdota adolescente inician este capítulo porque me parece de vital importancia la historia del vocablo romántico y su relación con el origen de la novela. Schlegel afirma de ella que es un género romántico por excelencia, romántico en el sentido más puro de la palabra; por idealista, porque afecta directamente a las emociones y a la sensibilidad. Todos los géneros literarios, así como las obras de arte, se encaminan a tocar los sentimientos y la imaginación de quien las aprecia; sin embargo, entre los géneros literarios es la novela la encargada de profundizar en las emociones de los personajes. Precisamente por esa razón es idealista, no porque presente personajes idealizados, sino porque el lector accede a los ideales de sus personajes, sean éstos de cualquier índole. Por supuesto que el cuento — sobre todo el contemporáneo— puede llegar a tal profundidad que se interne en los

²⁰Ibídem. s/p.

²¹ Ibídem, s/p.

laberintos emocionales de sus personajes; pero debido a su extensión, la novela no sólo profundiza, sino que abunda en estas profundidades. Podríamos decirlo de otra manera: no es que la novela *pueda* profundizar, sino que su tarea principal *es* sumergir al lector en estas profundidades.

Para Mijaíl Bajtin, la novela es una “forma composicional de organización de masas verbales”. Al leer la frase se me ocurrió que era un buen símil comparar la extensión de la novela con una manifestación de *masas* populares, dentro de la cual hay infinidad de *individuos* que fácilmente se *confunden* con (o convierten en) un *todo*. Según Bajtin, una novela es concretamente el “acabado artístico de un hecho histórico o social”, una “variante del acabado épico” y en conjunto “un fenómeno multiestético, discordante y polifónico.” Debido a esta última característica, encontramos en la novela elementos distintos a la narración artística autoral, tales como otras formas de narración tanto orales como escritas, semiliterarias y no literarias,²² además del “habla estilísticamente individualizada” de todos los personajes, misma que responde a distintas visiones y dialectos o lenguajes sociales.²³

Para Helena Beristáin, la característica más importante de la novela frente a otros géneros literarios es la polifonía, concepto creado por Mijaíl Bajtín: un conjunto de elementos heterogéneos que conviven en la estructura de una novela. Para lograr esta polifonía es necesario reconocer la identidad propia de los personajes y situaciones, distinta de las ideas del autor —el “yo ajeno”, como lo llama Bajtín—; así como la independencia de todos y cada uno de los elementos de la novela respecto a la voz de su propio autor. De

²² Semiliterarias como cartas, diarios, etc; y no literarias como digresiones morales, filosóficas, científicas o descripciones etnográficas, etc.

²³ Mijaíl Bajtin cit. por: H. Beristáin, Op. Cit., p. 363. IR DIRECTAMENTE A BAJTIN

esta forma, cada elemento se convierte en una voz o conciencia *autónoma*, que en conjunto logran la *polifonía*.

Dentro de la novela este conjunto de elementos interactúan mediante el dialogismo, o diálogo²⁴ que no sucede sólo entre los personajes, sino entre las situaciones también. La polifonía en la novela

...no ofrece sólo la oposición... en el diálogo, entre las ideas de un protagonista, sino en todos sus niveles y en todos los elementos de su construcción, ya que se contradicen las narraciones..., los hechos, las interpretaciones, los rasgos psicológicos de los personajes, todas las manifestaciones de la vida humana, y “todo lo que posee sentido y significado.”²⁵

Esta característica ya se perfilaba desde los inicios de la novela, pues en efecto es la nueva propuesta que la novela hace a la literatura al modificar la narrativa; aunque, como todo, los rasgos de este plurilingüismo o polifonía fueron endeble en un inicio. Al respecto, Valera señala como característica que diferencia a la novela primigenia (pastoril) de la épica, que en la primera:

Las personalidades ajenas, opuestas e inconfundibles interactúan dentro de la unidad del acontecimiento espiritual en que tiene lugar el contrapunto de los pensamientos. El acontecimiento (...) es el diálogo que se reproduce, dado entre las voces, los acentos, los horizontes distintos y las valoraciones contradictorias.²⁶

Sin embargo, según Beristáin, la novela polifónica aparece claramente en el panorama literario a partir de la obra de Fiódor Dostoievski,²⁷ a mediados del siglo XIX, aunque considera que tiene sus antecedentes en autores como Shakespeare y Cervantes.

Bajtín clasifica la novela según los principios que rijan la estructuración de la imagen del héroe: a) del vagabundeo, b) de la puesta a prueba, c) del desarrollo (moral o de

²⁴ En el siguiente capítulo se abordarán las definiciones de diálogo y dialogismo, aplicadas a *Frecuentar el futuro*.

²⁵ H. Beristáin, Op. Cit., p. 402.

²⁶ *Ibídem*, p. 367.

²⁷ *Ibídem*, p. 366.

educación). Tatiana Bubnova analiza el trabajo de Bajtin y encuentra, según su clasificación, las características de la novela moderna: 1) la nueva forma de estructurar a los personajes, como héroe inacabado, 2) el cambio en la representación del tiempo y el espacio del mundo, en la novela moderna más específico, 3) el discurso plural (polifónico) de la novela.²⁸

Con todos estos elementos, Beristáin enuncia claramente la diferencia entre la novela y los demás géneros narrativos. Ésta tiene un interior en ebullición, donde muchas voces, formas, lenguajes, visiones —una o varias de ellas— se conjugan y encuentran un nuevo espacio creativo: “Su naturaleza artística proviene de que coinciden en una armonía, aunque cada una aporta una voz distinta.”²⁹

Desde que inicié este estudio me he preguntado el porqué de la opinión aparentemente generalizada de que la novela posee un bajo nivel literario y que por lo tanto, su muerte es inminente, siendo que es el género que más vende. Al respecto veamos lo que dice Valera cuando se refiere al autor de *Dafnis y Cloe*: “Es cierto que [Longo] no debe considerarse como un autor clásico; pero también es cierto que su obra pertenece a un género más de moda hoy que nunca; Dafnis y Cloe es una novela... y como, a mi ver, es la mejor que se escribió en la Antigüedad clásica...”³⁰ Aquí, quien fuera miembro de la Real Academia de la Lengua, nos ofrece un dato interesante: desde la época de Valera, mediados y finales del siglo XIX, la novela gozaba ya de buena popularidad. Aunque también deja claro la calidad de arte menor que le otorga al género al negarse a considerar a Longo un clásico; y más

²⁸ *Ibíd.*, p. 367.

²⁹ *Ibíd.*, p. 402.

³⁰ J. Valera, *Op. Cit.*, s/p.

adelante abunda: “harto sé no obstante, que los libros, no ya clásicos y capitales, por decirlo así, sino de segundo orden, como suelen ser las novelas, están aún más sujetos a la moda que los demás libros.”³¹

Este tipo de consideraciones sobre la literariedad dudosa de la novela provienen de la tradición de vincular al arte —en este caso la literatura— con los usos, costumbres y necesidades sociales; de sujetar la belleza a lo grandioso, todo lo cual significaba que la literatura clásica, la que podía pasar a la posteridad como es la función de todo buen arte, era aquella que tiraba a la grandilocuencia, a narrar las colosales hazañas y a dejar claros los ejemplos a seguir: “No era la ficción individual...: era la obra de la imaginación colectiva; no era historia fingida adrede, sino creída y soñada; ni era tampoco de casos meramente domésticos, sino importantes al pueblo todo o a todos los hombres.”³²

Beristáin dice que la dinámica propia de la novela (la polifonía, la integración de diversos géneros y elementos literarios) “proviene de la búsqueda de la verdad y de su puesta a prueba.”³³ Ya no es la intención del arte expresar las cualidades de La Verdad unificadora, sino encontrarla; descubrir la suya propia. En este sentido, para Héctor Ceballos Garibay la novela adquirió sus características definitivas en el siglo XVIII, momento en que aparece una estructuración coherente y clara del argumento literario, así como una caracterización psicológica de los personajes, una “descripción verista del ambiente”, “la aparición de un héroe problemático y autónomo” y una utilización frecuente de los diálogos. Todas estas características se conjugan al mismo tiempo, es decir, no aparecen aisladas como anteriormente. Ceballos Garibay ubica a la novela moderna como

³¹ *Ibíd.*

³² *Ibíd.*

³³ H. Beristáin, *Op. Cit.*, p.367.

hija de la clase burguesa,³⁴ clase que fue modificando las ideas del destino determinado por lo mítico religioso y le dio a la literatura la encomienda de tratar sobre la práctica individual, el ámbito de las decisiones privadas y lo íntimo. La utilización cada vez más acentuada, en la novela moderna originada en el siglo XVII y más aún en la contemporánea, de temas “domésticos”, particulares, no generales y, en los últimos tiempos, de formas un tanto fragmentarias, expresamente polifónicas desde el siglo XIX, según Bajtin, está vinculada, necesariamente, a esta forma distinta de comprender y construir al ser humano y sus situaciones, a saber, como individuo inmerso en la sociedad y no como una parte más de ella. Esta visión comenzó a fraguar, precisamente, con los cambios del XIX, después de una prolongada incubación a lo largo del Medioevo y, en específico, en el momento en que las ciudades se formaron, cuando los siervos, prófugos, desterrados o exiliados se convirtieron en mercaderes y fundaron ciudades “liberadas”, donde había personas “libres” para vender su fuerza de trabajo. Es por eso que la novela moderna está indisolublemente ligada a las ciudades, pues aunque algunas historias no sucedan en ellas, las ideas que implica *la ciudad* como centro de la organización de la vida³⁵ están siempre presentes en los personajes. En la literatura —ya bien, la novela— el elemento citadino se refleja en la construcción del personaje, su contexto e historia.

El siguiente período de mudanza en la novela fue después de la segunda Guerra Mundial, cuando inicia una gran difusión de las nuevas teorías filosóficas y científicas y aparece una “trasmutación radical de los patrones éticos y estéticos decimonónicos y el

³⁴ Héctor Ceballos Garibay, “Novela y periodismo. La prensa, escuela de autores”, en *Etcétera, semanario de política y cultura*, no. 243, 25 de septiembre de 1997, p. 18.

³⁵ Aunque la vida entera de algunos personajes suceda en el campo y nunca lleguen a conocer las ciudades, saben que es ahí donde se toman las decisiones, donde se asienta el gobierno y donde se producen la mayor parte de los insumos.

surgimiento de una cosmovisión relativista, oscilante entre el nihilismo y el pragmatismo, el escepticismo y el cientificismo, el pesimismo y el utopismo científico.”³⁶ El arte nunca está desligado del contexto social, intelectual y cultural en que se desarrolla; es un reflejo de él, tal vez un vaticinio, una genuina aclaración humana sobre los momentos históricos existentes y venideros. De esta forma “la novela del siglo XX y principios del XXI se ha visto obligada a buscar nuevas formas y estructuras, nuevas maneras indagatorias de asumir la realidad”, dice Susana Pagano.³⁷

Para Eduardo Antonio Parra, las características de la novela contemporánea, en un repaso rápido a los mejores cuentos y novelas de la relativamente joven tradición mexicana, se resumen en tres: provocación, seducción u violencia.³⁸ La primera es la actitud vital de un narrador quien aprehende al mundo sin pudor y desciende en sus profundidades. Después interviene el pudor, para lograr una verdadera seducción, saber “hasta donde se debe mostrar”. La violencia puede ser verbal o estructural y también tiene el cometido de causar una atmósfera de extrañamiento. En la novela contemporánea también se les da más libertad a los personajes y a sus voces narrativas, Muchos autores lo han dicho: sus personajes los visitan, como dice Antonio Tabucchi de su rechoncho personaje y nos adelanta la cuestión desde el título en que misteriosamente anuncia: *Sostiene Pereira*. También Ana García Bergua dice que Antonio, protagonista de *Púrpura* le dictó la novela

³⁶ H. Ceballos Garibay, Op. Cit.

³⁷ Susana Pagano, “Reverencia frente a la página en blanco” en: Cristina Rivera Garza coord., *La novela según los novelistas*, México, CNCA-Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 140.

³⁸ Eduardo Antonio Parra, “Provocación, seducción y violencia”, en: C. Rivera Garza coord., Op. Cit., pp. 40-44.

de principio a fin;³⁹ y Mónica Lavín ha dicho alguna vez que son los propios personajes quienes deciden sus vidas dentro de la novela.⁴⁰

En muchas ocasiones, el autor de la novela contemporánea le deja al lector el camino puesto para que él haga su propia interpretación de la historia, dándole guías como las estructuras o las voces narrativas discontinuas que nublan la claridad en aras de convertirse en representaciones más fieles del entendimiento humano, que va sucediendo por partes, según se tiene conocimiento de los hechos y las emociones van evolucionando. Cuando alguien lee una historia se interpreta a sí mismo de otra manera, o “sencillamente, comienza a comprenderse”.⁴¹ Y las atmósferas en la novela emulan esta parte de la realidad en que el hombre se interpreta o interpreta al mundo.

La novela ha proyectado anticipándose a todos los géneros literarios, y tal vez artísticos, la hibridez que nos inunda en todos los ámbitos y está cada vez más presente en la vida contemporánea. Me atrevería a decir que ésta es el estandarte de la contemporaneidad literaria; cuando menos, su signo primigenio. Contradiendo lo que alguna vez uno de mis profesores propuso: “No escriban novela. Ahora cualquiera puede escribir novela”, afirmo: al contrario que el cuento, ubicado por la mayoría de la gente ajena a la literatura como género infantil y puesto que es más popular e incluso la gente la ubica como “lectura seria”, la novela, en todas sus formas, es el género contemporáneo por excelencia.

³⁹ Ana García Bergua, “Un mundo paralelo” en: C. Rivera Garza coord., Op. Cit., p. 66.

⁴⁰ Mónica Lavín, APUNTES TERMINAR

⁴¹ Guillermo Fadanelli, “Andarse por las ramas”, en: C. Rivera Garza coord., Op. Cit., p. 87.

UN ACERCAMIENTO NARRATOLÓGICO

Para fines prácticos, he escogido hacer un análisis ecléctico de mi novela en el que predominan los conceptos narratológicos. He tratado de dividir este capítulo en secciones en las que desmenuzo los componentes estructurales según las categorías de análisis: estructura de la narración, temporalidad y formas discursivas, en las que incluyo narración y narradores, descripción y diálogo.

ESTRUCTURA DIEGÉTICA

Como he adelantado en la introducción, *Frecuentar el futuro* está construida con una estructura de doble diégesis. El lector de esta poética habrá advertido que llamo “línea del tiempo” a cada una de estas diégesis, por la simple y sencilla razón de que suceden en tiempos históricos distintos, una a mediados del siglo pasado y la otra en el tiempo actual; y es la que sucede en tiempo actual la que “genera” a la segunda. En la primera aparecen las aventuras de la protagonista de la novela. Eso incluye capítulos donde se relatan las acciones de esta protagonista, los testimonios de la gente que conoció al abuelo de la protagonista, desde familiares, compañeros de trabajo y de lucha política, hasta estudiosos de su obra y su biblioteca. También hay inserciones de escritos del abuelo encontrados por la protagonista, de las lecturas habituales del abuelo, y unos recortes de periódico viejo. En la segunda línea del tiempo aparecen recreaciones de pasajes de la vida del abuelo, Óscar Dávila, hechas por la protagonista, como fruto de su investigación. Esta estructura ha sido llamada por los teóricos *abismada* o *mise en abîme*. El primero en nombrar esta estructura

así fue Magny,⁴² después, Dallenbach, en 1977, hace un análisis exhaustivo de este tipo de historias que dan cuenta del propio proceso de formación de la historia, tomando en cuenta varios aspectos. También se llama *especular*, aludiendo al efecto que causan dos espejos, uno puesto atrás y otro adelante, uno se refleja en el otro y así sucesivamente, hasta el infinito. Como en un abismo. El Grupo M los compara con las muñecas rusas “matrioshkas”, pues una historia está contenida en otra; esta es la explicación que mejor conviene a mi novela.

Los tipos de estructura abismada son: a) De lo enunciado: “el relato dentro del relato”, cuando un narrador crea a otro dentro de la misma historia y este último narra parte de esa misma historia u otra. b) De la enunciación: cuando se cuenta la historia de dar cuenta de la historia. c) Del código: cuando el texto del relato ofrece “el secreto, la receta, la idea” que rige la construcción de ese texto.⁴³ En primera instancia, *Frecuentar el futuro* posee una estructura abismada “de la enunciación”, pues la historia general (la de la primera línea temporal) es sobre la investigación que lleva a cabo la nieta y la conformación de la historia del abuelo; el *quid* de esta historia es narrar cómo surgió la diégesis de la segunda línea temporal. La estructura abismada “del código” también está presente en la novela, pues, además de hablar de la historia de la segunda narración (segunda línea temporal), es decir, de cómo fue que surgió, se van presentando, uno a uno, los resultados de ésta, es decir, se presentan conversaciones que tuvo con los entrevistados, lo que leyó y lo que escribió, conforme fue sucediendo.

⁴² H. Beristáin, Op. Cit., p. 2.

⁴³ *Ibídem*.

Mijail Bajtín habla de la narración dialógica o dialogismo que constituye una narración hecha con varias voces, cada una independiente; estas voces poseen “la pluralidad de centros no reducidos a un común denominador ideológico”,⁴⁴ es decir, no son las enunciativas de la historia sino las que la historia misma encierra, tales como puntos de vista y situaciones. Esta suerte de “diálogo” sucede entre los personajes y las situaciones y hay implícito en él un enfrentamiento de contradicciones. El dialogismo, entendido como la convivencia, dentro de una misma obra, de una serie de voces, cada una con una ideología, un punto de vista y, por lo tanto, una enunciación distintos, va inminentemente ligado a la novela contemporánea, con las características pertenecientes al género mencionadas en el capítulo anterior.

Frecuentar el futuro es una narración dialógica, tanto por las contradicciones internas entre las voces de los personajes y las situaciones en sí, que son pocas pero no nulas, como por las diferentes versiones que se encuentran en la forma de presentar la historia, la cual, a saber, no fue construida con la intención de presentar una historia fragmentaria, sino una historia vista desde todos los ángulos posibles, construida, por lo tanto, a partir de fractales, los cuales se describen en el siguiente capítulo. En otras palabras, el fin no era la estructura sino lograr llevar al lector una historia que presentara ciertos hechos históricos, apegándose lo más posible a la realidad a pesar de estar construida a partir de piezas aparentemente independientes. Sin embargo, como en un rompecabezas, todas las piezas están interrelacionadas y dependen de las demás para tener sentido; de la misma forma, el rompecabezas, sin cualquiera de estas piezas, quedaría incompleto.

⁴⁴ Mijail Bajtín, *Problemas de la poética de Dostoievski*, trad. Tatiana Bubnova, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 31.

TEMPORALIDAD

En el acomodo de la temporalidad de una narración debemos destacar una diferencia: el tiempo del discurso de la historia no es el mismo que el tiempo dentro de la historia o tiempo diegético. Por el contrario, dice Luz Aurora Pimentel, el discurso es cronológico y lineal y en él los hechos se presentarían de su principio a su fin; éste forma el llamado tiempo discursivo.⁴⁵ La historia, sin embargo, es pluridimensional⁴⁶ y se va presentando al ritmo que estime el autor; el discurso es su vehículo. Así, la historia es una, pero gracias a su carácter de pluridimensional se puede contar de muchas maneras. Las discordancias entre el tiempo diegético y el tiempo discursivo son llamadas por Genette *anisocronía*.⁴⁷ Dentro de este desfase, la historia puede presentarse a ritmos distintos; algunos fragmentos se hacen más largos, pues discursivamente se abunda en aquellos a los que el autor quiere dar énfasis, y otros más son enunciados en apenas una oración.

Debajo de la *anisocronía* y dentro de la historia se encuentran distintas formas de organizar la temporalidad de una historia, pues para crear distintos efectos éste se presenta en forma de desorden, desorden que se convierte un nuevo orden y constituye la intervención artística de un autor. De sobra es sabido que los temas centrales del arte son ya clásicos; la propuesta de cada artista es el tratamiento que dé a estos temas. A la presentación discorde de los hechos de una historia, Genette le llama *anacronía*.⁴⁸ es decir, cuando éstos aparecen de forma desigual a la cronológica. Las *anacronías* pueden darse de manera muy distinta y tienen un efecto que resulta tan percutiente, esencial en las

⁴⁵ Luz Aurora Pimentel, *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*, México, UNAM/Siglo XXI, 2ª. Ed., 2002, p. 42.

⁴⁶ H. Beristáin, Op. Cit., p. 488.

⁴⁷ Ídem.

⁴⁸ L. A. Pimentel, Op. Cit., p. 44.

impresiones que se formulará el lector, como sucede, por ejemplo, en *Cien años de soledad*, en la que el lector espera desde el inicio saber por qué Aureliano Buendía está a punto de ser ejecutado.

En *Frecuentar el futuro*, la primera línea se desarrolla cronológicamente, la protagonista narra en orden natural las vicisitudes de sus deseos y decisiones, de su investigación y sus resultados. Aparece solamente en tres capítulos que van hilando los pertenecientes a la segunda línea. Sin embargo se presentan en estos tres una gran cantidad de elipsis, figura retórica en la que se obvian partes de la historia que no son relevantes para el tratamiento del argumento.

En la segunda línea, donde se bosqueja la vida, obra y espíritu de Óscar Dávila, hay varias figuras retóricas concernientes a la temporalidad puesto que ahí los hechos no se presentan en orden; su agrupación responde a un acomodo más o menos temático, así que hay varios saltos en la vida del personaje. Además de las rigurosas elipsis —sin ellas una historia sería imposible de leer— encontramos *analepsis*, figura retórica productora de cortes en el tiempo que implican un salto hacia atrás en la historia. Beristáin dice que una historia abismada o *mise en abîme* se confecciona mediante la mezcla de *analepsis* y *prolepsis*, figura que causa cortes en el tiempo en dirección opuesta que la anterior, es decir, hacia el futuro.

DEL DISCURSO

El discurso de cualquier texto puede ser referido de cuatro formas, según Beristáin, llamadas estrategias discursivas: la narración, la descripción, el diálogo y la argumentación. Aquí nos ocuparemos principalmente de las primeros tres, que son las que aparecen claramente en *Frecuentar el futuro*.⁴⁹ La narración es el relato de una serie de acciones que suceden en el tiempo y el espacio y tienen una relación temporal, antes y después, y una relación lógica, de causa y efecto.⁵⁰ La alteración de alguna o ambas relaciones produce metáforas o figuras retóricas, ya sea de temporalidad o de estructura diegética. Así también, la narración puede ser referida de distintas formas. A continuación trato lo referente a la voz narrativa.

El narrador constituye un personaje más de la historia, que bien puede estar presente o no, pues una voz —cualquiera que sea— sólo puede ser emitida por *alguien*; en este sentido nos remitimos al sentido primigenio de la novela, antes mencionado, de la distinción entre la voz *autoral* y la voz *narrativa*. Así, una narración puede ser hecha desde varios puntos de vista. Cada punto de vista corresponde a un tipo de narrador, los cuales se clasifican en función de la relación entre la historia y el narrador. La voz narrativa, encargada de enunciar la historia, da una de las pautas más importantes en el desarrollo de una narración, pues arroja luz sobre aspectos como el tratamiento de las acciones: si el narrador se encuentra instalado en un punto de vista externo, sin ser partícipe de la acción —tan cerca de todos los personajes como se le antoje y tan lejos de cada uno de ellos como para tener una perspectiva más amplia— tal como lo hace un narrador omnisciente, verá las

⁴⁹ Hay una cuestión interesante: los testimonios no son monólogos pero en sentido estricto tampoco diálogos. En la sección sobre el diálogo abundo al respecto.

⁵⁰ H. Beristáin, Op. Cit., p. 352.

cosas de una forma distinta a otro narrador que se encuentra dentro de la historia y es, por ejemplo, un niño mimado. Una narración hecha por este último narrador, podría contener algo de monólogo interior y una historia que cuestiona el sentido y las formas de la vida adulta.

Frecuentar el futuro está narrada por varias voces. Dijimos ya que, técnicamente, hay un narrador distinto en cada una de las líneas de la historia; sin embargo ambas *diégesis* provienen de la protagonista de la primera línea: es ella quien narra la primera historia con su propia voz y quien *escribe*, dentro de la ficción, la segunda *diégesis*. Iniciaré con la primera voz narrativa, que pertenece al personaje protagónico y narra su propia historia, y que se encuentra enunciada en primera persona del singular. Este tipo de narrador permite al lector conocer solamente el punto de vista del personaje-narrador, conocer su intimidad, sus pensamientos y saber de las acciones de otros personajes únicamente a través de su óptica y su filosofía. El lector suele identificarse más con un narrador en primera persona con quien puede compartir secretamente sus pasiones ocultas, sus sentimientos más profundos; este efecto se logra con los recursos del monólogo interior y el flujo de conciencia, que son comunes cuando un personaje narra su propia historia. Un narrador que posee estas características es *metadieético*, es decir, se ubica primero en una cadena de acontecimientos y desde ahí narra otra serie de acciones en un espacio-tiempo distinto al suyo, con personajes distintos a los que participan en su historia o con los mismos.⁵¹ Este personaje-narrador va más allá de una sola diégesis.

El segundo narrador que aparece en *Frecuentar el futuro* es el encargado de narrar los capítulos que corresponden a la segunda línea; en ésta se presentan fragmentos de la

⁵¹ H. Beristáin, Op. Cit., p.357.

vida del abuelo de la protagonista, escritos por ella como resultado de sus notas e investigaciones. Este narrador está enunciado en tercera persona gramatical del singular y va acompañando a Óscar Dávila, el abuelo; sigue la trama desde los pasos de su personaje y presenta cierta distancia más objetiva que el narrador anterior, pero tiene la posibilidad de acercarse a los pensamientos de éste cuando le sea necesario. Escogí un tercera persona *avec* por las facilidades que me representaba, teniendo en cuenta que quería ser lo más fiel a la esencia de este personaje, que, a saber, sí existió pero nunca conocí, así también por lo que significa en mi vida.

Debido a su forma de operar, se dice que los narradores en tercera persona tienen un *yo* implícito,⁵² sobre todo cuando acompañan a cualquier personaje. En particular, y como apunté más arriba, esta voz narrativa es creada por el personaje-narrador⁵³ de la primera línea de la estructura, por lo que podría considerarse como otra forma del discurso narrativo propio de la protagonista mencionada. De cualquier forma, este tipo de narrador, es considerado *extradieético*,⁵⁴ pues no aparece personificado en la *diégesis* o historia y por lo mismo no participa en ella.

Además del narrador en primera y en tercera *avec*, los testimonios de personas que conocieron al verdadero Óscar Dávila son otras voces narrativas. Ha sido mi intención reconocer en cada uno de los emisores de estos testimonios a un personaje-narrador, con toda la libertad para relatar la historia desde su punto de vista particular, mismo que fue enteramente respetado al momento de la edición y la inserción. Estas voces narrativas se encuentran, naturalmente, en tercera persona también, pero son narradores *intradieéticos*,

⁵² Ídem.

⁵³ Este dato le es comunicado al lector hasta el último capítulo.

⁵⁴ H. Beristáin, Op. Cit., p.357.

puesto que se encuentran dentro de la historia; y no sólo eso, son *homodiegéticos*,⁵⁵ según Beristáin, puesto que son partícipes del fragmento de historia que cuentan, relatan su propia historia. Los narradores de los testimonios, que se manifiestan de forma igual pero son tan disímiles —puesto que son personajes—, juegan un papel muy importante en la novela, siendo que contribuyen a construir la historia del abuelo, que es el objetivo de la protagonista y de la propia novela.

El resultado de tal contribución, en conjunto con los narradores antes descritos, es esencial para *Frecuentar el futuro*. Todos en conjunto forman un mosaico de distintos puntos de vista sobre la vida del abuelo de la protagonista. Genette separa el foco o punto de vista de la voz del narrador, argumentando que el último puede narrar cuestiones que le hayan dicho, haya leído o escuchado en un chisme.⁵⁶ Sin embargo, estos elementos contribuyen a formar el punto de vista que tiene una persona —personaje, en este caso. Por punto de vista se entiende el lugar desde el que (mira) actúa el personaje; así, todo lo que suceda en la vida de un personaje repercute en su forma de mirar, aprehender, las cosas. En definitiva, el punto de vista sí coincide con la voz, pues aquel es necesariamente enunciado por ésta.

Esta situación nos remite al tema de la polifonía, que se forma del grupo de elementos distintos, cada uno con su propio punto de vista, que integran *Frecuentar el futuro*. La polifonía necesariamente conlleva al *dialogismo* —llamado así entre otros nombres—, de líneas anteriores y resultado de esta suerte de “narradores” disímiles que conviven en una narración y convierten en ambigua la situación de la voz narrativa, en el

⁵⁵ Ídem.

⁵⁶ Ibídem, p. 358.

caso de *Frecuentar el futuro*, narrando varias partes de la historia⁵⁷ desde variadísimos puntos de vista.

La segunda de las estrategias discursivas es la descripción, que es tradicionalmente considerada una figura retórica de pensamiento. Se intercala con la narración y con el diálogo, es una forma de “ubicar” al lector, ofreciéndole más datos sobre varios aspectos. Es una de las metáforas más abundantes en esta novela y la encontramos especialmente en los capítulos en que recreo *pasajes* de la vida de Óscar Dávila. La metáfora descripción se clasifica como *metalogismo* y opera por adjunción simple. Debo advertir que la descripción fue una herramienta esencial para el acercamiento a los personajes, en especial al de Óscar Dávila. Umberto Eco, en las *Apostillas a El nombre de la Rosa* habla de vestir o “amueblar”⁵⁸ la novela, mayormente cuando se trata de una cuyo contexto es difícil que le sea cercano a los lectores. Tal es el caso de *El nombre de la rosa*, que sucede en la Edad Media. La realidad de *La puerta* (si es que puede haber una “realidad” en una ficción⁵⁹), en cambio, es más próxima a los lectores; pero de cualquier forma, les será realmente cercana sólo a aquellos que hayan vivido o por lo menos nacido durante la primera mitad del siglo XX.

Los tipos de descripción que se encuentran en *Frecuentar el futuro* son: *topografía*, cuando se describe un lugar; si ofrece información sobre un personaje se llama *prosopografía* cuando trata el aspecto exterior y *etopeya* cuando trata los aspectos

⁵⁷ Tal vez aquí debería hablar de cuestión en lugar de historia, pues en esta novela la historia es la narración de varios sucesos relacionados con la vida de un personaje histórico.

⁵⁸ Umberto Eco, “Apostillas a El nombre de la rosa”, en *El nombre de la rosa*, México, Debolsillo-Random House Mondadori, 2004, p. 746.

⁵⁹ Abordaremos este tema prontamente.

emocionales, espirituales y de actitud; de *carácter*, si habla de la forma de ser de un personaje

La tercera estrategia discursiva que se encuentra en *Frecuentar el futuro* es el diálogo, forma discursiva que puede ser directa o indirecta. No es una figura retórica muy abundante en esta novela, aunque sí se encuentra en varios pasajes. Un diálogo es directo cuando es enunciado por los personajes de la historia y también es llamado explícito. Este tipo de diálogo atrae fácilmente la atención del lector, pues lo acerca más a la acción, de la que es testigo; un buen diálogo debe estar bien construido, pues no cumple su función de discurso directo si la información que presenta reitera la ya referida por el narrador. De los diálogos directos de *Frecuentar el futuro*, el que me parece de más importancia, debido a que juega un papel vital en la apreciación del lector sobre los personajes y la historia, es el que se encuentra casi en la obertura de la novela, que se desarrolla entre la protagonista de la primera línea y el protagonista de la segunda, en un sueño que tiene la primera y que es el disparador de toda la acción.

Los diálogos indirectos son los referidos por el narrador, en los cuales no se escucha la voz propia de los personajes, sino es una suerte de: *ella le dijo que pasara, él le contestó que se quedaba afuera*. Estos diálogos también se llaman implícitos según Helena Berinstáin y aparecen muy pocas veces, entre ellas dentro de los distintos testimonios, cuando el narrador refiere sus anécdotas.

Hemos llegado al caso de los testimonios. Estos podrían parecer, ciertamente, monólogos, puesto que las entrevistas fueron editadas de tal forma que el discurso de estas personas, narrador-personaje en la novela, quedó integrado en un solo cuerpo. Un

monólogo es un diálogo ficticio, es decir, es un “tratado” (logo) en el que un solo personaje “rebate”, analiza o reafirma⁶⁰ los criterios de cierto otro interlocutor, también ficticio; los testimonios poseen esta característica, puesto que no hay un interlocutor explícito y los personajes-narrador narran y analizan y reafirman los criterios de la entrevistadora. Y ahí el problema: aunque no aparezca, sí hay interlocutor, la entrevistadora; es decir, esos discursos son resultado de un diálogo que no aparece pero está implícito. Según los parámetros descritos por Beristáin, éstos podrían ser monólogos descriptivos. Si lo vemos desde el punto de vista dialógico, los testimonios son diálogo o discurso directo.

La discusión sobre la pertinencia y el alcance del estudio de las técnicas literarias para comprender y descubrir qué es la literatura y cómo opera, es añeja. Algunos toman partido por concentrarse nada más en la creación en sí, sin reflexionar en las variantes del proceso creativo, las formas disparadoras, las técnicas y los resultados literarios. Creo que el interés de descifrar las entrañas de la literatura va ligado, en un porcentaje muy alto, al interés docente (sea institucional o privado); ese repaso para obtener la claridad que cualquier profesor busca para compartir sus reflexiones y sentires con sus colegas gremiales y pupilos. Me parece que en la época que vivimos y con una novela posmoderna, como *Frecuentar el futuro*, un análisis que contemple categorías disímiles es imperante.

⁶⁰ Beristáin, Op. Cit., p. 344.

FICCIÓN Y REALIDAD

El tema de la memoria y la búsqueda de los orígenes está ligado a la realidad íntima de cada quién. Los recuerdos se nos presentan en forma de retazos y hasta cierto punto de tal manera que nos es difícil distinguir si éstos son reales (cuestiones que sucedieron), ensoñaciones o sólo invenciones. Ahí radica su riqueza creativa; en realidad, la memoria es una de las formas más naturales de creatividad.

Indudablemente la materia prima de la literatura es la realidad que está indisolublemente vinculada a la memoria; ésta puede ser invención pero es uno de sus lugares ineludibles. Aún las creaciones más descabelladas y las que versan sobre la fantasía y lo mítico-religioso son extraídas de la realidad, de los referentes reales, pues es ahí donde converge la comunicación entre el lector, la obra y el autor. Kurt Spang habla de dos formas de *introducir* la realidad en la literatura: mimesis y ficción. La primera aparece en el pensamiento occidental desde Platón y ha ido cambiando de giro, significa imitación y Spang prefiere definirla como “representación”. La ficción, sólo se diferencia de la mimesis en la libertad que le concede a sus elementos; ambos son complementarios,⁶¹ pues sin mimesis no hay ficción. El texto de Spang es de corte filosófico y me hubiera gustado que tuviera algunos ejemplos; pero da la pauta para iniciar la cuestión entre la ficción y la *no ficción* o *sin ficción* en la literatura.

⁶¹ Kurt Spang, Mimesis, “Ficción y verosimilitud en la creación literaria”, <http://dspace.unav.es/dspace/bitstream/10171/2205/1/09.%20KURT%20SPANG,%20Mimesis,%20ficción%20y%20verosimilitud%20en%20la%20creación%20literaria.pdf>, pp. 153-157.

Spang deja puesta sobre la mesa la existencia de cierto tipo de literatura que no está construida con ficción, sino sólo con la imitación-representación de la realidad, con la mimesis. Como lo he mencionado más arriba, *Frecuentar el futuro* se construye con dos tipos de fragmentos: unos contruidos ficcionalmente, es decir, que nunca sucedieron en la realidad, y otros que obedecen a hechos que sucedieron en este mundo en algún momento del tiempo y el espacio. Los primeros son *ficción* y los segundos, *no ficción*, pues estos últimos son una suerte de mimesis de la realidad, una forma de representación de ella, que no es llana, sino obedece a criterios estéticos tanto en la forma como en el fondo. La mimesis no es reproducción y reflejo servil de la realidad, sino representación de circunstancias individuales.⁶²

Se escuchan por ahí opiniones de la vieja guardia, para la que no existen rangos de edad, sino de pensamiento, que se empeñan en afirmar que la literatura sólo puede ser de ficción. Estas observaciones obstinadas me han llevado a la reflexión sobre los límites y alcances de lo real en la literatura y la escritura, y he llegado a la conclusión de que todo escrito es una reinterpretación de la realidad, incluso aquellos discursos que cumplen funciones fálicas o apelativas. De cualquier manera, aquí no profundizaremos en esta discusión y no tomaremos literalmente el término *no ficción*, sino sólo como un concepto que nos sirve para diferenciar la literatura construida con hechos reales y la que no.

Cuando me planteé la necesidad de realizar una novela para descubrir quién era mi abuelo materno, una gran pregunta salió a flote: ¿qué estructura darle?

⁶² *Ibíd.*, p. 156.

Por un lado, estaba la posibilidad de una biografía novelada, una recreación puramente ficcional de su vida; la idea no me seducía del todo, pues había pocos elementos donde abreviar para reconstruir la historia, incluso partes de su vida se han perdido casi por completo y quería no sólo recrear la historia para mí, sino llegar a su fondo, acceder a ella. Por otro lado, había leído *El Emperador*, de Ryszard Kapuscinski y me había sorprendido gratamente la forma en que reconstruía gran parte de la historia del emperador mediante testimonios de sus ministros y gente que lo había conocido de cerca, a quienes dejaba en el anonimato. Pensé en hacer algo así, pero cuando comencé a preguntar por la gente que había conocido a mi abuelo, muchos ya habían muerto y, de los que quedaban, la mitad tenía demencia senil o había decidido no recibir a nadie hacía varios años.

Fue así que decidí que la novela sería una suma de ambos. Poco después supe que para hilar los testimonios con las recreaciones haría falta un personaje más y una segunda historia. Así emergió la otra línea temporal, que llamo “la primera” puesto que es por entero ficcional y sirve como sostén de todos los elementos que conforman la novela: todos emanan de ella. Los elementos de ficción y no ficción se intercalan y cada uno tiene una función específica y complementaria dentro de la novela.

Con estos antecedentes ilustro que cada historia requiere de una estructura diseñada especialmente para ella; en otras palabras, la estructura está dada por la historia. La trama de *Frecuentar el futuro* requirió una estructura ciertamente fragmentaria en el orden, que bien podría ser tomada como fractal. Pablo Paniagua, escritor web, arroja un poco de claridad a la teoría del rizoma y explica en su blog la literatura fractal como aquella formada por unidades que responden a una estructura en donde unos elementos se derivan de otros y así sucesivamente: “los fractales serían como una semilla geométrica que, al

germinar, mediante la intervención de un proceso de algoritmos matemáticos, se expandiera de forma semejante al rizoma de una planta: un punto de fuga al inverso generado por la repetición de sus mismos elementos”.⁶³

Me identifico plenamente con Adriana Díaz Enciso cuando dice “desconfío del afán de nuestros tiempos de reducir toda creación artística a la búsqueda formal a expensas del contenido, en la obcecada persecución de la vanguardia por la vanguardia”.⁶⁴ Pero pertenezco a una generación diferente, y mi visión y aprehensión de la vida y del objeto literario es distinta. Nací en un mundo deprisa, en el que las fronteras en de todo tipo parecen haberse diluido y muchas cuestiones quedan al alcance de un click. A diferencia de las generaciones anteriores que *viven* en este tiempo, mi generación *creció* en estos años. Jorge Zúñiga Pavlov habla de una literatura contemporánea llena de signos de la globalización, tales como títulos en inglés, slang, refranes del habla urbana, extractos publicitarios, donde los personajes “son transnacionales, viajan o sueñan con viajes”, una literatura en la que “los signos, [sic] traspasan las fronteras nacionales... creando neologismos con significado global”, una literatura “con un lenguaje diferente, donde el dinamismo y la espontaneidad han dejado de lado a las figuras de dicción”.⁶⁵ Indisolublemente, la globalización en la literatura está ligada a las ciudades “allí donde conviven millones de seres humanos somos testigos de una innumerable cantidad de fenómenos que repercuten directamente en una actividad tan elemental al ser humano como es la imaginación, la creación”. En fin, una literatura que “refleja lo híbrido de la cultura”.⁶⁶

⁶³ Pablo Paniagua, <http://www.literaturafactal.blogspot.com/>, 2007.

⁶⁴ Adriana Díaz Enciso, “Confesiones de una novelista victoriana” en: C. Rivera Garza coord., Op. Cit., p. 27.

⁶⁵ Jorge Zúñiga Pavlov, *Signos de globalización en la literatura latinoamericana contemporánea*, en, http://www.premioibam.cz/doc-03/Signos_de_Globalizacion.pdf, p. 10.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 6.

Ya hablando más claramente de híbridos, Francisca Nogueroles afirma que a partir de los 70 y sobre todo en Hispanoamérica, han proliferado los textos “inclasificables”, a los que Paniagua nombra fractales y ella llama “misceláneos” en su ensayo *Hibridación de géneros*. Otros los designan “enciclopedias en miniatura”,⁶⁷ pero encuentro una diferencia entre las obras que se ciñen en especial al término anterior y al de “misceláneos”: mi novela está enfocada a crear un todo, no a tratar diversos temas, según el gusto del autor. Al inicio y durante las primeras etapas del desarrollo de *Frecuentar el futuro*, varias veces me enfrenté a la duda de si estaba haciendo una novela o no. Y la respuesta está aquí, sí hago una novela, pues todos los elementos se encaminan a conformar en un todo la historia de una búsqueda y sus resultados.

Para Nogueroles las características de las misceláneas son un “espíritu festivo y de experimentación”, junto con una oposición abierta a los “moldes establecidos” y para su lectura sirve de buena guía un cierto desorden,⁶⁸ abunda en ellas el escepticismo, pues se “enuncian problemas y no los resuelven”, además de que aparecen constantemente “ejercicios transtextuales para alimentar sus textos de sus lecturas favoritas” y generalmente “presentan un carácter autobiográfico.”⁶⁹ Y lo más importante: el tema fundamental de las misceláneas es la literatura.⁷⁰ La autora encuentra el origen de este tipo de literatura en la generación de Ateneo Mexicano, con Julio Torri,⁷¹ Alfonso Reyes, Mariano Silva y Aceves y Carlos Díaz Dufoo Jr. El primero decía que escribir era fijar

⁶⁷ Francisca Nogueroles, “Híbridos genéricos” en: <http://usuarios.lycos.es/wemilere/literaturalatinoamericana.htm>, p. 1.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 4.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 5.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 7.

⁷¹ Por cierto, mi coterráneo.

“evanescentes estados del alma” y el segundo que un libro bien podía estar hecho de las “astillas del taller de un autor”.⁷²

Para acceder a la realidad de la vida de Óscar Dávila utilizo algunas técnicas del nuevo periodismo, tales como la entrevista para generar los testimonios y la observación. Hay quien dice que la realidad supera a la ficción. En los 60 y bajo esta premisa, una serie de periodistas y escritores comenzaron a crear literatura a partir de la fidelidad a su propia y singular percepción de la realidad. El nuevo periodismo se cuestiona sobre la poca información que se puede ofrecer a un público desde las notas periodísticas tradicionales y la deshumanización que conlleva la supuesta objetividad exigida por las agencias periodísticas, las cuales escogen su información y “elaboran” sus notas pensando en la forma en que mejor pueden venderlas.

Maria Nadotti, compiladora de *Los cínicos no sirven para este oficio*, una serie de conferencias y charlas con Ryszard Kapuscinski, ilustra las intenciones del nuevo periodismo cuando describe así el trabajo de periodista polaco: “fracturando, con una intuición y una inteligencia que, *por sí sola*, ninguna pasión política podría proporcionar y que nace sobre todo de una genuina pasión por sus semejantes, cualquier forma de visión monolítica de los acontecimientos históricos y de sus causas”.⁷³ El nuevo periodismo parte de la premisa de que es ciertamente más objetivo aceptar la subjetividad que pretender una objetividad falsa; de modo que se acerca a los hechos teniendo en cuenta a todos los que participan en ellos, sus historias personales, sus sentires al respecto, y la historia social y

⁷² F. Noguero, Op. Cit., p. 3.

⁷³ Maria Nadotti, “Introducción”, en Ryszard Kapuscinski, *Los cínicos no sirven para este oficio*, Barcelona, Anagrama, 2007, p. 13.

política anterior a los hechos. Para describirlos utiliza recursos que den cuenta de las percepciones del reportero, lo que implica, necesariamente, técnicas literarias. Para el sociólogo Héctor Ceballos Garibay el periodismo y la novelística se han acercado bastante en las últimas décadas,⁷⁴ pues tanto el periodismo echa mano de las técnicas narrativas y de ensayo literario, como la novela adopta técnicas de investigación —sobre todo— del periodismo.

En *Los cinco sentidos del periodista*, recopilación de una serie de talleres que ofreció en Colombia, Kapuscinski habla de mimetizarse, ser visto como parte de la comunidad que se estudia, no como un extranjero. Para esto se requiere tener un amplio conocimiento del lugar y sus pobladores, de las costumbres y de las formas de comunicación “pero, sobre todo, la convicción de que para tener derecho a explicar se tiene que tener un conocimiento directo, físico, emotivo, olfativo, sin filtros ni escudos protectores, sobre aquello de lo que se habla”.⁷⁵ Como crecí en el norte y en la propia ciudad de Saltillo, no me costó trabajo formar parte del paisaje; a la gente que entrevisté le parecía extraño que una joven quisiera saber todo aquello sobre su abuelo y la época en la que había vivido, pero me aceptaban como parte de su comunidad, y al final de su extrañamiento terminaban contentos de haber sido escuchados. A continuación enumero y describo los elementos de literatura no ficción (“recreaciones anecdóticas”) y los elementos no ficcionales de la novela, para terminar en un análisis de lo que en su conjunto significan.

⁷⁴ H. Ceballos Garibay, Op. Cit., p. 17.

⁷⁵ Maria Nadotti, Op. Cit., p.15

RECREACIONES ANECDÓTICAS

Hay, dentro de lo que llamo la segunda línea temporal, varios pasajes que nombro como “recreaciones anecdóticas”. Éstas son retratos de la vida del personaje en su propio tiempo y espacio, donde se le dibuja conviviendo con su familia, con sus compañeros de partido y con el símbolo de su pasión más íntima: su biblioteca. El título de “recreaciones anecdóticas” es porque tratan de estar lo más apegadas a la realidad, de respetar enteramente la anécdota o anécdotas de que abrevaron. Decidí ponerlas en ese formato de pintura oral, de retrato escrito, porque fueron anécdotas que yo recordaba haber escuchado varias veces desde niña, o bien, que varios informantes repitieron y era importante presentar un momento de la novela en que apareciese Óscar Dávila en tales situaciones. Como he dicho, nacieron de recuerdos de infancia y, sobre todo, de las entrevistas que hice a la gente que fue más cercana al abuelo. Todas están narradas en tercera persona del singular y forman parte, junto con las inserciones de recortes de periódico y de fragmentos de la obra de varios escritores, del eje que aglutina a lo que gira en torno, únicamente, a la vida de Óscar Dávila, formado todo, por cierto, de elementos no ficción. Juntas, las “recreaciones anecdóticas” forman la parte mediante la cual el lector puede *ver* directamente a Óscar Dávila en su mundo y en su tiempo, acercarse a él, tenerlo de frente. Tienen, precisamente, un efecto de cercanía.

Para construir los testimonios hice catorce entrevistas a familiares, colaboradores, conocidos de la época y un estudioso de su biblioteca. La organización de la información y la decisión de qué información poner fueron una odisea. Hizo falta que el tiempo transcurriera para digerir tal cantidad de información y lograra convertirla en el objeto; después del involucramiento con el sujeto y la comunidad, se debe interponer cierta

distancia con los resultados de esas incursiones. Kapuscinski dice que él no hace entrevistas, que toda su información proviene de charlas informales. De cierta forma las entrevistas que hice fueron eso: charlas informales, en las que únicamente preguntaba por los recuerdos que tuvieran de mi abuelo y, mediando en la plática, una pequeña grabadora.

TESTIMONIOS

Los testimonios están distribuidos a lo largo del cuerpo de la novela según el tema que manejan, a saber, tres: literatura-biblioteca, política y familia. Después de haberle dado un primer vistazo a toda la información, decidí que éstos eran los grandes temas que habría de manejar, así que volví a cada entrevista y, en un acto meramente intuitivo, extraje fragmentos que se convirtieron en testimonios. Kapuscinski dice que aun el trabajo de reportaje es intuitivo: “la selección de lo que tenéis que escribir está completamente reservada a vuestra intuición, a vuestro talento y a vuestros principios”,⁷⁶ por eso la importancia del conocimiento de causa, de la inmersión en el tema. Así como en *El Emperador*, decidí respetar cada una de las voces, de tal manera que todos aparecen en primera persona y poseen una a una un tono especial y un particular punto de vista; de la misma forma que éstos, también los recuerdos, las anécdotas y la extensión son distintos en cada testimonio.

En su conjunto, los testimonios juegan el mismo papel que las demás partes de la novela: conformar un todo hecho de retazos de visiones y sensaciones. A final de cuentas los hechos terminan siendo más como los recuerda la gente que como realmente

⁷⁶ Ryszard Kapuscinski, *Los cínicos no sirven para este oficio*, Barcelona, Anagrama, 2007, p. 40.

sucedieron. ¿Cómo sabremos lo que realmente pasó, si lo que tenemos al respecto son siempre las ideas de los demás, complemento y contraparte a la vez de las propias? “No es porque quieran engañarnos, sino porque nuestra memoria funciona como un mecanismo selectivo. Entrevistando a personas distintas tendremos relatos distintos de un mismo hecho”.⁷⁷ No hay mejor manera de acercarse a una verdad que accediendo a ella desde los puntos de vista más variados. Rosa Beltrán dice en su ensayo *La máquina fabuladora* “¿hay algún modo de evitar la mediación, la propia historia, esta interpretación singular que cada uno hacemos del espíritu de una obra?”.⁷⁸ Aquí Rosa se refiere a una obra literaria, pero ¿no es, acaso, la vida también una obra? Los testimonios tienen la función de acercar al lector a las variadas visiones y versiones que de él se construyen algunas de las personas que conocieron a Óscar Dávila. Estos retazos pretenden dar a la lectura el acabado de lo relativo, revelándole al lector en cada nuevo testimonio que no hay verdad absoluta sobre ningún personaje y menos sobre ninguna persona; que cada quien decide la verdad que profesa, tal vez con la razón, tal vez con el alma. No lo sé.

INSERCIONES

Hay un momento de la novela, cuando se retrata la vida del abuelo en lo político, en que se presentan inserciones de fragmentos de periódicos originales, con fecha de 1963. Decidí presentar las imágenes reales de estos recortes en lugar de transcribirlos para que el lector, por medio del recurso visual, se acercara un poco a la época en que aparecieron aquellas publicaciones y a la vez tuviera una muestra de lo que la nieta investigadora había tenido en

⁷⁷ Kapuscinski, Op. Cit., p.49.

⁷⁸ Rosa Beltrán, “La máquina fabuladora”, en: C. Rivera Garza, Op. Cit., p.115.

sus manos mientras hurgaba en el archivo de su abuelo. Las imágenes que se insertan responden a tres notas en las que se dio una discusión entre un joven colaborador del periódico, Armando Fuentes Aguirre “Catón” y Óscar Dávila.

Cuando entrevisté al estudioso de la biblioteca, Carlos Valdez y me habló de la sorpresa que le había causado que mi abuelo leyera la poesía de François Villon, poeta preceptor de los poetas románticos y de los poetas malditos, en su idioma original, decidí insertar algunos de sus poemas, por supuesto traducidos al español. Estos poemas fueron puestos ahí para dar una muestra de lo que leía el personaje principal de la segunda línea temporal. Ambos tipos de inserciones, notas periodísticas y poemas, tienen el fin de complementar el efecto cercanía que ofrecen las “recreaciones anecdóticas”, además del efecto fragmentario de toda la obra.

CRÍTICA LITERARIA

En su necesidad por acercarse y comunicarse con él, la protagonista de la primera línea temporal le escribe a su abuelo una carta, que más que otra cosa es una crítica literaria a uno de sus ensayos, titulado *Tres aproximaciones a Sor Juana*. Con este texto ganó Óscar Dávila, en 1951, una mención honorífica en el Certamen Sor Juana Inés de la Cruz en el tercer centenario del nacimiento de la monja mexicana, cuyo jurado fue integrado por Alfonso Reyes, Genaro Fernández MacGregor, Alfonso Méndez Plancarte y Francisco González Guerrero. En tal carta, la nieta habla un poco del tono y de la intención del abuelo en su ensayo y deja traslucir, sin proponérselo, sus deseos de haberlo conocido. También se lamenta de que el abuelo no haya escrito más y se haya dedicado a la literatura con más

tiempo, y supone que envidiaba un poco a la décima musa porque había encontrado la forma de dedicarse a sus libros casi por entero, por lo menos hasta que las circunstancias de la época se lo permitieron. La carta está colocada al final de la primera parte de la novela que habla sobre la literatura en la vida del abuelo, como despedida de lo literario y entrada de lo político. Tiene la intención de mostrar lo desolada que se siente de no haberlo conocido pues reconoce sus raíces literarias en él. Esta crítica está escrita con un tono algo grandilocuente para la época de la nieta, quien de cierta forma, después de leer los escritos del abuelo, se contagia de su mundo y de su pensamiento; es un ejercicio metaliterario, puesto que la nieta ensaya sobre los resultados de la investigación de la que escribe la autora. Esta carta también tiene la función de dar más información de la vida del abuelo. Sobre el efecto que tiene este elemento, me parece que será un poco desconcertante para el lector, pero después de todo, como apuntaban los formalistas rusos, busca siempre el extrañamiento del que lee.

LA IMPRESIÓN DE DESARTICULAR

CONCLUSIÓN

Los tres capítulos de esta Poética se encaminan al descubrimiento de la novela como una de las formas naturales de la evolución de una necesidad también natural en el hombre: la narración.

Después de darme a la tarea de averiguar todo lo posible sobre la novela, me he dado cuenta que lo que llamamos novela es un género literario y algo más. Es difícil definirla claramente más allá de decir que el desarrollo de personajes es su tarea principal y que es, por antonomasia, de largo aliento. También es casi imposible definir sus orígenes y, sin embargo, puedo decir que a lo largo del tiempo lo que se ha llamado novela es un perfecto modelo a escala de la época que la cobija; lo es más que por el retrato de la realidad, por el retrato de las emociones, las pasiones personales e individuales que en su momento la originan. La novela es un género de búsqueda, de proceso, de descubrimiento que llama al lector a encontrarse a sí mismo dentro.

Al término de este trabajo sé que aunque cumpla su función dentro de la novela, al personaje protagónico de la segunda línea de *Frecuentar el futuro*, Óscar Dávila, le hace falta desenvolverse plenamente ante el lector; que la intención de realidad no debe ir en detrimento de la de verdad. De cara a esto debo confesar que la hechura de la novela estuvo envuelta en la necesidad de reflejar todos los puntos de vista que hubiera encontrado sin tomar claro partido por ninguno de ellos, respetar todas las versiones, todas las posibilidades.

La posmodernidad que le da origen queda reflejada en *Frecuentar el futuro*: la constituye la propia duda constante entre la posibilidad de aprehender la realidad mediante una construcción humana —tan humana como cualquier ensayo académico o cualquier nota periodística—, y la propuesta de retratar esa realidad por medio de distintas técnicas literarias que aportan cada una su visión, su sabor, su forma y su color.

Como se ha visto, todos los elementos: ficción, “recreaciones anecdóticas”, testimonios, ensayo de crítica literaria y las inserciones de recortes de periódico y fragmentos de poemas, tienen cada uno una función específica dentro de la novela y en conjunto coadyuvan a formar una novela hecha como de mosaicos, de fractales que se reflejan los unos en los otros. Y así, con la impresión de estar desarticulados, cada uno de estos segmentos tiene la función de permitir al lector la posibilidad de armar su propia novela. Mario Bellatin dice plantear en sus novelas la propuesta de que cada lector reconstruya un universo propio a partir de su experiencia en ella.⁷⁹ En este sentido sólo me queda invitar al lector a que se sienta con las manos libres para decidir su impresión sobre esta novela.

⁷⁹ Mario Bellatin, “Underwood portátil. Modelo 1915” en Cristina Rivera Garza coord., *La novela según los novelistas*, México, CNCA-Fondo de Cultura Económica, 2007.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles, *Arte Poética*, México, Porrúa, 2007.
- Bajtín, Mijaíl, *Problemas de la poética de Dostoievski*, trad. Tatiana Bubnova, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Bellatin, Mario, “Underwood portátil. Modelo 1915” en Cristina Rivera Garza coord., *La novela según los novelistas*, México, CNCA-Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Beltrán, Rosa, “La máquina fabuladora”, en Cristina Rivera Garza coord., *La novela según los novelistas*, México, CNCA-Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Bergua, Ana García, “Un mundo paralelo” en Cristina Rivera Garza coord., *La novela según los novelistas*, México, CNCA-Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Beristáin, Helena, *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa, 2004.
- _____ Análisis estructural del relato literario, México, Limusa/UNAM, 2004.
- Ceballos Garibay, Héctor, “Novela y periodismo. La prensa, escuela de autores”, *Etcétera, semanario de política y cultura*, no. 243, 25 de septiembre de 1997, pp. 17-19.
- Conde, Rosina, apuntes de Literatura europea medieval, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, sept2006-feb 2007, México, s/e.
- Dávila, Óscar, *Aproximaciones literarias*, Saltillo, UAdeC, 2003.
- Dávila Sota, Esperanza, “Óscar Dávila Dávila: un hombre habitado”, en *Provincias Internas*, Saltillo, Centro Cultural Vito Alessio Robles, año 1, no. 2, verano 2004.
- Díaz Enciso, Adriana, “Confesiones de una novelista victoriana” en Cristina Rivera Garza coord., *La novela según los novelistas*, México, CNCA-Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Eco, Umberto, “Apostillas a El nombre de la rosa”, en *El nombre de la rosa*, México, Debolsillo-Random House Mondadori, 2004.
- Fadanelli, Guillermo, “Andarse por las ramas”, en Cristina Rivera Garza coord., *La novela según los novelistas*, México, CNCA-Fondo de Cultura Económica, 2007.
- García Gual, Carlos, “Introducción”, en Chrétien de Troyes, *El caballero de la carreta*, trad. Luis Alberto de Cuenca y Carlos García Gual, México, Ed. Siruela, 2000.
- Grupo M, *Retórica general*, Barcelona, Paidós Comunicación, 1987.
- Kapuscinsky, Ryszard. *El emperador*, Barcelona, Anagrama, 2006.

- _____, *Los cínicos no sirven para este oficio*, Barcelona, Anagrama, 2007.
- _____, *Los cinco sentidos del periodista (estar, ver, oír, compartir, pensar)*, México, Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano/Fundación Proa/F C E, 2003.
- Robert McKee, “Estructura y personaje”, *Estudios Cinematográficos*, sept-nov 2005.
- Muir, Edwin. *La estructura de la novela*, México, UAM, 1984.
- Murry, Middleton. *El estilo literario*, México, FCE, 1951.
- Nadotti, Maria, “Introducción”, en Ryszard Kapuscinski, *Los cínicos no sirven para este oficio*, Barcelona, Anagrama, 2007.
- Noguerol, Francisca, “Híbridos genéricos” en: <http://usuarios.lycos.es/wemilere/literaturalatinoamericana.htm>.
- Ortega y Gasset, José. *Meditaciones sobre la literatura y el arte (la manera española de ver las cosas)*, Madrid, Clásicos Austral, 1987.
- Pagano, Susana, “Reverencia frente a la página en blanco”, en: Cristina Rivera Garza coord., *La novela según los novelistas*, México, CNCA-Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Paniagua, Pablo, <http://www.literaturafactal.blogspot.com/>, 2007.
- Rivera Garza, Cristina coord., *La novela según los novelistas*, México, CNCA-Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Parra, Eduardo Antonio, “Provocación, seducción y violencia”, en Cristina Rivera Garza coord., *La novela según los novelistas*, México, CNCA-Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Pimentel, Luz Aurora, *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*, México, UNAM/Siglo XXI, 2ª. Ed., 2002.
- Ruiz, Bernardo, *De escritura*, México, Conaculta-Fonca, 2006.

- Spang, Kurt, “Mimesis, ficción y verosimilitud en la creación literaria”, en:
<http://dspace.unav.es/dspace/bitstream/10171/2205/1/09.%20KURT%20SPANG,%20Mimesis,%20ficción%20y%20verosimilitud%20en%20la%20creación%20literaria.pdf>, pp. 153-157.
- Valera, Juan, trad., “Introducción” en: *Dafnis y Cloe*,
http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02587207600292773089079/p0000001.htm#I_1_
- Vyasa, *Mahabharata. El mayor poema épico de la India*, Barcelona, Edicomunicación, 2006.
- Viñas Piquer, David. *Historia de la crítica literaria*, Barcelona, Ariel, 2002.
- Zúñiga Pavlov, Jorge, *Signos de globalización en la literatura latinoamericana contemporánea*, en, http://www.premioibam.cz/doc-03/Signos_de_Globalizacion.pdf.

FRECUENTAR EL FUTURO

Una novela inacabada

El inicio

“Yo prefiero el té negro, tiene un gusto más ligero que el café y el doctor dijo que me venía mejor. Antes de que me diera lo de la vesícula desayunaba chocolate con leche, bien caliente. Cuando recién nos casamos, le pedía a tu abuela que me lo hiciera bien espeso. Después me prohibieron la leche. Y el té me gusta, en la mañana es bueno acompañarlo de molletes con nata. ¿Te sirvo una tacita?”. “Sí, por favor”. “¿Dónde estarán esos molletes? Ah, ya vienen. Prueba uno. Son deliciosos, recién salidos del horno”.

El sol me da de lleno; entre la mucha luz apenas distingo la cara del abuelo, sus ojillos detrás de los lentes redondos, que miran al horizonte mientras disfruta un mollete. La calva, tonsura iluminada, brilla con la luz. Hay un silencio largo. Sorbemos el té. “Abuelo, ¿no te habían prohibido la leche?”. “Sí, ¿por qué preguntas?”. “Por la nata”. “Ah, ése es un gustito que me daré el día de hoy”. Con una sonrisa cómplice tomamos de la bandeja un mollete cada quien. “Me gustaban tanto las mañanas de Saltillo, solían ser limpias y frescas. ¿Hace cuánto tiempo que no vienes?”. “Casi diez años”. “Ha de haber cambiado ya mucho”. El abuelo se sacude unas cuantas migajas que le han caído en la corbata de franjas cafés y en el saco oscuro. “Cuando estaba joven mi vida transcurría en el centro de la ciudad. ¿Sí sabes dónde vivía, verdad?”. “Sí, cerca de la iglesia de San Francisco”. “Ahí nací yo. Una casa con patios y corrales. Desde las ventanas de adelante se veía bien la iglesia y la placita con sus bancas. En las tardes de verano, cuando pasaba el paletero, jalando su carrito y tocando la campanita, desde esas ventanas comprábamos paletas de crema de nuez.

“En esa casa, también, pasaba las tardes leyendo. Cuando no eran tiempos de frío, me sentaba en una mecedora a la entrada y leía, y de vez en cuando levantaba la vista para ver pasar a la gente. Desde entonces fui formando mi biblioteca. Cuando los libros ya no cabían en los estantes que tenían mis papás, compré un librero. Creo que mis padres me veían con asombro y gusto a la vez. Con el tiempo convertí la biblioteca en un lugar especial en mi vida. No cualquier libro podía estar ahí, los que leía y no me gustaban, los regalaba. Cada libro que se quedaba tenía motivos para permanecer, era una pieza importante y siempre volvía a ellos”. “Abuelo, ¿sabes que tu biblioteca se resguarda en el centro? Muy cerca de la plaza de armas, casi frente a la casa Purcell”. ”Sí. Siempre he vivido en el corazón de Saltillo. En el centro de una ciudad flotan las reminiscencias de tantas historias, la nostalgia y las evocaciones del espíritu; también se funden lo pasado y la vida presente. El futuro brota a borbotones por toda la ciudad y se queda por ahí como remanso. Ahí se convierte en eco y pervive con los demás ecos. En secreto me gustaba tocar la piedra de las paredes de la catedral. Ahí sentía vibrar todos los recuerdos de la ciudad. El mejor remedio para los días nublados era plantar la mano en la pared de la catedral, en la calle de Bravo. Con dos o tres segundos bastaba y podía ser en algún momento que uno tuviera que pasar por ahí, para cualquier quehacer. Nací y viví cerca de las canteras barrocas de catedral.

Cuando me casé con Esperanza vivimos un tiempo en Monterrey, ahí había puesto con mi papá la fábrica de tenis, que tuvimos que cerrar pronto con las prohibiciones de caucho de la guerra. Pero cuando regresamos nos instalamos a tres cuadras de la catedral. Desde entonces y cuando envejecimos nos gustaba caminar por el centro. Extraño el sosiego de su cercanía, tan alegre, tan suave y diligente. También extraño los olores de su cocina. Cuando se acercaba la Navidad hacía unos dulces deliciosos y todo el año teníamos

postres que hacían agua la boca. En verano mandaba traer cajas de frutas y se hacían conservas, cajetas, mermeladas, también leche quemada. Todos los chiquillos ayudaban, junto con las muchachas del servicio. La mesa larga de la cocina se llenaba de colores: los membrillos, los perones, los duraznos, los chabacanos y las manzanas relucían apilados en sus cajas, y los olores agridulces invadían el ambiente. En medio de la faena se contaban las novedades, se reía y se platicaba. Los niños picaban las nueces y las frutas; las niñas ayudaban a lavar la fruta y a pelarla, a menear los casos y a tapar las mermeladas con papelitos de celofán. Los frascos se almacenaban en la despensa; cada vez que uno abría esa puerta, un amanecer colorido lo esperaba al otro lado.”

El cuadernito de apuntes se me resbala de las manos. Cuando lo recojo me doy cuenta de que el abuelo tiene unos zapatos café oscuro, boleados sin mácula, sobre unos calcetines bien estirados hacia arriba. Mi mamá me contó una vez que el abuelo usaba unas ligas de elástico con broches bajo la rodilla que le sostenía las medias, como los lords ingleses de las películas que veía en la televisión por cable cuando era chica.

Terminamos los molletes y la taza de té. “Ven, vamos a dar una caminata, ahora que hay tiempo”. Nos levantamos y me toma del brazo. Nos internamos entre la neblina matinal y en el silencio resuenan las suelas de los zapatos contra el piso de mosaicos veteados de beige. “Me gustaba tanto caminar por las calles de la ciudad a la hora del atardecer, saludar a los conocidos que se cruzaban por el camino. Algunas tardes salíamos a caminar Esperanza y yo, a veces solos, otras con los hijos. En los últimos tiempos nos acompañaban los más chicos, Lety, Sarabel, Luis y Cristina, y rematábamos la caminata con un delicioso heladito de la Nakasima”. Otro silencio largo, pasos desparramados en ecos que ahoga la neblina. “Los pensamientos hallan lugar cuando uno sale a dar un paseo”. A un lado y otro, entre la neblina pintada con luz del amanecer, distingo follajes verdes, tal vez helechos y

enredaderas de plúmbagos. “Oye, ¿y aquel trabajo que hacías?”. “¿Cuál?”. “Ése, sobre el Saltillo viejo, que habías empezado hace varios años. ¿Por qué lo dejaste?”. “No sé. Me dio un poco de miedo, creo”. “Pero, ¿miedo de qué?”. “Tal vez de enfrentar el pasado, de ponerlo en palabras. Sabes que cuando se escribe sobre lo que pasó hace algún tiempo, hay que *recordarlo*. *Re-cordar*. Pasarlo de nuevo por el corazón. A veces es doloroso. Y huí, me parece”. Sin verlo, presiento al abuelo con una sonrisa en la boca. “Chatita, tienes la nariz de tu mamá”. Lo volteo a ver, pensando que me mira, pero tiene la vista al frente, mirando algo a través de la neblina, algo que no distingo. “Deberías de terminarlo. Recordar es bueno para cualquiera, así no olvidamos quiénes somos. Además, todos tenemos compromisos con nosotros mismos. Y si no los cumplimos, no estamos contentos. Me hubiera gustado no haber muerto tan joven. Me hubiera gustado vivir más, para haber seguido siendo parte de la historia de Saltillo y saber la continuación de lo que dejé atrás. Hubiera terminado de ver crecer a mis hijos y nacer a todos mis nietos. De cualquier forma, no lo olvides, te esperamos por acá.”

“Ya levántate”. Abro los ojos lentamente y miro la habitación iluminada. ¿Qué hora será? El sol todo dentro del cuarto, las cortinas descorridas. Juan se levantó primero que yo, lo que nunca. “Ya es tarde, ya me voy”, me dice, “hay café y fruta picada”. Me da un beso desprevenido y en seguida escucho sus pasos alejándose y la puerta que se cierra. Las manecillas marcan las 9:36. Ya no llegué a la clase de yoga, debe estar terminando. Estiro los miembros entumecidos, me niego a levantarme de la cama. Qué sueño tan extraño. Cierro los ojos y trato de hacerlo volver, tan claro como lo recuerdo, pero indudablemente estoy despierta y no percibo más que las sábanas tibias que me envuelven.

Repaso lo que sucedió en el sueño, en orden, desde el principio; este procedimiento me ha funcionado para no olvidar los sueños sorprendentes después de un despertar repentino. Pero ningún despertar menos repentino que el del día de hoy. Dormí tan profundo que ni siquiera escuché el despertador, ni sentí cuando Juan se levantó. ¿En dónde estábamos el abuelo y yo? Se parecía al patio interior de la casa grande, en la privada de Pérez Treviño. Pero caminamos y caminamos, y el patio es más bien pequeño. La estancia estaba tan iluminada que no podía ver más allá de unos cuantos pasos. Definitivamente, el abuelo vino a visitarme. O me invitó a que lo visitara.

En silencio disfruto la luz en el cuarto. Miro el reloj. Estoy a tiempo para desayunar y bañarme y llegar con calma a la clase que doy a las doce. La tibieza de la cama me aprisiona, pero me levanto y voy a la cocina. Me sirvo el café y me siento a la mesa donde Juan me dejó el plato de fruta cubierto con una servilleta. Me acerco la taza, le doy un trago y me acuerdo de aquel paquete de té negro hindú que compré hace algún tiempo. Comienzo a buscarlo en la despensa y lo encuentro arrinconado bajo una caja de galletas. Se me antoja más saborear una taza de té negro con una nube de leche; dudo entre tirar el resto del café o guardarlo para la tarde, cuando regrese Juan. Pero ya no sabrá igual. En fin.

El sueño fue tan nítido. He visto varias fotos del abuelo, pero siempre pensé que las fotos son insuficientes para hacerse una buena idea de los rasgos de una persona; sin embargo vi al abuelo muy de cerca, pude distinguir la piel delicada de la cara, las comisuras de los labios, las arrugas de las manos regordetas. En el sueño supe quién era como si lo hubiera conocido de siempre. Tuve la sensación de estar desayunando con alguien con quien conviviera todos los días. El momento me pareció largo, aunque recuerdo claramente pocas cosas, como sus ojos bonachones. Y la neblina, que visita tan seguido las mañanas invernales de Saltillo. Varias veces, caminando muy temprano para tomar el camión que

me llevaba a la preparatoria, me encontré así, en medio de un mar de neblina que no deja ver más allá de una o dos casas. El aire helado se me colaba por la nuca entre el suéter y la espalda y añoraba, entonces, la bufanda que me había negado a tomar de las manos de mi mamá.

La tetera silba desde la estufa y me regresa al departamento. Coloco el infusor con té en la taza y sirvo el agua, le agrego la nube de leche, media cucharadita de azúcar y unas gotas de limón. Con todo y taza me siento en el sillón azul, junto a la ventana. Escucho el murmullo de la calle, que ha despertado hace ya varias horas: los oficinistas llegan a sus lugares de trabajo; los puestos de memelas y las cocinas económicas ya tienen al fuego sus guisados olorosos, y yo sólo he comido fruta y me estoy tomando una taza humeante de té.

El abuelo comía molletes, no los bolillos partidos a la mitad untados de frijoles y queso espolvoreado, sino lo que antes —y en Saltillo— se llamaba mollete, panecillos circulares con la panza abultada y algo picuda, como la cima de una loma, cubiertos de granitos de azúcar. Y preguntó que por qué había abandonado aquel proyecto *sobre el Saltillo viejo*. Sonrió. Era un proyecto que se me había ocurrido hacer en la universidad. Había pensado entrevistar a los viejos conocidos de la familia, a los tíos de mi mamá, tal vez a sus hermanos y probablemente buscar en los archivos municipales. Traer a cuento la historia de la familia y descubrir cómo había sido aquel “*Saltillo viejo*”. Y el abuelo había venido a recordármelo. Ahora caía en cuenta, si más que sobre el Saltillo de antaño, era un proyecto para descubrir *su vida*, la vida del abuelo.

Mi abuelo materno, Óscar Dávila. Me hubiera gustado conocerlo. Algunas veces me pregunto por qué en la familia han muerto los parientes que más estimo en lugar de con quienes no comulgo. Según me han contado, murió en 1968, años antes de que yo naciera, así que el primer acercamiento que tuve a su persona fue de oídas. Mi madre siempre habla

de él con los ojos iluminados y una sonrisa escondida, como si hubiera sido el único de la familia que realmente la hubiera comprendido. Para la familia entera ha sido una figura especial: los tíos no hablaban mucho del abuelo, pero cuando los he oído hacerlo, es con orgullo. Se acordaban de él en su biblioteca, de lo que le gustaba comer, de lo que platicaba y hacía en la casa. Con el tiempo me di cuenta que no contaban más porque era lo que sabían. Contaban de él lo que habían vivido con él; las otras partes de su vida siguen siendo algo misteriosas: con su mujer se llevaba bien, nunca lo vieron pelearse ni con ella ni con nadie. De los negocios, tuvo varios, pero bien sólo se conoce el que heredó: un hotel pequeño en el centro de la ciudad. Sería buena idea hospedarme ahí cuando regrese. ¿Pero regresaré? En fin. El abuelo no bebía mucho, fumaba y le gustaba la buena comida. Una vez escuché que la abuela compró unos frijoles en polvo, listos para agregarles agua y calentar; eran la novedad gringa. Los hizo y mandó tirar las envolturas, para que mi abuelo no se diera cuenta. Pero en cuanto éste los probó dijo que sabían muy mal, que seguro eran de paquete, que no quería volver a probar de esos frijoles en su mesa. Pero sobre todo, el abuelo pasaba mucho tiempo dentro de su biblioteca.

El único día fuera de la Nochebuena que encontré reunida a toda la familia fue aquél en que se presentó el número 2 de la revista *Provincias Internas*, del Centro Cultural Vito Alessio Robles. En esa ocasión se incluyeron en la revista una reseña de su vida, hecha por la tía Pera, hermana de mi madre, y dos textos de mi abuelo, publicados formalmente por primera vez. Estuvimos todos los tíos y los primos, bien vestidos y arreglados, sentados hasta adelante en la galería del centro cultural.

Creo que fue entonces que me inventé el trabajo que el abuelo había llamado *sobre el Saltillo viejo*. A pesar de las distancias en el tiempo y por alguna razón desconocida, la figura del abuelo me atraía singularmente. Cuando crecí, decidí dedicarme a las letras. La

mera simpatía se tornó en interés y en ese momento en que uno debe tomar partido por algo, supe que me identificaba con su historia. Aunque no fue su figura exactamente lo que me llevó a acercarme a la literatura. De sus hijos, la mayoría acostumbra tumbarse a leer, casi siempre en las tardes, pero sólo dos se dedicaron a la literatura. Y de los nietos, nadie, excepto yo. Así que cuando estuve cerca de terminar la universidad llegué a pensar que hacer un trabajo sobre el abuelo y su afán literario sería una forma de corresponderle. Pero aquella vez, los fantasmas literarios y familiares se presentaron, y al final decidí cambiar el tema. Por varios meses tuve los papeles del trabajo sobre la vida del abuelo encima del escritorio. Todos los días miraba la portada sin mucha atención; pero un buen día decidí guardarlos, pues me distraían de los nuevos proyectos. De vez en cuando recordaba al abuelo y en silencio me decía a mí misma que debía retomar el tema. Hace ya varios años que no pensaba en ello. Tampoco he vuelto a visitar Saltillo.

Abro la llave de la regadera. Tal vez sea tiempo de volver al norte, aunque sea de visita. Llamaré a mi madre para pedirle el teléfono de las tías. El vapor llena el hueco tras la cortina de plástico; el agua caliente me resbala por el cuerpo y se dibuja como ramificaciones, me recuerda las ilustraciones de las raíces de los árboles en las enciclopedias. Me es inevitable pensar en “raíces literarias” y evoco al abuelo con sus molletes y su historia olvidada.

El tráfico de regreso a casa, por la tarde, es caótico. Tomo un atajo que aprendí unos meses después de mudarme con Juan y apresuro la llegada. Mis manos ansiosas sostienen el volante esperando cambiar pronto el tacto del plástico frío y pegajoso por la calidez seca y reconfortante del papel. Subo las escaleras de granito blanco de prisa, como generalmente lo hago, y después de abrir las dos chapas del departamento me enfrento, por fin, a los

libreros. Una silla de palo y mimbre recibe la bolsa de tela donde cargo libros y una carpeta. Camino a lo largo de los anaqueles y llego al lugar donde se acomodan los folders y carpetas. Tomo legajo por legajo y ojeo el contenido. En momentos como éste me pregunto por qué nunca los he rotulado; el desparpajo y el olvido han marcado mi vida entera. Acomodo los papeles en el piso, por montones. Recortes de periódico, borradores de publicaciones, viejos trabajos de la universidad. Cuando termino de revisar un anaquel completo regreso, a regañadientes, los folders a su sitio original. ¿Dónde habré guardado aquellos papeles?

Me dirijo al archivero deseando regresar sobre mis pasos, pues en el estómago me revolotean el miedo y la ansiedad: ya no recuerdo qué es lo que me espera dentro de la carpeta que busco. Abro el primer cajón, pestañas en blanco, los papeles sueltos de mi memoria. Abro el segundo: nada, y la desesperación me come la panza mientras jalo el tercer cajón. Ahí, en medio de todos los papeles, encuentro la carpeta escurridiza. Después de casi dos horas de mirar de pasada kilos y kilos de papeles y de haber hecho un recuento de *mi vida estampada en papel*, emerjo de entre marejadas blancas invadidas de letritas, sosteniendo, finalmente, el trofeo que buscaba. Aunque la carpeta es muy parecida a otras que guardo, la reconocí en seguida: tiene el forro del lomo un poco levantado, pues cada vez que clasificaba ahí algún papel, mi pulgar izquierdo, nervioso, buscaba algún tipo de consuelo hurgando justamente ese borde.

Me siento en el suelo, entre los libreros y algunas hojas tamaño carta que quedaron sueltas sobre el piso. Abro la pasta y pienso que sería bueno tomar, como en la mañana, una taza de buen té: la búsqueda me ha dejado somnolienta. Después de poner el agua, regreso a revisar los papeles del proyecto. Antes que nada, encuentro un plano de la primera casa en que el abuelo vivió, ya casado, en Saltillo. Está trazado con pluma de tinta azul sobre un

papel de cuadrícula arrancado de un cuaderno. La casa se encuentra situada a dos cuadras de la plaza de Armas, en el centro de la ciudad de Saltillo. Pocas veces entré a verla; la última fue el día que los nuevos dueños iban a ocuparla; mi mamá me llevó a recorrerla antes de que fuera demasiado tarde. Es antigua, aunque realmente es la mitad de la construcción original (espero que siga ahí); la recuerdo, tiene un patio central rodeado de cuartos en tres de sus lados: frente, derecha y parte trasera; del lado izquierdo está la barda que hace de división. Al plano le sigue un árbol genealógico, también hecho a mano sobre una hoja blanca; aparecen los padres de mis abuelos y termina con mi nombre. Después hay una lista de candidatos a ser entrevistados:

Sus 6 hijos vivos: Lourdes, Esperanza, Óscar, Sarabel, Leticia, Cristina.

Su hermano: Ramiro

Sus primas políticas: Irma, Licha, Virginia

Sus sobrinas: Marilú, Lucha, Marusa.

Contemporáneos: Jesús Sánchez, Lorenzo Burciaga, Mario Herrera.

En seguida aparece un ejemplar de *Provincias Internas*, de aquella presentación en que nos reunimos toda la familia. Suena la tetera, infalible llamada a la realidad. Con trabajos me incorporo, la columna rígida, y camino hacia la cocina. Regreso con el té preparado. Decido, contra los reclamos de mi columna, sentarme de nuevo en el piso. Quiero respetar el ambiente que se ha creado, mantener la misma visibilidad y la misma sensación de la alfombra bajo el trasero. Cuando trabajo, la memoria fotográfica es un arma invaluable. Continúo dentro de la carpeta, donde encuentro una publicación de varios textos editados por la Universidad Autónoma de Coahuila: *Aproximaciones literarias*. Después hay varias notas, todas hechas a mano, ideas sueltas sobre tal o cual tema.

Me siento al teléfono y marco el número de Sandra. “Hola, ¿cómo estás? Qué bueno que se arregló. Yo, con algunas nuevas. ¿Te acuerdas de mis intenciones de pedir seis

meses de permiso? Decidí que es el momento. No, el proyecto ya cambió. Vas a decir que estoy loca, pero tuve un sueño: soñé con mi abuelo. Creo que no te había contado, pero alguna vez pensé en investigar su vida. Fue un intelectual local de mediados del siglo pasado, respetado por la gente de Saltillo. Por supuesto para la familia es una figura especial, pero no se dice mucho de él. Quiero saber quién fue. Es una especie de compromiso literario-familiar. Nunca hice aquella investigación, y ya es tiempo; de hecho, espero que no sea tarde. Los viejos se han ido muriendo, naturalmente, y me han contado que a los que quedan la edad, tal vez el peso de la memoria, les impide comunicar sus pensamientos. No sé bien qué haré con los resultados. Tal vez un tipo de reportaje, una biografía novelada. Sí, me iré a Saltillo. No lo sé, en dos semanas o tres, en lo que arreglo el papeleo. Ah, el sueño, sí, fue una cosa extraña, estábamos en la última casa donde vivieron mis abuelos, en la misma privada donde crecí. Pues el abuelo me había invitado a desayunar y comíamos molletes. Había mucha neblina y no recuerdo bien todo lo que me dijo, pero sí recuerdo que me sentía tranquila y contenta, como pocas veces en Saltillo los últimos años que pasé allá. Hay que tomarnos un café, te quiero enseñar lo que llevo del proyecto y que me des tu opinión.” Antes de colgar escucho la puerta de la entrada que se abre, es Juan. “Perfecto, el viernes a las 6 en el Toscana. Beso.”

“Hola, ¿cómo estás?”. “Bien, cansado por el tráfico insoportable. ¿De dónde sale tanta gente? La ciudad está repleta. Oye, te quedaste bien dormida y por poco yo también”. “Sí, no sé por qué no oí el despertador. Pero tuve un sueño de esos que parecen reales; estaba con mi abuelo materno en su casa. Desayunábamos panecitos con nata, al estilo Saltillo. Hasta se me antojaron. Alguien, no vi quién, trajo a la mesa donde estábamos sentados una charola con varios y nos sirvió té con leche. Estábamos sentados en el patio interno que hay en la segunda casa donde vivió mi mamá. Luego nos paramos y caminamos

por bastante tiempo, pero el patio donde estábamos no es nada grande. El abuelo murió antes de que yo naciera, pero en el sueño lo vi muy de cerca, pude verlo muy claro y ya ves que los sueños nunca son muy claros. Fue como si me hubiera venido a visitar. En el sueño me habló de un trabajo que comencé a hacer en la universidad para conocer su vida. Me dijo que lo retomara”.

“Nunca me has contado mucho de él”, me dice después que le he platicado lo relevante del día. “¿Y cómo te sientes?”. “Todavía no me cae el veinte, pero me parece que el sueño vino a señalarme el momento idóneo para cerrar algunos círculos. Creo que regresaré a Saltillo para reencontrar a la familia. Ya tiene diez años que no vuelvo”. “¿Te vas a ir?” Asiento. “¿Por cuánto tiempo?”. “No mucho, un mes o dos. El tiempo suficiente para hacer las entrevistas y estudiar los documentos de mi abuelo. He pensado en visitar el Archivo Municipal, y, bueno, hacer las visitas familiares de rigor. Pediré el permiso y en cuanto esté listo, me voy”.

Cenamos y tocamos otros temas. Está cansado y se acuesta a ver la televisión. Yo termino de preparar mi clase del día siguiente y regreso al sillón azul, junto a la ventana más grande del departamento. Miro las pocas luces que pululan en la oscuridad, la ciudad que muere y un proyecto que se perfila en el umbral.

Antes de meterme a la cama regreso a hurtadillas al escritorio. Tomo la revista *Provincias Internas*.

La llegada

Gotan Project suena en el estéreo del carro. El inicio del descenso del sol en la carretera y la última caseta de viaje me provocan una sonrisa; me reencuentro en el paisaje desértico que se extiende sereno. Recorro el último tramo: la Encantada, la Narro, Lomas de Lourdes. Después de casi nueve horas de viaje, entro a Saltillo. Me siento como extraña en una ciudad nueva; diez años de ausencia del terruño me hacen pensarme como hija pródiga. Estoy cansada del viaje, quisiera estirar las piernas un poco, pero el recuerdo convertido en sorpresa ante lo viejo que se renueva me lleva a hacer otro recorrido antes de buscar el hotel De Ávila, en el centro. Apenas lo recuerdo, un hotelito pequeño a un costado de la Plaza Acuña, cercano al mercado Juárez. Nunca entré y, si alguna vez le dediqué unas miradas, fue después de enterarme de que ese hotel lo había construido mi abuelo.

Bajo hacia el centro de la ciudad por la calle de Abasolo, maniobro hasta alcanzar la De la Fuente. Disminuyo la velocidad. Una hilera de casas viejas me escolta a cada lado de la calle, estoica. Giro a la izquierda por General Cepeda y alcanzo la plaza de San Francisco, con la casa antigua en la esquina con Juárez. La imagino en su estado original, antes de que la cercenaran en locales. ¿Cómo habría sido la infancia en estos lares hace ochenta años? La mutabilidad de las ciudades, de la gente, es imparable como el tiempo, esa medida abstracta y arbitraria que discurre a punto de regir la vida. Nuevas generaciones de inquilinos de las ciudades aparecen y las erigen según las nuevas tendencias y costumbres de vida. Me atrevería a decir que es poca la gente que se pregunta por lo que antes fue. Ni siquiera en esta ciudad, cada vez menos pequeña, cuya tranquilidad debería dar paso a la reflexión. En la universidad aprendí a buscar lo que fue antes que yo, que

nosotros, para entender lo que ahora es. Sin tenerlo en la conciencia, huimos de esa tarea difícil. Pero a mí me ha llegado el momento.

Terminado el recorrido, me interno entre las calles amplias del centro llenas de comercios que se preparan a cerrar sus puertas: varios mercados, fruterías, mercerías, tiendas de ropa, de zapatos y telas. Llego al hotel De Ávila. Nunca he entrado. Dejo el carro en el garaje y subo las escaleras. Me recibe una recepción amplia, con piso de mosaico y, al fondo, grandes ventanales desnudos de cortinas que dan a pequeños jardines interiores en lo que sólo quedan plantas ralas y medio secas. El lugar está bien pintado pero se adivina una decoración muy poco esmerada. Hay un hombre tras el mostrador que me mira algo asombrado; seguro que el hotel se ha convertido en uno de paso y no se ven por ahí mujeres solas muy a menudo. Pero ante mi petición me registra solícito; me entrega la llave 112 y me indica el camino. Me dirijo a mi habitación arrastrando por el pasillo de mosaicos claros la maleta, los temores, las dudas, el insomnio, la satisfacción.

Me desplomo en la cama y desde el techo me observa un ventilador apagado. Me alisto para dar una caminata. Le digo buenas tardes al recepcionista y salgo a la calle, casi oscura. Camino hasta la iglesia de San Esteban, vadeo sus paredes de adobe pintadas de colores claros y llego a la parte trasera: las tiendas de artículos religiosos están cerradas a cal y canto, mientras que un par de cervecerías han abierto sus puertas. Me dirijo al *Cerdo de Babel* y me siento en una mesa solitaria: es jueves, hay pocos parroquianos, la mayoría de ellos fumando en las mesas de afuera, cercanas a la entrada. Se escucha buena música de jazz. Pido una cerveza y un plato de aceitunas. Ya no reconozco aquellas caras familiares que me parecían fáciles —incluso demasiado— de encontrar en cualquier lugar de Saltillo hace varios años.

Es imposible contenerlos, se me vienen todos los recuerdos, los paseos y las larguísimas tardes de juegos en la Alameda, y al atardecer las caminatas de regreso a casa con los primos y la nana o los fines de semana con mi mamá. La barbacoa de desayuno los domingos en el mercado. Años después, las muestras internacionales de cine en el Cine Teatro Palacio y los paseos con las amigas por la de Victoria, desde la Plaza de Armas hasta la Alameda, terminando con un helado de yogurt; los *toquines* de ska y rock, la tranquilidad del *reven* provinciano en la preparatoria, antes de partir a la capital.

Después de una última hora de silencio regreso al hotel y en el cuarto descuelgo el auricular, marco el número: “Hola, hija. ¿Cómo estás, llegaste bien?” La voz cálida de siempre de la tía Pera me saluda. Le cuento los pormenores del viaje en carretera, nos citamos para el día siguiente en el centro cultural donde es la encargada del recinto que resguarda la biblioteca que fuera del abuelo. Me entregará los papeles del archivo personal del abuelo.

Un sol agudo inunda la plaza. Las palomas se ven por todos lados, unas acurrucadas en sus nidos bajo la techumbre de cantera de los arcos; otras, en grandes grupos, caminan presurosas por el piso de loseta, entre las bancas y cerca de la fuente; unas alzan el vuelo como cortina de cuentas negras extendida en el manto azul límpido de cielo; se desperdigan, planean y aterrizan de nuevo. Todas van y vuelven como si se negaran a dejar aquel lugar suyo: el corazón de Saltillo. Son saltillenses como los pobladores, y los imitan porque en ningún momento piensan en cambiar sus viejos modos.

La gente que pasa por ahí, humilde en su mayoría, se dirige hacia algún lado caminando tranquila. Unos toman un descanso, como esperando a que baje el calor. Los

comercios tras los arcos, un *Oxxo*, una mueblería, un lugar de maquinitas, una paletería, están abiertos, esperando la clientela.

Del lado derecho, cruzando la calle de Hidalgo, se eleva la catedral, firme y antigua, de color arenisco, recortada ante el cielo sin nubes de un paisaje seco. Al frente se extiende el atrio amplio custodiado por una sobria reja negra. Me la imagino sabia, gigante estoica, conocedora de la historia del lugar que la cobija, observadora única y constante de la realidad provinciana y tranquila de techos bajos que la circunda.

Siempre que visito mi pueblo natal, lo primero que hago es darme una vuelta por la Plaza de Armas. He terminado las deliciosas papas a la francesa que hacen por aquí cerca, en una hamburguesería donde, a pesar de todo, se niegan a seguir la usanza gringa de vender comida de plástico congelada y fríen para sus clientes deliciosas papas naturales. Arrugo la bolsa de papel blanco con un logo naranja y me la guardo en la mochila con el dejo pastoso y el sabor de la mostaza en la lengua.

Miro una última vez hacia la catedral y empiezo a andar con grandes zancadas. Después de un momento me sorprende la incontinente rapidez citadina que me brota del cuerpo, innecesaria aquí en la calmosa ciudad; trato de mudarla por pasos más pesados y lentos, aunque mis piernas se niegan, desconcertadas.

Después de una cuadra llego a mi destino. Un recinto de piedra clara puesto en la esquina. Hay un gran pórtico de madera labrada medio entornado, que aunque viejo parece recibir cuidados recientes. Cruzo el umbral y saludo al policía que custodia con una inclinación de cabeza y un “Buenas...” Al ver su cara seria tomo consciencia del peso que cargo en el estómago. Después de algunos pasos me interno en el patio central de piso de barro barnizado, iluminado con la luz del día que los domos translúcidos del techo dejan entrar. Me gustaría vivir en una casa con piso de barro, pero en la gran ciudad debe uno

contentarse con un departamento en segundo o tercer piso. Alrededor del patio hay un mural que cuenta la historia de la ciudad.

A punto de entrar a la biblioteca, la puerta antigua con ventanas y visillos me hace sentir como si hubiera vuelto al pasado; es el acceso a un lugar donde perviven fragmentos de tiempos pasados, estampados en páginas blancas y amarillentas. Es un espacio de tranquila incertidumbre, un punto donde convergen el miedo y el deseo, el sitio ideal lleno de hallazgos futuros. Es el último lugar que conserva la presencia de mi abuelo, Óscar Dávila, la única parte donde podremos reencontrarnos, después del sueño reciente y de la lejanía de los años que nunca nos permitieron conocernos.

La perilla redonda me conduce a una sala fresca, rodeada de libreros altos con puertas de cristal que encierran los libros de dos hombres ilustres: Vito Alessio Robles y Óscar Dávila. Camino sobre los pisos de madera, con el corazón golpeando el esternón al ritmo del rechinar de la duela bajo mis pies; cruzo la primera sala mirando de pasada los lomos de los libros antiguos, con una parte de mis intenciones tratando de detenerse a leer los títulos —y tal vez tomar un libro y hojearlo— y otra tirando hacia adelante. Indudablemente que aquí encontraré cada vez que lo necesite los ecos de sus ideas, de sus pasiones, de sus búsquedas personales. Aquí flotan constantes la memoria del abuelo y su recuerdo, silenciosos como él. Nada más de entrar me sumerjo en ellos.

La segunda sala está más iluminada. A la derecha, bajo las ventanas de postigos abiertos que dan al patio central, hay una serie de escritorios angostos que sostienen papeles y libros. Los miro sólo de reojo. Al final está el escritorio de la bibliotecaria, la tía Esperanza, a quien todos en la familia llamamos Pera.

“Tía”, la tía Pera levanta la cara con los ojos entornados y una sonrisa de antemano, pues ha reconocido mi voz.

“Hija, ya llegaste”, me saluda con un beso y un abrazo, “qué bueno que nos visitas, hace tantos años que no te veía”. Me pregunta por mí y por mi mamá, platicamos un poco, se asombra de cuánto he cambiado y después me dice: “Siéntate, ahorita te traigo los papeles” y se agacha por detrás de su escritorio. Me acomodo en una silla acolchonada color gris, dudando entre encoger los hombros o erguir la espalda y me acomodo de nuevo, no encuentro la forma de estar a gusto: pongo un codo sobre la mesa, después coloco las manos en las rodillas y pasados unos segundos intento pararme a ayudarla. Pero ella se incorpora, sostiene una caja mediana que pone con cuidado sobre los papeles de la mesa. “Aquí está el archivo de tu abuelo”.

Es una caja de cartón un poco vieja. La tomo de inmediato. Me despido de ella y acordamos vernos al día siguiente para comer. Salgo abandonando las columnas cuadradas de cantera del patio. Desando el camino para llegar de nuevo al hotel. Voy por la calle empinada bien cargada con la caja, pero de repente me siento flotar. Estoy ansiosa por llegar a la habitación, abrir aquel paquete y sumergirme en su contenido. Me siento como si llevara un cofre del tesoro, o mejor, un mapa para encontrarlo. Estoy al inicio de la carrera, el archivo del abuelo es el boleto de salida. Desde que era pequeña, el abuelo era una figura mítica para la familia. Me hizo falta haber nacido varios años atrás para haberlo conocido, pero escuché siempre de boca de mi madre y mis tíos historias del abuelo y la familia. Aunque ahora apenas inicia, fue desde entonces que se incubó la necesidad de la búsqueda, de la odisea que me espera.

Aquellos días de infancia, me encantaba quedarme callada escuchando las pláticas de los grandes cuando narraban las vivencias con sus abuelos —mis bisabuelos—, las costumbres de sus padres y el Saltillo que había sido antes de que nosotros, los primos, viniéramos al mundo. También platicaban rememorando lo que habían escuchado de niños

y de lo que se habían enterado cuando grandes. Que los abuelos eran tío y sobrina, que su papá, Óscar, decía que tenía miedo del Parkinson, la enfermedad de la familia por cruces de la misma sangre. Contaban que los abuelos de varias generaciones atrás habían vivido en Saltillo cuando tenía poco tiempo de haberse fundado, y que el tatarabuelo había sido el primer doctor de la ciudad, que había estudiado en el extranjero. Que era entonces cuando tenían haciendas y ranchos muy grandes y que el reparto agrario de los treinta les había quitado más de la mitad de sus tierras, y que todas sus vacaciones las pasaban en los ranchos, comiendo caldos de chivo viejo con puños de cilantro y mojándose en los arroyos y las presas, alguna vez espinados con los nopales y las matas de púas rojas.

Sí, fue entonces que la odisea comenzó a cocinarse. Algunas veces he pensado que este afán mío de escarbar en el pasado imposibilita la llegada del futuro, pero algún compromiso contraído con la memoria familiar me da tirones hacia atrás y me hace sentir alegría cuando viro la cara buscando en el pasado de los hombres y mujeres que bien que mal construyeron la familia que me acogió. Con la caja entre las manos me dirijo a cerrar el círculo de la historia que me dio origen. Alguna vez, mi maestra Mónica dijo que ninguna historia está terminada hasta que queda impresa y publicada, y que a veces ni así. Vine a Saltillo a curarme la infición, (“como decían los antigüitos”, escuché decir varias veces a mi mamá), y el mejor remedio, según la tradición, es amarrarse un paliacate rojo en la cabeza, con los pies descalzos y metidos en un arroyo que corra y menear el agua con un palito. Ya me había amarrado el paliacate en la cabeza y acabo de meter los pies en el arroyo. Ahora me falta sentarme tranquila, a la orilla, nada más, y ver pasar la historia en el agua de nuevo y menearla también con el palito. A ver qué pasa. Aunque dicen que la misma corriente de agua nunca pasa dos veces por la misma orilla.

He llegado a la plaza Acuña, donde algunos chavos con uniforme de secundaria comen chicharrones de harina con salsa y paletas de hielo, sentados a la orilla de la fuente. Enfrente tengo mi hotel. Entro y camino frente a los ojos sorprendidos del recepcionista que me ve cargando la caja de cartón. “Buenas tardes”, le digo y continúo hasta la habitación. Hay dos camas, ya tendieron la que usé en la noche y sobre la segunda pongo la caja. La abro y miro el contenido. Varios alteros de papeles bien acomodados me saludan desde dentro. En la parte de arriba, como presentación, hay un papelito arrancado de cuaderno que tiene un listado con fechas, títulos de artículos y nombres de periódicos y publicaciones. La tía dijo que su hermano Óscar había hecho alguna vez una clasificación de los papeles. En seguida hay varios ejemplares de una revista, uno de cada uno de los primeros números. *Cultura*, se llama la revista. Tomo la primera y la hojeo. En las primeras páginas hay algunas fotografías blanquinegras de los fundadores, el grupo de la Acción Católica de Saltillo. Identifico a mi abuelo, joven y regordete desde entonces, y desde entonces, también, con sus lentes de armazón de carey. Sigo buscando en aquel papel amarillento y encuentro la foto del padre José, del que ya había escuchado hablar, jesuita mentor de aquel grupo. Señores y señoras respetables vestidos a la moda de los 30 están sentados y de pie, acomodados en semicírculo; también hay jóvenes, en su mayoría mujeres. Sus caras contentas me regresan la ojeada, las observo una por una y entre ellas la mirada tropieza con la imagen de mi abuela Esperanza. Nunca supe que había pertenecido a aquel grupo. También está su padre, el bisabuelo José Sota, con sus pronunciadas ojeras y esa mirada penetrante de cejas bien delineadas que heredaron mi mamá y sus hermanos.

Me apodero de otros ejemplares y paso las páginas. Óscar Dávila escribía la Miscelánea y algún artículo. Seguro también, por el tono, la editorial. El título de una Miscelánea me llama la atención: “Un nuevo académico”. Habla de un presbítero que

recién ha ingresado a la Academia Mexicana de la Lengua. Este presbítero ha hecho trabajos importantes de historia, entre ellos una *Historia de la Iglesia católica*, cuyo último tomo, por cierto, fue prohibido en el país. Cita a Carlos Pereyra, quien decía “¿queréis hacer historia?, pues hacedla, pero lejos de vuestro país”.

Mi abuelo era el editor en jefe y, a juzgar por las fechas de los últimos ejemplares, delegó el cargo después de dos años. Tras los últimos ejemplares, hay recortes de periódico: *El Herald*, *La Verdad*, *El Sol del Norte*. Son artículos de opinión política y de cultura. Miro cada uno y los voy extendiendo sobre la cama, por fechas. Quiero encontrar con el tacto las huellas que tocaron ese papel periódico quemado por el ácido y los años; seguramente fue el propio abuelo quien hizo los recortes de sus publicaciones. ¿Habrá pensado en la posteridad, en un estudioso de sus andares, en una nieta que hurgaría en la memoria de la familia? Tal vez era una forma de organizarse; y por supuesto, cualquiera almacena el producto de los logros. Ahora se hace para comprobar currículum, pero entonces no tenía mucho caso cuando se vivía en un lugar pequeño donde todos se conocen. Antes de leer cada artículo, corroboro la lista, que está casi completa, sólo hay algunos recortes de periódico sin contabilizar. Los anoto.

La tía Pera me dijo que había puesto ahí dentro algunas fotos. Las encuentro en un costado de la caja. Son de formato mediano. Cada pedazo de papel que sostienen mis manos me hace sentir más cerca del objetivo, me dibujan al personaje mítico que nunca conocí.

Carlos Valdez

Entro a una oficina limpia y silenciosa. Muy amable y en cuanto lo llamé, Carlos Valdez me invitó a entrevistarle, ese mismo día, en ese momento. Tomé un taxi desde el centro de la ciudad y llegué a la Facultad de Psicología en minutos. No estaba segura de lo que me esperaba. Tenía buenas referencias de él y lo recordaba de la infancia: amigo de la preparatoria de mi madre y doctor en historia. Otro hombre sabio, como pocos en Saltillo que, además, aprecia la tranquilidad de su ciudad, pudiendo vivir en cualquier otro lado. Lanzo la pregunta al aire: ¿quién fue Óscar Dávila?

Reto personal

<<Fue un hombre que luchó, en el aspecto personal, en el intelectual y en el político. El personal lo desconozco. Pero en el aspecto intelectual fue un hombre que se creó una especie de reto ético para el conocimiento que lo marcó muchísimo. Pienso que se obsesionó con algunas cuestiones del conocimiento y que empezó a desbordarse a sí mismo. En ese sentido amplió muchísimo las posibilidades que le podía haber ofrecido Saltillo en la época: los libros que llegan aquí, los autores que se leen —por supuesto eran autores nacionales— muchos de ellos mediocres, por ejemplo en poesía. Lo que se usaba era muy mediano pero Óscar Dávila tuvo un afán de búsqueda que lo llevó más lejos. A mí me sorprende muchísimo que él haya leído a Proust, por ejemplo. No creo que haya habido muchos saltillenses que leyeran a Proust en su tiempo, tal vez nadie, no lo sé. También leía los poemas de François Villon. Y Villon es uno de los grandes poetas franceses, aunque no sea de los que se mencionan mucho, pero fue leído por todos los demás grandes poetas, e influyó a todos los que ahora se consideran los franceses destacados. Con estos dos

ejemplos quiero mostrarte que él tuvo una búsqueda constante que fue individual, personal: no leyó porque su papá le pidiera que lo hiciera, por supuesto, y no leyó porque se lo haya exigido el profesor. Leyó porque iba encontrando, porque iba relacionando autores, en la medida que crecían sus conocimientos. Hay una especie de ideal de acumulación que a menudo va con dos corrupciones o desviaciones, una es poseer las cosas únicamente, conseguirlas y acumularlas, y la otra está en poseer también, pero con la intención de mostrarlo a los demás: yo te muestro que tengo muchos libros para que tú sepas que soy un intelectual; en realidad no se sabe si los leo. Tu abuelo tuvo la virtud de no acumular por acumular; iba comprando, iba consiguiendo, iba ampliando sus recursos bibliográficos, que lo llevaban a ir juntando una verdadera biblioteca>>.

UN LUGAR DE RESGUARDO

Abrió la puerta del número 47 de la calle De la Fuente y se adentró al zaguán, cuyo techo, ardiente a esas horas, resguardaba del sol. Paseó los ojos por el espacio cuadrado, como quien lo conoce de memoria y siguió tranquilo hacia la puerta de la sala, a la derecha. Momentos antes transitaba por las apacibles calles de Saltillo, desde la Cartonera hasta su casa en su Ford '49, uno de los pocos carros que había en la ciudad.

Había abierto la Cartonera de Saltillo en un terreno amplio que había comprado lejos del centro de la ciudad, lejos del poblado, donde comenzaban las huertas; había tenido que abrirla cuando la guerra trajo consigo las prohibiciones, entre otras la del caucho, y había tenido que cerrar su pequeña industria de zapatos tenis en Monterrey. Ahora hacían cartón de papel prensado que trituraban, remojaban, pasaban por las prensas y dejaban secar al sol. Para ello descargaban en el galerón que albergaba la Cartonera cerros de papeles de desecho.

A sus hijos les gustaba pasearse entre los montones de papel e ir por ahí recolectando papelitos de colores, de texturas especiales o tiritas arriscadas de papel. Admiraba en silencio el ánimo distraído y descubridor de los niños que se entretenían en cualquier situación e inventaban juegos sin importar la materia prima que tuvieran al alcance.

Ese día, como siempre, Don Óscar había suspendido puntualmente con sus trabajadores las labores para dar paso a la hora de la comida. Había tomado Presidente Cárdenas en su Ford y había sentido de nuevo el aire seco y caliente de la ciudad que entraba por la ventanilla mientras avanzaba. Su camino se extendía entre bardas de huertas y locales de algunas incipientes industrias, una hulera, la fábrica de muebles "El Popo".

Después se adentraba entre las primeras casas. Pasó por detrás de la iglesia de San Francisco, dos cuadras después viró a la derecha y dio vuelta a la manzana para entrar a su calle. Cuando tomó el paseo De la Fuente la calle se veía desolada, únicamente estaba presente el sol de pasado el mediodía, bañando construcciones y aceras por igual.

Ahora había llegado a su hogar y veloz se dirigía a resguardarse del calor sudoroso y de la tranquilidad indiferente de su ciudad. Dentro de la sala se movió entre los sillones de respaldo alto, con rostro serio y andar pausado. Le llegaron las voces de los niños que discutían al fondo del patio y los ruidos del movimiento en la cocina; el aire estaba inundado por los olores tibios de la comida que se preparaba en la estufa de gas.

Giró de nuevo a la derecha para encontrarse de frente a la pintura de San Francisco de Asís en un ambiente medieval, hecha en claroscuro, donde se observa al santo de pie sobre un fondo negro, con una calavera entre las manos, sumido en profundas meditaciones y con los ojos llenos de humildad. La pintura estaba dentro de la biblioteca, flanqueada por dos ventanas que daban a la calle; después de unos segundos de observar el cuadro, se preparó para entrar en la habitación, tan llena de espíritus.

Entró a la biblioteca, la sintió oscura mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra, después de haber mirado tanto sol. Había otros dos cuadros de gran formato, uno en la pared de la izquierda que representaba a Santa Margarita con un crucifijo en la mano con el que acababa de dar muerte al dragón; el otro, en la pared opuesta, representaba a San Antonio Abad. Siempre tenía tiempo para mirar los cuadros por unos segundos y siempre se volvía a sentir atrapado por ellos, como cuando los había comprado. Caminó por la derecha, recorriendo los lomos ordenados en las estanterías, historia, poesía, religión, títulos, autores, letrillas estampadas en color dorado, negro; pastas de piel, de cartón,

colores variados, grosores surtidos, uno, dos, varios estantes hacia arriba y hacia abajo, marejada de letras que despide ese aroma característico, pastoso y tranquilizante.

Se detuvo y alzó la cabeza hacia el techo alto, pensó en lo que tenía que hacer. Descorrió de golpe las cortinas transparentes, miró a través de la primera ventana; encontró las casas de siempre, tan iguales, su coche estacionado, las ralas plantas que permitía el clima desértico en el porche de enfrente. Avanzó sin volver a reparar en San Francisco y su calavera, pasó frente al sillón, sumido en sus pensamientos, cruzó la siguiente ventana y antes de alcanzar el escritorio regresó sobre sus pasos para también abrir esas cortinas.

La biblioteca, junto con el comedor, era una de las habitaciones más amplias de la casa. Los libros descansaban en estanterías de madera pulcramente instaladas a lo largo y ancho de tres de las paredes de la habitación. La luz que entraba desde la calle hacía destellar los bordes dorados de los estantes.

Dejó caer su peso en la silla de terciopelo color vino y madera oscura, de respaldo alto rematado con una esfera del mismo tono a cada lado. Ya sentado desde el escritorio miró los rayos de luz que se proyectaban sobre el piso de mosaicos del lugar. El sol iluminaba pequeñas partículas de polvo suspendidas en el aire que brillaban arremolinándose tras su paso y que ahora caían de nuevo, lentamente, tratando de no llegar al piso, resistiéndose a la gravedad. Pensó que se parecían a él, a merced de la vida y del destino, cumpliendo los deberes prescritos, volviendo por los caminos que había que recorrer.

Miró las paredes que tenía enfrente, los estantes repletos de libros que formaban un bello tapiz. Se dejó envolver en la quietud de la habitación. Le gustaba estar ahí, los momentos que pasaba en su biblioteca eran sagrados, eran tiempo para él, dedicado a sus gustos. Se aflojó la corbata y de la bolsa de la camisa sacó una cajetilla de *Montecarlo*

Extra. Encendió un cigarrillo y dejó salir una bocanada de humo espeso que se elevó juguetón hacia el techo.

La biblioteca era su resguardo, su guarida, ahí podía desnudar su alma, se sentía libre; en ningún lugar más que en ése sus pensamientos vagaban sin obstáculo, los libros en sus estantes de filos dorados y redondos se convertían en centinelas amigos que velaban lectura y escritura, eran seres que no exigían nada más que, acaso, el cuidado cariñoso de una mano atenta que supiera cómo pasar las páginas, sin chuparse el dedo, sin arrugar la esquina.

A cambio, los libros permanecían inmóviles, a la espera, listos para abrirse sin problemas y entregarse a la vista del lector en forma de letras, frases, puntos y comas. Ante los libros no había compromisos ni formalidades, *eran* el compromiso mismo y la formalidad, clara y sin tapujos; detrás de cada volumen había una historia, varias historias además de la que contaba en sus páginas: la del autor, del impresor, del vendedor. Pero el libro *era*, a pesar de aquellas historias y a pesar del mundo que lo rodeara, fuera una habitación cálida como ésta, o cualquier otra, a pesar de la mano que lo sostuviera y de los ojos listos para engullirlo.

Dentro de los libros el tiempo se detenía; se podía dejar la lectura y regresar sin miedo a que algo hubiera cambiado o a que la vida que manaba de su interior hubiera avanzado dejándonos atrás y forzándonos a disculparnos o a esbozar sonrisas o gestos de agradecimiento, ira o arrepentimiento. Los libros malos eran fácilmente desechables, el hacerlo no implicaba más que cerrar las pastas, fueran éstas del color que fueran y depositarlo en el cesto, regalarlo a alguien que lo necesitara o simplemente olvidarlo en el anaquel. A los libros buenos no había que rogarles para que se quedaran ni había que invitarlos a pasear por el parque o regalarles una flor. Se quedaban con uno. Así de sencillo.

Miró los papeles del escritorio y con una mano regordeta color pergamino trató de acomodarlos; buscó algunas notas, se acercó el cenicero de pedestal que tenía un hombre con un brazo levantado tallado en la madera, ése que a sus hijos pequeños les gustaba tanto mirar, pues lo tenían siempre a su altura. Después de lanzar una mirada cariñosa a su máquina de escribir, abrió uno de los cajones y sacó de ahí varios legajos de hojas escritas, unas de papel bond y otras de calca, cada uno debidamente engrapado. Los puso con cuidado sobre la mesa y comenzó a pasar las páginas del primero; lo releyó con intenciones de revisarlo de nuevo, quería que estuviera perfecto para el concurso de ensayo. Tomó el lápiz, le afiló la punta cuidando de hacer caer las maderillas sueltas en un cesto de basura y marcó cuidadosamente algunas correcciones.

Ya en la tercera página se encontró con un párrafo donde había ciertas preguntas que, ahora lo pensaba, se había hecho para él mismo. Se identificaba plenamente con la homenajeadada y se preguntó si sentía cierta envidia de aquel ser que había renegado del mundo y se había alejado de todo compromiso terrenal para dedicar su vida al estudio. Leyó las preguntas una y otra vez: *Si amó como lo hace suponer la clara precisión de estos versos, ¿por qué no siguió el gozoso llamado de la vida, y cuál fue, pues, el motivo de su ingreso al convento: la total negación que dice tener al matrimonio, o el sentido del deber que le imponía el heroico sacrificio de la invencible pasión por el estudio, que desde su más tierna edad la devoraba?*

Batallaban en ella tres fuerzas formidables (como en él mismo, se reafirmó): amor divino, amor humano y amor vehementísimo de sabiduría. Aunque su cuerpo lo escondía, había días en que a su alma le era imposible olvidar aquella fuerza de juventud suya, dedicada a devorar libros, a escribir sobre lo que leía, a buscar en bibliotecas y a buscar y generar espacios para publicar. Aquellos años en que podía pasar el día entero leyendo,

tirado en la alfombra de su casa o en los días cálidos acomodado en una mecedora del porche de su casa, interrumpiéndose sólo en las horas de comida ante el llamado de su madre y desafiando a la autoridad paterna, manteniendo la luz de la vela encendida hasta altas horas de la noche.

Su padre, el *Becerro de oro*, de origen ranchero, no entendía de esas cosas. Cuando había terminado la preparatoria lo había enviado a la ciudad de México a estudiar leyes; pero cuando él había llamado a su casa después de dos años, diciendo que no le gustaba el derecho, que lo que quería era cambiarse a letras, le había dicho que no necesitaba estudiar tanto, que mejor se regresara a su casa, que acá lo esperaban los negocios.

Aunque tampoco entendía de libros, su madre, Isabel, no decía nada porque su hijo había sido un muchacho bien portado; lo veía con ojos cariñosos cuando lo encontraba leyendo. Además su propio padre había sido el primer médico de la ciudad, y tenía algunos tíos curas que se dedicaban al estudio, y su hermana mayor, Concha, había tomado los hábitos y gustaba también de las mieles de la literatura.

Don Óscar conocía al dedillo el texto para el concurso y sus partes casi de memoria. Cuando terminó de leerlo y como para cerciorarse, abrió otro de los cajones del escritorio y revisó el contenido; había ahí unos cuantos sobres tamaño carta y varias estampillas; los sobres estaban correctamente membretados y se leía en cada uno *Certamen Sor Juana Inés de la Cruz, en el tercer centenario de su natalicio*. Cerró de nuevo el cajón y pensó en el porvenir del texto al que había dedicado tanto cariño y en el que había tenido oportunidad de fraguar su admiración por la décima musa. ¿Qué sucedería? Esperaría paciente los resultados hasta el mes de noviembre, cuando los fríos comenzaran a llegar a Saltillo, su tierra natal.

Se puso de pie y se dirigió a los estantes, de donde escogió un tomo de poesía de las obras completas de Sor Juana de los varios aposentados ahí. Con el libro en las manos caminó hasta uno de los sillones de brazos que estaba cerca de las ventanas. Se sentó ahí para leer con la luz del día y lo abrió en la página que señalaba una hojita de papel cuidadosamente doblada en cuatro. Leyó:

*De tu ligera planta
el curso, Fénix rara,
para, para;
mira que se adelanta,
en tan ligero ensayo,
a la nave, a la cierva, a la ave, al rayo.*

*¿Por qué surcas ligera
el viento transparente?
Tente, tente;
consuélanos siquiera,
no nos lledes contigo,
el consuelo, el amparo, el bien y abrigo.*

Y continuó leyendo el villancico donde Sor Juana homenajea la Asunción de la Virgen. Pensó en la gracia femenina y barroca que contenían y destilaban aquellas páginas y le creció en el pecho la emoción en forma de calor y deseó poder seguir leyendo hasta el infinito, ahí sentado como estaba ahora, olvidar al mundo y tener como alimento letras y páginas y como cobijo al libro mismo.

Estaba sumido en la lectura cuando escuchó unos pasos ligeros y marcados que se acercaban por la sala. Continuó con la vista clavada en el texto, pero escuchando con atención, hasta que un “mmm” agudo llegó a sus oídos. En las puertas siempre abiertas de

la biblioteca y recargada en el marco estaba Lourditas, peinada de trenzas, con un vestidito rabón que le llegaba arriba de la rodilla y huaraches de piel blanca. Óscar le dedicó una atenta mirada y una fingida sorpresa de juego.

—Papá, que dice mi mamá que ya está la comida, que te vengas para el comedor,
—dijo la niña balanceándose sobre un pie.

Carlos Valdez

Sobre la biblioteca

<<Leer en francés en una ciudad como Saltillo es ahora relativamente fácil. Antes era verdaderamente insólito. Don Óscar leía francés y leía el mejor francés, el francés de Proust, de François Villon. Y leyó a Proust completo, tiene los siete tomos de *En busca del tiempo perdido*. Porque mucha gente lee a Proust y lee un tomo, *Por los caminos de Swan*, generalmente, y cree que ya leyó todo Proust. Él tiene los siete tomos. Yo estuve ojeando los tomos de la biblioteca de tu abuelo y en el papel se ve que los leyó. También tiene a otros autores, tiene algunas cosas de poetas mexicanos que no eran muy cotizados en la época y que sin embargo han destacado mucho.

<<Yo pienso que hay dos partes de su biblioteca, una que él fue juntando, en las librerías, trayendo libros de México, y otra que recibió, la ha de haber pagado, eso no importa. La segunda la recibió de un obispo que tenía una colección extraordinaria y de donde le vienen a don Óscar cosas que es difícil conseguir, prácticamente imposible. Son libros antiguos, raros, mexicanos, de los primeros. Ésa es una parte que le llega porque se la compra a un obispo del que él era amigo. Es decir, ya existía esa segunda colección, él no la hace. La primera es su propia colección y ahí se pueden ver sus gustos y sus disgustos. Me parece una cosa curiosa: un señor provinciano de una familia rica venida a menos —lo que dice mucho— no se rinde en cuanto a los recursos que tiene a la mano, va más allá.

<<Entre los temas que le atraían está la historia. Es evidente. En sus propios escritos publicados, los temas son completamente diferentes. Hay muchas cuestiones de ocasión, escribía sobre el momento en que vivía y analizaba las cosas que estaban pasando. No hay una especie de mirada para teorizar la vida o la política, sino que es coyuntural lo que él

escribe. Pero en sus escritos se muestran sus grandes inquietudes. No sé si no tuvo tiempo para haber escrito algo mucho más largo, pues tenía que ganarse la vida; yo veo su trabajo muy en pedazos.

<<La biblioteca que adquiere tiene volúmenes sobre historia: cuestiones de las misiones franciscanas, del origen de la religión en México, del progreso de los españoles. Esta colección que recibe posee muchos ejemplares raros, difíciles de encontrar. Por ejemplo, he hallado en su biblioteca libros que incluso en las bibliotecas serias de México no he visto nunca: interpretaciones sobre el cristianismo mexicano en francés, de 1930, o libros editados en Lovaina, Bélgica, que no son muy comunes.

<<No conozco la anécdota de la adquisición de esta colección, pero esta biblioteca que dejó se debe valorar mucho más, es una biblioteca excepcional y para Saltillo es muy importante tenerla. Que sea pública como lo es ahora. Porque esa biblioteca pudo haberse destruido. Supe que había una especie de intención de la familia de repartirla por número de volúmenes. Es muy bueno que no lo hayan hecho porque hubieran acabado con don Óscar, realmente. Esa biblioteca es su colección finalmente, y él se encuentra ahí. >>

La tía Licha

Un marido diferente

<<Tu abuelo se iba a México, en el tren, a ver los libros de viejo, ahí en el centro, decía. Me acuerdo que Esperancita nos contaba que se llevaba muy poquito equipaje para regresar con las maletas rellenas de libros. También me acuerdo que hubo un certamen sobre Sor Juana; tu abuelo hizo un escrito para participar y ganó un lugar o algo así. Era un hombre letrado y legó sus libros>>.

Las lecturas del abuelo

Balada de buena doctrina

Pues ya bulas apócrifas trafiques
o vivas de ir trampeando con los dados
o monedas corrientes falsifiques
como los que terminan escaldados,
delincuente sin dios ni rey, bandido,
así estafes o robes o adulteres
¿en qué termina tu oro mal habido?
Todo se va en tabernas y en mujeres.

Rima, zahiere, pulsa un instrumento
como los locos que el disfraz protege,
hazte el payaso, el mago, inventa un cuento
y representa donde se te deje
escarnios, farsas y moralidades,
...

¿Que ante tales infamias tú reculas?
Entonces ve a labrar campos y prados,
almohaza caballos, asnos, mulas

si no te cuentas entre los letrados

y ganarás bastante.

...

Al leer este poema yo también me sorprendo de que mi abuelo tuviera en su biblioteca libros de François Villon. No conocía a este poeta francés del siglo XV, quien adoptó su apellido del canónigo que fuera su maestro. Me recargo en el respaldo, saco la cabeza del cubículo y miro a la bibliotecaria, como si compartiera con ella lo que leo. Ella mira la pantalla de su computadora. No hay complicidad, por supuesto. Vuelvo a lectura, hay más poemas y no todos son lenguaraces.

*Balada de los ahorcados**

Oh hermanos, que vivís después de nosotros,
no nos cerréis los corazones piadosos,
pues, teniendo piedad de nuestras pobres almas
Dios la tendrá luego de vuestros ojos
que aquí nos miran. Juntos estamos cinco o seis
y la carne que alimentamos a demasiado costo
está, después de mucho, roída y putrefacta,
y nosotros, huesos, nos volvemos ceniza y polvo.
De nuestros males no se burle nadie:

* Traducción de Luis Gregorich

¡y rogad a Dios que nos absuelva a todos!

...

Muertos estamos, no nos moleste nadie:

¡y rogad a Dios que nos absuelva a todos!

La lluvia nos ha colado y lavado;

el sol nos desecó y ennegreció el tronco.

Nos arrancaron la barba y las cejas

urracas y cuervos, y nos cavaron los ojos.

...

Príncipe Jesús, que sobre todo reinas,

procura que el Infierno no lleve las almas nuestras:

nada tenemos que hacer ni pagar en su lodo.

Hombres, en esto no hay burla alguna:

¡y rogad a Dios que nos absuelva a todos!

Estrofas introductorias

Sé que a famélicos y a ricos,

a sabios, locos, curas, laicos,

nobles, villanos, grandes, chicos,

bellos, feos, buenos, y avaros,
a damas de alzada esclavina,
de bonete o altos peinados,
su condición sea cual fuere,
los va la muerte devorando.

Y así sea Paris o Helena,
el que muere, muere sufriendo:
sobre su corazón estalla
su propia hiel, pierde el aliento;
...

La muerte lo hace temblar, lívido,
le hincha las venas, le hincha el cuello,
le afloja la carne...
¡Oh, tierno cuerpo femenino!
¿Deberás sufrir tal tormento?
¿Tú, pulido, dulce, y precioso?
Sí, o subir vivo a los cielos.

Imagino a mi abuelo leyendo estos versos. ¿Qué habrá pensado? ¿Que la muerte no llega sólo al cuerpo, ni al final? La vida está llena de muerte y nos enfrentamos a ella en muchos momentos. Todo cambio significa muerte y luego vida, renacimiento. Regresar a Saltillo y haberme atrevido a buscar la historia de mis antepasados, que es mi propia historia,

representa el término de un episodio de confusión, de huída adolescente, de búsqueda del ser. La muerte acompaña a la búsqueda y es su culminación. Ayer la tía Pera decía que los hombres que consagran su vida a una causa, se extinguen con ella. Sin la causa no hay razón para su vida. ¿Por eso moriste a la edad de 53 años, abuelo?

Sí, imaginar a los antepasados como ideales es reconfortante. Y, más allá de las muertes en la vida, ¿morimos y nada más? No, quedamos en la memoria de los que vendrán.

*Balada de las damas de antaño**

Decidme en qué comarca, decidme en dónde
encontrar a Flora, la beldad romana;
dónde Archipiada de la luz se esconde
y Thaís que fuera la su prima hermana;
Eco condenada a repetir, lejana,
el cantar del agua, del monte el ruido,
que tan bella fue cuando lo quiso el hado;
mas las mismas nieves del año pasado
¿adónde se han ido?

Decid dónde Heloísa está, la tan juiciosa,
por quien fue castrado y enclaustrado luego
Abelardo el Sabio en Saint-Denis famosa:
pagó con tal pena su imprudente fuego.

* Traducción de Rubén Abel Reches

Jesús Sánchez

Relegado

<<Las aportaciones más importantes de don Óscar se publicaron en *La Nación*. Publicaba en varios periódicos pero después ya no le querían publicar ni una nota pagada al doble. Sé que por muchos años trabajó como profesor en la universidad para extranjeros de Sergio Recio. Me tocó ver cómo preparaba magistralmente sus clases, con más de ocho libros, todo para un grupo de gringos que no sabían ni cómo se llamaban>>.

Marcelino Brondo

Mirar la biblioteca desde la calle.

<<Él era dueño de una biblioteca muy grande. No sé qué pasaría con ella. Era impresionante para los que estábamos en las juventudes de Acción Nacional esa cantidad de libros. A lo mejor por eso, en esa época, hasta miedo le teníamos, porque nos ponía a leer. Yo vivía con mis papás y mis hermanas a la vuelta, enfrente de la iglesia que está en la de Bravo. La biblioteca daba a la calle y cuando estaban abiertas las ventanas por ahí nos asomábamos. Era un salón lleno de libros. Siempre que pasaba en las tardes, el señor estaba ahí, leyendo. El quehacer de don Óscar era para nosotros, los jóvenes, algo muy especial y muy querido, porque su conciencia no era fácil de encontrar en aquel tiempo. La gente de ese entonces tenía una imagen de él de muy estudioso, muy capaz, con una trayectoria muy recta. Siempre fue de esa gente honesta que así, tal cual, muy difícilmente se encuentra>>.

La tía Marusa

En la biblioteca

<<Cuando entré por primera vez a la biblioteca de mi tío me llevé un gran impacto. A las niñas nos dejaban sólo un ratito adentro; nos prestaban los libros para niñas y pa' fuera. Porque, además, él pasaba mucho tiempo dentro de la biblioteca; y sus hijos, yo recuerdo por lo menos a los más grandes, también leían mucho. Tengo la imagen de siempre haber encontrado a tu mamá con un libro en la mano. Y me acuerdo que cuando se cambiaron de la casa De la Fuente a la de Pérez Treviño, hubo cambio de casa, pero la biblioteca era la misma, con tantos libros y los cuadros impresionantes, el escritorio y las sillas de respaldo alto y terciopelo rojo.

<<Escuché alguna vez que mi tío había estudiado derecho en México y que le gustaba visitar las librerías de viejo, que tenía “libritis”, decían. Luego supe que tenía un estudio sobre la catedral de Saltillo. Todas estas cosas me las platicaron, porque él no hablaba mucho. Creo que la gente de la ciudad tenía una visión de él de muy instruido, un intelectual, una cosa poco común>>.

México DF, enero del 2009

Óscar Dávila

Saltillo, Coahuila.

Querido abuelo:

Cuando comencé a leer tu trabajo titulado *Tres aproximaciones a Sor Juana*, sentí un hondo gusto en el pecho, pues leía nada menos que tus comentarios sobre la décima musa, mujer que tanto admiro y que —ahora descubro— tú también. Mientras leía llegué a escuchar tu voz y tu elocuencia; después de todo lo que he investigado en mi búsqueda, me sentí más cerca de ti, casi pude ver tu boca moviéndose y tus ojos inquisitivos.

Reconozco en las *Aproximaciones* tu fascinación por Sor Juana, quien sí pudo dedicar su vida a la literatura, por lo menos por un tiempo y a pesar de todos los impedimentos; buscabas encontrarte en ella, como uno busca en la vida de sus autores preferidos hallar parecidos con la propia vida. Ahora, cincuenta años después, yo me acerco a ti, que tampoco te conocí, de una forma parecida a la que te acercas tú a la monja musa.

En tu prosa esbozas el mundo en que viviste, el tuyo propio, y me parece que me acerco a él como tú al de Sor Juana; por más datos y textos que tengamos, siempre media entre nuestras razones y entenderes un velo que vuelve nebulosas las ideas. Tú lo dices en tu “Segunda aproximación”: “muchas veces no acierta uno a determinar dónde se termina el juego, dónde se inicia la seriedad”. Así, relativamente poco importa en un inicio cuánto investiguemos, cuántas opiniones escuchemos, todo lo que leamos o alcancemos a percibir,

pues no podremos siempre más que crear un nuevo personaje, en cada juicio que emitamos, en toda descripción, en cualquier metáfora, en vez de encontrar la verdad, aportaremos una nueva idea a la imagen colectiva que connotamos.

Gustosa continué leyendo y me di cuenta que tu estilo en estas *Tres aproximaciones* es complejo. No cabe duda que el tiempo no se detiene y que trae consigo marejadas de cambios en el pensamiento de las nuevas generaciones. Más que todo son cambios en las formas, los contenidos pueden variar; el cambio también está en el tempo, vivimos más de prisa en los últimos años. En las *Aproximaciones*, abuelo, pude encontrar el tono norteño y la construcción compleja de los que crecimos más cerca de la frontera. Construyes oraciones largas, formadas con otras subordinadas y reiteradamente abres acotaciones, unas dentro de otras, por lo que es difícil seguir el hilo; a veces te refieres a aseveraciones echas varias líneas arriba.

Sin embargo creo, como Shlegel, que a cada autor se lo juzga en su contexto y bajo sus propios parámetros, y tú te encontraste en tu momento, y con tus textos, en el lugar preciso; a la altura del pensamiento de la época —los años cincuenta—, tiempos, todavía, de la grandilocuencia y de la ardua preparación retórica para los debates públicos en las universidades. Especialmente tú, que te empeñaste en llevar una vida ejemplar y enseñaste a decenas de jóvenes la importancia de tener en la vida una postura comprometida con los propios ideales y de responsabilizarse de lo dicho y lo hecho.

Tu crítica es inteligente e ingeniosa, denota un conocimiento profundo y un gusto deleitado por la vida y obra de la homenajeada. El trabajo está bien documentado, menciona nombres que van desde los historiadores y humanistas Huizinga y Menéndez Pidal, hasta los escritores Valéry, Reyes, Abreu Gómez, etc. Confieso que, aunque los

había escuchado, no tenía idea de la labor de dos o tres de los autores que mencionas y gracias a tu ensayo me he dado a la tarea de encontrar notas biográficas.

En la reciente entrevista que hice al columnista político Armando Fuentes Aguirre “Catón”, a quien conociste tú ya adulto y él todavía un joven y prometedor periodista, escuché una agradable anécdota de los concursos de debate que se organizaban en el Paraninfo del Ateneo Fuente, el bachillerato de la Universidad de Coahuila, entonces no autónoma, donde competían apasionadamente dos grupos de jóvenes oradores: los liberales, y los conservadores, a quienes tú pertenecías. La sala en declive del Paraninfo, alfombrada de rojo y con sus sillerías de asientos abatibles, se abarrotaba de saltillenses que venían a apoyar y a escuchar, atentos y asombrados, a los febriles debatientes, vestidos con ropas formales; y arriba del escenario, sentados cada uno en un extremo, todos de saco y corbata, los grupos de oradores con sus mentores. Cuando Catón participaba, tú ya eras hombre con familia, dedicado a los negocios, la política y la literatura. Pero estoy segura de que alguna vez, en tu juventud, en esas anduviste.

Supe por mi madre, además, que desde joven fuiste cercano a un jesuita, el profesor José Romero, con quien fundaste a tus dieciocho años la revista *Cultura*, órgano escrito de la Acción Católica de Saltillo. Este sacerdote, junto a los demás jesuitas, hubo de retirarse de Coahuila cuando la Reforma agraria. A pesar de tu formación católica, credo que profesaste, descubro con agrado que siempre pusiste distancia y que miraste la religión más bien desde lejos, y —como pocos— hiciste tuyos los valores espirituales y los pusiste en práctica. Al respecto hablas en el ensayo, lo relacionas con lo lúdico en la poesía de Sor Juana y de su tiempo:

...la serie de fiestas, tanto sacras... en que se ocupaba muy en serio —así debe ser tomado el juego para serlo realmente— la sociedad de aquellos tiempos y cuyo prototipo es la de Corpus, con su abigarrada procesión, su solemne pompa litúrgica y su comedia a lo divino, en la que el pueblo tomaba parte como en los días del teatro griego o de los misterios medievales, en la que todo era representación y se personificaban alegóricamente las ideas más abstractas.

Cuando naciste, en 1915, Saltillo era otra ciudad, ajena a la que yo conozco, de no más de cinco o diez cuadras a la redonda de la Plaza de Armas; pero ya se avistaba en el horizonte el desarrollo industrial del que sería protagonista pocos años después. Quienes te conocieron muy temprano dicen que desde siempre te gustaba leer; cuando joven, en la casa de tus padres, aprovechabas las épocas de calor para sentarte a leer toda la tarde en el zaguán, balanceándote en una mecedora, frente a la plaza de la iglesia de San Francisco, a dos cuadras de la catedral. Tu hermano menor me contó que ya desde antes de que viajaras a la ciudad de México para estudiar leyes en la Universidad Nacional, tenías en la casa una biblioteca considerable, que tu madre miraba con sorpresa y orgullo.

Durante tus vacaciones de verano fuera de la Universidad en la ciudad de México, regresabas a casa acompañado de amigos, varias veces de pintores mexicanos y extranjeros, que hacían retratos a tu familia y se paseaban por la ciudad. Dejaste la licenciatura porque no era lo tuyo y quisiste cambiar, afortunadamente —digo yo—, y cursar la de letras, pero tu padre dijo que mejor regresaras para trabajar en los negocios.

Sé que te casaste y a partir de entonces te dedicaste a la familia, a los negocios y a la política. Pero todavía, cuando regresabas de trabajar, pasabas horas en tu biblioteca, a la que habías dedicado una habitación de la casa. Varios me han contado que cuando pasaban por la calle, ya entrada la noche, las ventanas de esa habitación seguían prendidas y si se asomaban podían verte ahí, sentado, escribiendo o leyendo concentrado. Tu obra literaria es poca y se puede reunir en uno o dos tomos y fue publicada en su mayoría por la

Universidad del estado. Para mi beneplácito, tus demás escritos los he encontrado en los periódicos locales, en la Hemeroteca Nacional y en las demás publicaciones: revistas literarias y políticas que editaste. Tu biblioteca, que felizmente tus hijos donaron al estado, se encuentra ahora resguardada y abierta al público y a los estudiosos en el Centro Cultural Vito Alessio Robles de Saltillo, junto a la de este connotado investigador de la historia.

En la primera de las *Tres aproximaciones a Sor Juana* que haces, Lo barroco, aseguras que “La vida del sueño de su vida... fue esta poesía”; que “mientras despertaba [de El sueño], Sor Juana hizo poesía”. Hablas de la poesía barroca, de la cartas a Sor Filotea y comparas su obra con la de Fray Luis de León. En la segunda, El elemento lúdico en su poesía, mencionas algunos pasajes de su vida, en los que hizo gala de su talento, pero dejó de lado la intención poética. En la tercera, El tema del retrato, afirmas que esta cuestión obsesionó a Sor Juana, y señalas tres o cuatro décimas hechas a modo del retrato de alguien, y terminas comentando: “...con femenina coquetería aún..., se deja retratar, para después asustarse, ‘como el niño que pone el coco y luego le tiene miedo’”.

Por todos lados son meritorios tus trabajos, pues fueron hechos lejos de la metrópoli, en lo que yo llamaría la *periferia intelectual*, un lugar con difícil acceso a muchos libros y novedades editoriales. En Saltillo, todavía al día de hoy, es casi imposible conseguir libros de editoriales importantes como Anagrama y hay que esperar de dos a tres semanas para adquirirlos. Al permanecer en tu tierra natal, se perfilaba en tu intención lo que en los últimos tiempos se ha visto hacer a autores de la periferia, obstinados en denunciar la centralización, una reivindicación de las regiones lejanas al centro, un *no* al centralismo.

Encuentro muchas diferencias entre tus primeras publicaciones y este ensayo elaborado en la madurez. Los primeros trabajos que te leí, artículos para la revista *Cultura* y para la revista *Ateneo*, de la Universidad de Coahuila —hechos a principio de los años treinta— son textos bien escritos, documentados, en los que incluso se adivina un experto del tema; pero las construcciones son más bien simples, las opiniones no pasan de la superficie y te abocas a la función referencial. Con cariño y respeto, abuelo, te digo que, comparando este texto con tus primeras publicaciones, me parece que perdiste la frescura y olvidaste los juicios ligeros para darle paso a una prosa elocuente, cargada de tropos, de reflexiones profundas, de juicios cautelosos; sin embargo, tu estilo es “claro y no bajo”, como propone Aristóteles en su *Poética*. En otras palabras y desde una perspectiva ajena a la de Hegel, te encuentras más cercano al romanticismo cuando joven.

Como escritor contemporáneo no te propones lograr la *mimesis*, sino la *poiesis* de Plotino; no te empeñas en imitar la realidad, sino en crear una realidad distinta, propositiva. Abuelo, eres de largo aliento, estilo *ad hoc* a tu época. Creo que heredé visos de tu estilo que me enorgullecen, pero hoy se convierten en infortunio, pues en estos tiempos que vivo se dice que el caos reina; ese estilo hiperformal se siente obsoleto y adormece a las nuevas generaciones.

Indudablemente escribes para intelectuales. Tu ensayo cumple con los parámetros propuestos por Demetrio, pues el tono es coherente con el tema; en otras palabras, la forma se encuentra en el fondo y el fondo debe reflejarse en la forma. Tu prosa, en este caso, se inscribe en el estilo elegante: trata un asunto ingenioso del orden general de manera inteligente y bien estructurada.

Me hice varias veces la siguiente pregunta: ¿cuál es la intención última de las *Tres aproximaciones a Sor Juana*? Por un lado, el texto versa puntualmente sobre la vida de Sor Juana y da una idea de conjunto de su obra. Si éste fuera el fin último de tu ensayo, abuelo, y teniendo en cuenta la dualidad horaciana del *prodesse/delectare*, la balanza se inclinaría hacia el *prodesse* o *docere*, cuyo fin es el “didactismo”. Pero cuando en la Segunda aproximación Lo lúdico..., releí la frase: “lo cierto es que es más fácil explicar cómo se sostienen los mundos en el espacio, que el cuerpo de Antonia Mercé, abstraído en el juego de la danza, sobre la punta de los pies.”, cita que haces de Valéry, me pregunté si no más bien la balanza se inclinaría hacia el *delectare*, centrándose en el deleite y el disfrute de la belleza, pues el texto fluye con una musicalidad especial, un ritmo constante lleno de elegancia.

Tú decides, en tu ensayo, que en Sor Juana predomina el *prodesse* sobre el *delectare*, pues su obra fue acto moral y lúdico, al servicio de una utilidad: “...en efecto, que Sor Juana muchas veces no toma en serio la poesía y la hace improvisadamente, porque sí, o por encargo, pero no por satisfacer conscientemente el deseo de belleza”. Dejo una pregunta en el aire ¿será así, o será que para hacer poesía uno tiene que soltar las riendas de la conciencia, y que por eso ni tú ni yo somos poetas?

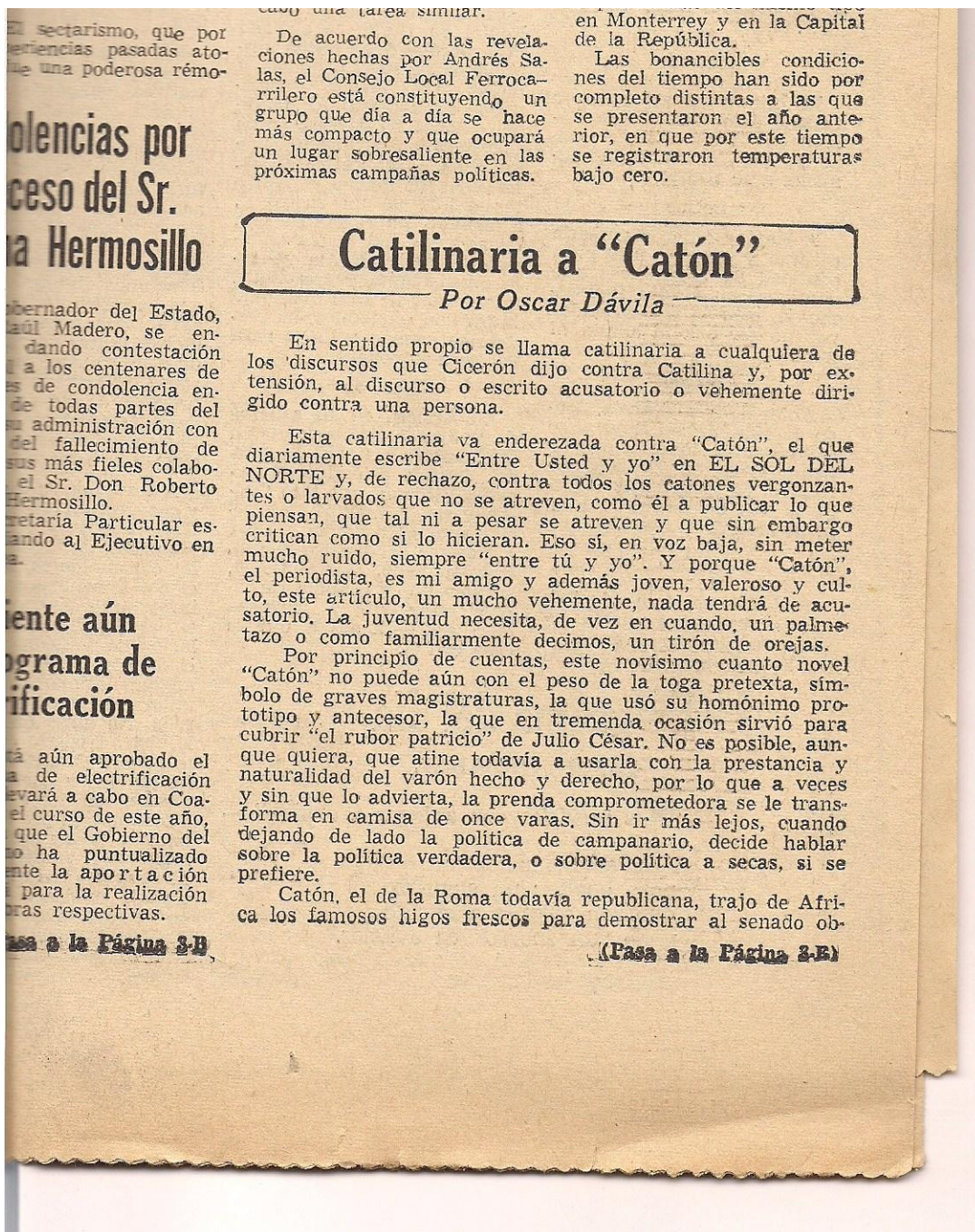
Sin embargo, abuelo, ¿por qué comparar a la décima musa con Fray Luis de León, cada cual tan diferente? ¿Cómo dejas al fraile tan perfecto y superior a la musa? De nuevo vuelvo a Schlegel, antecesor de los románticos, quien “...estaba claramente postulando una comprensión histórica de los fenómenos literarios y culturales, es decir, estaba invitando a comprender que no pueden fijarse cánones, reglas y modelos universales porque, si el arte es histórico, lo que en un época sirve como modelo, puede no servir para otra”.

Fue por eso que en el concurso para el que escribiste estas *Aproximaciones...* sólo ganaste una mención honorífica. Olvidas a los románticos y sus sucesores, que habiendo conocido bien las reglas y postulados clásicos: la *Poética* de Aristóteles, la *Epistola ad Pisones* de Horacio y los Diálogos de Platón, convinieron en centrar la importancia no en la obra sino en el propio artista, en el proceso creador único y personal; aunque dudo mucho que, considerando tu humildad de espíritu, te plantearas a ti mismo como artista y creador.

Esta crítica buscó cumplir su función: la deuda de amor —como bien proclama George Steiner— que me nace por tu obra ensayística y por lo que juegas en mi vida, el origen de mi gusto literario. Cito a Christopher Domínguez Michael: “un verdadero crítico siempre aspira a ser justo”.

Con cariño, tu nieta, Berenice Reza Dávila.

PD: Estuve pensando a dónde debía enviar la carta. Concluí que no era ni al panteón ni a ninguna de las casas donde moraste, que es tan sólo en Saltillo, en cualquier punto de esa ciudad, donde recibirás sin contratiempos estos pensamientos que te dedico.



El Sol del Norte, Sábado 9 de febrero de 1963. Año VIII, No. 2581, p. 1-B (edición vespertina)

as que se
de ciento
os mensua-
los gastos

base de que se trata de un
servicio social.

se había aprobado la aplica-
ción de los cuatro millones
de pesos. Ello fue interpre-

“Catón” contesta

Sr. Don Carlos Herrera Alvarez
Director de “El Sol del Norte”
PRESENTE:

los servi-
carriles Na-
una situa-
gún consig-
edignas. En
rvidios, tan-
de pasaje-
considera-
el manteni-

atura

registradas
io Meteorolo-
durante las
es a las 18

abrigo:
nima, 12.0;

la intempe-
, 29%; Pre-
ecto del cie-
o; Fenóme-
guro.

Leí la admirable “Catilinaria” de don Oscar Dávila, publicada en el diario que usted dirige y para el cual yo colaboro. Y digo admirable por la mesura y equilibrio de la mayor parte de sus conceptos y por la activa preocupación que muestra el firmante en las cuestiones de la vida pública. Ser objeto de un “palmetazo” de parte de una persona como don Oscar es, más que un castigo, una verdadera recompensa, pues aporta la seguridad y confianza alentadoras de que se cuenta con la acuciosa atención de aquellos que realmente viven y sienten los problemas locales, del Estado y del país todo.

No pretendo polemizar con el Sr. Dávila. Tanto en edad como en experiencia y talento duplica mi personal medida. Sólo que, infortunadamente, su misiva ganó en extensión para perder en profundidad, por lo que no puedo menos que sujetarla a detenida consideración, no tanto por un prurito de autodefensa, sino por cumplir con lo que él mismo señala la misión fundamental del comentarista: “precisar rumbos”. Respeto la postura y aplaudo la actitud de don Oscar. Un factor como otro hicieron que procuráramos la presencia del

Pasa a la Página 3-B



LA PRIMERA
da) inauguró
en la que se re
ñora de López
población de J

El Sol del Norte, domingo 10 de febrero de 1963, Año VIII, No. 2582, p. 1-B (edición vespertina). Hubo un artículo más: una “Réplica a Catón” Cuando lo entreviste, le preguntaré a Armando Fuentes sobre el episodio de las Catilinarias.

Carlos Valdez

Somos nuestras decisiones

<<En cuanto a su lucha política, Óscar Dávila era una persona curiosa: buscaba una alternativa a lo que existía. En el tiempo en que él vivió las dos alternativas que había al PRI o al gobierno, por decirlo de alguna manera, eran el PAN y el Partido Comunista. El Partido Comunista era una posibilidad porque aquí en la región tenía muchos seguidores y hubo comunistas destacados, sobre todo en la Laguna. Gozaba de influencia. Pero a él le tocó vivir una vida católica. Evidentemente no creo que le haya pasado jamás por su cabeza ser comunista como político. Entonces le quedaba la alternativa católica, que era la del PAN. Pero en ese tiempo esta alternativa tenía mucho de rara y un poco de heroica. Rompías, desde el momento en que te adherías a un partido como éste, con muchas posibilidades personales, con muchas oportunidades de progreso económico, o digamos, social; de ser aceptado en una sociedad o de tener acceso a determinadas cosas, como cátedras, reconocimientos o cosas por el estilo. Era un hombre honesto que optó por algo y sufrió las consecuencias, para bien y para mal. Aceptó lo que le iba a suceder>>.

Jesús Sánchez

Un maestro

<<Yo he tenido dos maestros en la vida: el padre Manuel y don Óscar Dávila. Don Óscar fue un humanista, un sabio, siempre involucrado en la política. Yo lo conocí como jefe del partido local, yo era un joven veinteañero. Me lo presentó Juan García Villarreal. En aquellos tiempos don Óscar era quien sostenía el partido. Era un apasionado de la ética y la honestidad, poca gente aceptaba comprometerse con él. Cada que se acercaban las elecciones era un calvario conseguir candidatos. Nadie quería lanzarse como candidato de Acción Nacional. Íbamos los dos juntos a visitar a quienes tenían nuestra confianza, pero nadie aceptaba.

<<Varias veces acompañé a don Óscar a las reuniones del Comité Nacional a la ciudad de México. Viajábamos en el tren regiomontano. Ahí llegué a escuchar cómo Manuel Cosío Villegas y Manuel Gómez Morín lo llamaban maestro. Era callado, de su familia no hablaba mucho ni de otras cuestiones personales. Convivíamos más que nada en el local del partido, pocas veces en su casa. Cuando teníamos una consulta que hacerle lo buscábamos en el hotel.

<<Le preocupaba el espíritu, lo esencial y sacrificaba su bienestar y su bolsillo por sus ideales. Gómez Morín decía “...no estamos para ganar las elecciones, estamos para ayudar a Dios a hacer el mundo”. Yo no sé qué pensaría don Óscar de su partido en estos tiempos. A él ya no le tocó vivir los cambios, pero años después de su muerte toda la vieja guardia renunció. Luis Calderón Vega, papá de Felipe, renunció. Esos cambios que se dieron en los ochenta se sintetizan en unas palabras: cuando Acción Nacional legalizó el peculado, en el orden religioso infiltró una herejía, el “gradualismo”, una doctrina que

permeó desde el Vaticano, y consistía en olvidar la esencia para obtener, de manera pragmática, resultados a corto plazo. Se empezaron a negociar diputaciones plurinominales y otras cosas. Fue cuando los empresarios se metieron al partido y comenzaron a cambiar los procedimientos, y dieron en llamar a aquello *neopanismo*. Yo tuve que renunciar al partido por razones políticas y éticas, después de enfrentamientos con el Comité Nacional.

<<Don Óscar no era un gran orador, pero era un buen conferencista y un buen escritor. Creo que su familia no lo sabe, pero hacía un esfuerzo gladiatorio. Protegía a sus hijos, por eso no los convidaba a sus quehaceres políticos. Y a pesar de todo no era un amargado>>.

Óscar Dávila estaba sentado en el sillón de su sala. La noche se había cernido sobre la ciudad de Saltillo y él sentía cómo poco a poco lo iba llenando todo, como si fuera una harina oscura que cubriese inevitablemente cualquier superficie y ante cuya presencia no pudiera hacerse nada más que esperar de nuevo el sol, que tardaría todavía unas horas en llegar. Siempre supo que si se perdía la paciencia y se manoteaba en el aire tratando de dispersar aquel polvo milenario, lo único que se conseguía era embarrarlo más y terminar de cubrir lo poco que todavía quedaba claro. Así que permanecía quieto en el sillón, con el cuerpo relajado, tratando de sosegar la mente también.

Momentos antes, mientras leía tranquilamente en su biblioteca, había escuchado el teléfono y lo había dejado sonar, insistente, en medio del silencio de la noche, hasta que su mujer contestó. Era una llamada de Pepe Mora. “Urgente”, le había dicho su mujer moviendo los labios cuando le pasó el teléfono en la sala de la casa. Él se había extrañado porque nadie osaba llamar a su casa pasadas las diez de la noche. Así que sí debía de ser urgente. A través del auricular Pepe sonaba apurado.

—Don Óscar, —dijo Pepe —pasó algo muy grave. Tenemos que reunirnos.

—Cómo no, vénganse a mi casa —había dicho él.

—Lencho no aparece.

—Acá lo hablamos. Los espero.

Así que estaba esperando a los muchachos, parsimoniosamente y sumido en la oscuridad, como había que esperar siempre en Saltillo donde, además, todo llegaba lento.

Pasado un rato, Esperanza, su mujer, vino a verlo, vestida con un camisón, así como había contestado el teléfono, aunque ya con la bata echada encima. Él estaba vestido aún

del diario, con corbata y suéter de lana, porque empezaba el fresco de octubre que se sentía nada más poniéndose el sol. Esperanza traía una bandeja en las manos, con una taza de té negro que le entregó. Dio un sorbo al té y sintió al líquido caliente reconfortarlo y regresarlo a la realidad después de la impresión.

—¿Qué pasó? —le preguntó Esperanza. —Pepe se oía muy alarmado.

—Pues que Lencho no aparece. Lencho Burciaga —respondió ante la cara de interrogación de su mujer—. Tiene dos noches de no llegar a su casa y hoy no se ha aparecido en todo el día. Vienen para acá Pepe y la señora de Burciaga y otros que quieren hablar conmigo. Si quieres vete a acostar, —agregó tras una pausa.

—No, espero a que traten el asunto. Me llamas si las visitas quieren café o algo de tomar. Voy a estar en la cocina.

Su mujer se alejó por el pasillo, con la bata agitándose al ritmo de sus pasos, marcando y desmarcando las curvas de su cuerpo. El talle corto y esbelto que lo había prendado cuando la conoció en la Acción Católica, coronado por unos pechos turgentes y esos ojos vivarachos que le causaban un hipnotismo que bien supo ocultar detrás de su tiesa seriedad. Ya eran grandes cuando se habían casado, casi de treinta. Siempre supo que había sido su amabilidad y su cuidadoso amor lo que había enamorado, a aquella muchacha guapa de familia tan elegante. También sabía que aunque era respetado, nunca había sido el yerno ideal, muchacho rechoncho, introvertido y demasiado serio, ratón de biblioteca. Sus ojos detrás de un par de lentes redondos, nunca en las fiestas de sociedad.

Qué paradaja, pensó, en Saltillo, donde la vida transcurría lenta, las malas noticias llegaban rápido. Ese Lencho, ¿qué habría hecho ahora? Era muy comprometido con el partido, pero se aventaba como el Borrás, sin pensar que las consecuencias podían ser graves. Aunque ¿qué sería del partido sin esas personas, tan pocas, que comprendían la

importancia del compromiso y sabían que la única forma de cambiar la situación del país era actuando y jugándose la vida y los privilegios? Tocaron a la puerta y Óscar se dirigió a abrirla.

—No tocamos el timbre para no despertar a los niños —dijo un hombre en sus treinta.

—Pasen, Pepe, pasen a la biblioteca.

Entraron tres hombres, de mediana edad, todos del partido y una mujer joven con una niña pequeña y un bebé en brazos. Óscar comprendió la gravedad de la situación, pues en la penumbra del zaguán alcanzó a ver las caras largas de los hombres que parecían reflejar los colores sobrios de sus sacos de otoño. La mujer estaba inconsolable, sus sollozos invadían el silencio de la noche y, aun con la poca luz, sus ojos se miraban desesperanzados. Y el niño de brazos no dejaba de llorar, tampoco, con un llanto quedo.

Entraron todos a la biblioteca. Los hombres se despojaron de sus sacos, venían agitados, como si hubieran caminado un buen trecho a paso resuelto y sus humores comenzaron a caldear el ambiente de la biblioteca. Mientras se acomodaban en los sillones de respaldos altos, se hizo un silencio espeso, lleno de expectación, en el que Óscar pudo apreciar la escena con su mirada aguda. La niña más grande parecía no entender lo que sucedía, su carita seria miraba alternativamente a su madre y a los señores que tenía enfrente, sin soltarse ni un momento de la falda amplia de su progenitora. Al niño de brazos no se le veía la cara y estaba en silencio casi todo el tiempo, excepto por unos chillidos agudos que soltaba de vez en cuando. La madre, en medio de sus sollozos, no dejaba de arrullarlo. Así transcurrió la plática en medio de murmullos tristes. Una vez sentada en el sillón más largo, desembarazó una mano de la criatura para buscar en su bolsa un pañuelo, con el que se limpió los ojos y la nariz. Óscar pensó que admiraba a las mujeres, que hacían

malabares en cualquier situación pero rara vez faltaban a su instinto materno. De pronto se dio cuenta que los hombres tenían los ojos puestos en él, esperando a que continuara.

Se enderezó en su asiento y se preparó para hablar. La situación lo ponía un poco nervioso, pues habían acudido a él buscando consejo; se sentía responsable de lo que ahí se escuchara y de lo que sucediera después. Afortunadamente no se encontraba ante una muchedumbre, como en los mítines del partido, donde se sentía avasallado por la multitud y el peso de lo que estaba por decirse se le colgaba del esternón; nunca titubeaba pero sólo tenía pocas palabras para dar. Era mejor con la pluma; él podía manejarla, deslizarla sobre el papel, hacerla que escribiera todo lo que necesitaba y detenerse a pensar cuanto quería, borrar lo que no estuviera bien, leer después y corregir, recapitular. Las palabras dichas, al contrario, una vez pronunciadas se quedaban así, aunque se las llevara el viento y no perduraran, su presencia era inminente, ya no había marcha atrás. Y en ese momento, ahí dentro de la biblioteca, todos lo miraban y era dueño del silencio.

—¿Pues qué sucedió? —atinó a preguntar, mirando a Pepe y a la señora, que seguía sumida en el llanto.

—La señora de Burciaga me buscó hoy en la mañana —dijo Pepe mirando a la señora— para comunicarme que Lorenzo no había aparecido ayer ni antier, que no le había avisado nada, que estaba muy preocupada. Yo le dije que esperaríamos un tiempo. Ya pasada la hora de la comida seguíamos sin tener noticias. Así que en la tarde mandé buscar a los muchachos y nos reunimos y hablamos un rato. Especulamos y llegamos a la conclusión de que... —calló un momento— pues de que se lo llevó el gobierno. Ya sabe usted, para darle un escarmiento, como siempre.

Los lloridos de la señora Burciaga, quien no había pronunciado palabra todavía, aumentaron de volumen.

—Ya ve usted, don Óscar, cómo es Lencho, que luego les pica el buche a los policías y a veces no corre tan rápido. No sabemos bien qué haya pasado, hablamos con la señora y tal vez... —Óscar alzó una mano y lo interrumpió con un gesto. Tomó aire y se dirigió a la señora de Burciaga, abandonada a su llanto:

—Señora, cálmese. Ya veremos cómo lo resolvemos. Su marido es fuerte y estamos seguros de que no ha hecho nada fuera de la ley. Tenemos la justicia de nuestra parte. Vamos a encontrarlo. Pero cuénteme qué hizo antes de desaparecer.

—Pues mire, vino a comer a la casa al medio día, después de trabajar. Luego me avisó que terminando de trabajar se iría a la reunión del partido donde iban a hablar de la Convención Nacional. Yo me quedé confiada, pues, como siempre que va a las reuniones, pero ya en la noche no apareció.

—Creemos que fue en el camino a la reunión del partido que lo agarraron —dijo otro de los muchachos presentes.

—Antes que nada —advirtió Óscar—, debemos esperar, investigar quién lo vio por última vez, no podemos hablar de secuestro todavía. Se puede ir al Ministerio Público y levantar un acta de desaparición. Pero no podemos acusar directamente a nadie. Mientras nos podemos organizar para tener más información. El día de mañana, muy temprano, se comunican con los muchachos y se organizan en grupos para ir a buscar a las entradas de todas las carreteras.

—¿Pero qué vamos a buscar, don Óscar? ¿Y si nos ven los policías y nos ven sospechosos? Ya saben que somos del partido.

—Tranquilo. No estamos haciendo nada al margen de la ley. ¿Y qué vamos a buscar? Pues a Lencho, no lo hayan dejado por ahí en la carretera y no tenga cómo regresar.

Al oír esas palabras, la señora de Burciaga pronunció un “ni lo mande Dios” casi inaudible. Óscar le dirigió una mirada desesperada y comprensiva. Siguió hablando y organizando la búsqueda. Tras una pausa les ofreció algo de tomar y todos aceptaron un café, que el anfitrión fue a pedir a su mujer a la cocina.

—¿Cómo va la situación? —le preguntó Esperanza cuando lo vio entrar.

—Vamos a necesitar cuatro cafés. Y a ver si a mí me haces otra tacita de té negro. La cosa parece estar grave. Pero ya pensé que tenemos que irnos con cuidado, no podemos quedar mal. ¿Qué tal que Lencho se huyó o nomás está de paseo? Hay que cuidar mucho la imagen del partido.

—¿Te llevo las tazas a la biblioteca?

—No, aquí las espero, para que no te vean en bata.

De regreso repartió las tazas y continuó. Les dijo que lo más importante era que, antes de seguir especulando, hicieran un poco más de tiempo. Ya había sucedido en otros casos de desaparecidos que se ponía manos a la obra y se hablaba a las oficinas del partido en la ciudad de México, y resultaba que el que no aparecía regresaba unos días después habiendo andado en la parranda nada más. Y no podían arriesgarse a eso. El partido no podía darse el lujo de cometer el error de nuevo de denunciar públicamente un abuso de ese tipo por parte de la gente del gobierno y quedar mal después, descubriendo que su militante —faltando, además, a los códigos éticos del partido— se había ido de parranda. Nada más de parranda.

—Así que es preciso esperar unos días más. No muchos, no se preocupe, señora, —agregó al ver la cara dolida de la señora—. Pero, como les dije, podemos irnos preparando, en caso de que a Lencho sí lo hayan desaparecido por militar en el partido. Otro grupo puede visitar las rancherías cercanas y preguntar por un hombre con las

características de Lencho. Todos se pueden reportar conmigo y yo mismo les informaré a los demás cómo va el asunto. Al mismo tiempo tratamos el asunto en la reunión del partido a ver qué movimientos podemos hacer aquí en el estado. Luego podemos hacer unas llamadas a México y pedir ayuda al consejo nacional.

Se despidieron y los visitantes salieron de la casa, acompañados hasta la puerta por el anfitrión. Después de que se hizo el silencio de nuevo en la casa, Óscar entró a su biblioteca a seguir con su trabajo.

Lorenzo Burciaga

Llegamos al restaurant donde tendrá lugar la entrevista. Don Lorenzo se baja del carro en el que pasamos a recogerlo. Camina despacio hacia la entrada y al llegar ahí se detiene y nos cede el paso a mi tía y a mí. Cuando tomamos el lugar en la mesa, lo observo con más calma. Es un hombre de más de siete décadas; tiene tez clara y faz rubicunda, con ojos claros y vivaces, y manos fuertes, mancilladas por años de trabajo. Es ameno, de hablar simpático y abundante; se le ve tranquilo, me da la impresión de que tuviera la conciencia limpia. Desde el principio platica con una voz estentórea y los clientes del restaurant le dedican miradas curiosas. Parece como si tuviera muchas experiencias que contar, platica de sus hijas —buenas políticas como él—, de su señora, de sus nietas que estudian para ingenieras y, de vez en cuando, al mirarnos, recuerda el motivo de la entrevista: contarnos sus memorias sobre mi abuelo. Entonces recapitula y se esfuerza por llevar la plática hacia ese lado. Mi tía le hace algunas preguntas; se siente más a gusto mirándola a ella, creo que porque la conoce desde tiempo atrás y también porque le ha de parecer extraño que una mujer joven, relativamente ajena a él, se interese por lo que tenga que decir.

De ética y un rapto

<<El veinte de noviembre del 62 fuimos a la Convención nacional del partido, que si mal no recuerdo fue en el Teatro Ópera. Ahí nos dijeron que en Oaxaca se acababa de levantar en armas un mayor del ejército, no recuerdo el nombre, que hacía alarde de que tenía controlados a todos los panistas de la República para levantarse en armas. Puras mentiras, pero eso decía él. Me regreso de México y el veintiuno vengo llegando a Saltillo. Pero ahí en Arteaga me secuestraron. Llegó la policía que porque estaba acusado yo de conato, que

quería yo levantarme en armas. A mí me dio risa, pues nunca ha sido uno de tomar las armas.>>

Le brillan los ojos, está encantado contando todo lo que le sucedió. Parece interesarle que sus narraciones no se consideren meras pláticas impresionistas.

<<Total, me escondieron en una casa vieja. Al tercer día me trajeron a la zona militar y ahí fue donde conocí a aquel tristemente célebre Lemoel Burciaga, capitán del ejército y de la policía que también era el de gobernación, comandante o algo así. Después supimos que era mi pariente. Le voy a decir que me estuvieron sacrificando dos, tres días y me presentaban un papel para que lo firmara, pero nunca quisieron enseñarme qué decía. El soldado que me tenía ahí atormentándome le decía todas las noches: “Este hombre se va morir y no lo va hacer que firme, porque éste no es como los que usted está acostumbrado a ver, éste sí tiene convicciones”. “Pues vamos pa’ delante”, dijo Lemoel y me manda levantar y vestir.

<<Me suben a una camioneta, agarran carretera y ahí en el puerto de Flores, en el monte, a media noche me dijeron: “Ya estás libre”. Ah, qué cosa tan absurda. “No me voy a bajar”, les dije, “y si me van a matar, mátenme aquí, siquiera pa’ que tengan el trabajo de limpiar la sangre de la camioneta”. Pos ahí se hizo otro ratito de plática, estaba Lemoel, Santana Jiménez, Xicoténcatl Flores, todo el alto mando de la policía del estado. No pues pa’ delante, vamos. Me esposan de pies y manos y me llevan para México. La procuraduría estaba en la calle de Correo Mayor, atrás de Palacio Nacional, en esa época. Ahí dijeron que no me podían recibir así, amarrado. “Ah”, dije yo, “ya estoy en otro mundo”. Me soltaron, me hicieron que caminara y cuando regresamos me preguntaron: “A ver, joven, ¿que está usted acusado de intento de asonada militar?” “¿Qué es eso?”, dije yo, “Pues que te querías levantar en armas”. “A ver, ¿dónde están las armas?”, les preguntó el

comandante a los que me traían desde Arteaga y pues no traía. Luego me dijo: “Mira, aquí son muy duros, te van a hacer interrogatorios por tres días. Si sales bien te van a dar libre, pero si echas mentiras, te vas a quedar”. N’hombre, me dio un ánimo bien grande.

<<En un intervalo les voy a decir, aquí ya habían estado con Don Óscar, que con toda sabiduría les había dicho: “Suenan a que está secuestrado, pero vamos a esperar a ver qué sucede, porque ya ha habido casos de panistas que dicen que estaban secuestrados y luego sale que estaban en la parranda”. Cosas muy sabias de don Óscar, después lo comprobé por otros casos que hubo. Total, se pasan otros ocho, diez días allá en México y me dan libre. Y al salir me encuentro al comandante aquel que estaba cuando entré. Nomás me vio y dijo: “Joven, ¿qué pasó?”. “No”, le dije, “pues ya voy libre”. “Me caíste bien desde el principio y presentí que no eras lo que te estaban acusando. Devuélvete y diles que te den pa’l camión, porque tú no eres de aquí y tienen que darte”. Pues me devolví, me dieron mi cheque y me vine pa’ Saltillo. Cuando llegué supe que salí gracias a las gestiones que había hecho don Adolfo Creel, presidente nacional del partido, por órdenes de don Óscar Dávila, pues ya sabían que estaba yo detenido por una causa injusta.

<<Pasaron varios años; en el 78 viene el secuestro de Manuel Castelazo. Un año antes que acababa de llegar de México a Monclova, como panista, me lo habían presentado. La primera pregunta que me hizo fue: “¿Que a ti te secuestraron?”, y me pedía que le contara todo, cuantas veces lo veía no había otra plática. Luego, pues que Flores Tapia, gobernador del estado, había secuestrado a Castelazo. Me metí a defenderlo a lo tonto, no con la medida que tuvo don Óscar. Era el mes de abril o mayo, todavía estaban los días largos. Ese día que me peleé fuerte con Flores Tapia, salí de Palacio de gobierno tarde y me fui a la casa. Ahí me encontré a la esposa de Castelazo con varios otros que venían de Monclova. Y me dijo: “Ay, don Lorenzo, présteme a una de sus hijas pa’ regresarme a

Monclova, porque vengo sola con puros hombres”. “No tenga cuidado”, le dije y mandé a una de mis hijas, la más viva: “Ándele, m’ija, váyase con la señora y mañana se regresa temprano en un autobús”. Luego me contó que nomás subiéndose al carro, la esposa de Castelazo dijo: “Pues ya somos famosos, porque ya todo el mundo sabe que mi esposo está secuestrado, aunque no esté”. M’ija nomás oyó eso y quiso decirles que ahí la dejaran, pero se quedó callada. Luego, llegando a Monclova, me llamó y dijo: “Papá, ahorita mismo me regreso en el autobús”. Y así lo hizo. Fui por ella a la terminal y, nomás regresando a la casa, que suena el teléfono. Era Garza, presidente del comité estatal de Nuevo León, y me dice: “Lorenzo, aquí tengo a Castelazo, no estaba secuestrado. Ahorita mismo te vas a México, porque quieren que sigas sosteniendo que Flores Tapia lo tenía secuestrado”. Pues me fui a México y Jesús Flores Schmal aferrado a que yo dijera que Flores Tapia había secuestrado a Castelazo, para desaforarlo. Pero yo fui y le pedí disculpas a Flores Tapia, le dije que yo peleaba de buena fe por el muchacho y que ya sabía que él no había hecho nada.

<<Les cayó gordo que hiciera eso. Me costó la expulsión del partido, eso y otras muchas cosas. Pero sigo teniendo la cabeza en alto pa’ decir que soy panista, como don Óscar, que me enseñó qué era el PAN. Yo quiero mucho al partido y lucho por él, pero la gente ya no es la misma de antes. Don Óscar me decía: “Nomás hay que ser muy parco y que las cosas que se hagan, sostenerlas uno, pa’ que no digan que se raja”. No me lo decía con esas palabras, pero ahí aprendí, y si me preguntaban, si me acusaban, yo decía: “Yo lo hice”. Como cuando la campaña presidencial de Gustavo Díaz Ordaz, que tapizaron toda la catedral con carteles y fotos del candidato. Estábamos muy enojados: ¿cómo la catedral? Que me pongo a organizar a la gente. Hablamos con el obispo y nos dijo: “Pues no les puedo dar permiso, pero este también es su templo, tampoco les puedo negar la entrada”. “Pues échenos la bendición, señor obispo”, y que nos da la bendición. Nos repartimos de

esas navajas de rasurar muy filosas y tomamos nuestros puestos y a la orden, que se iba a dar cuando el candidato subiera al estrado, todos cortamos al mismo tiempo las amarras de las mantas. Y a correr. Pero yo me había subido hasta arriba; conocía bien las torres de catedral porque había sido acólito y para cuando bajé ya estaba la policía esperándome. Me metieron a las marmolinas, así les decían a las celdas del Ministerio. Pero terminaron dejándome salir, porque yo me ponía a hablar con los presos y decía Santana: “Ya saquen a Lorenzo que va a convencer a los presos de hacerse del PAN”. Cuando salí de ahí, varios señores del partido me regañaron. Y que me encuentro a don Óscar. No sabía dónde meter la cara, pensé que me iba a regañar. Pero no, me saludó y me dijo: “Bien Lorenzo, nomás acuérdesse que uno debe sostener lo que dice y hace”. No, pues me puse muy contento.

<<Saltillo era netamente mitinero. Se llenaba la plaza de armas nomás con saber que iba a hablar don Óscar Dávila. Aunque no lo crean. La gente del centro acudía a escuchar la palabra del tartamudo, con todo respeto te lo digo. Él decía: “Yo no puedo expresarme, porque tartamudeo”. Y los mítines aquellos donde presidía don Óscar, ay caramba, eran una cosa tremenda. Una esencia de verdadera oposición, reclamando al sistema tanta violación que había de la ley. Era una cuestión que pintaba la raya aquí en Saltillo, aquellos mítines de don Óscar, presidente del comité regional. El gobierno amenazaba con cortarnos la luz y don Óscar luego, luego, se acoplaba a la situación y le daba salida muy airosa. Me acuerdo de aquellas palabras: “La luz se hizo para las inteligencias y no necesitamos la luz para que la gente nos escuche”. Bonitas palabras. Pero era una cosa bonita, como les digo, aquella modestia. “Yo soy tartamudo”, decía, y lo que le sobraba eran palabras. Había otra cultura, de respetar a la gente mayor y a la gente preparada, y don Óscar era el señor don. Un hombre muy culto, tenía muchas palabras para diversificar su discurso. Duró muchos años de jefe del partido. Era el responsable de todo

lo que sucedía y de los gastos. Le debemos mucho, ahí tienen la foto que te pedí y nos hiciste favor de dar [se dirige a mi tía], yo les digo, deberían tenerla en un lugar preponderante, no en un rincón. Entonces todo el mundo lo respetaba mucho. Él nos enseñó la teoría del PAN con el ejemplo. No pasaba un mes sin que don Óscar nos diera una plática de la doctrina del partido. Leía en el periódico algo: “El gobernador designó a un diputado para que sea su representante en la toma de protesta del presidente municipal”. Y nos decía: “Para que sepan, un miembro del poder ejecutivo no puede nombrar a un miembro del poder legislativo o judicial para que sea su representante. Son poderes distintos”. Yo todavía se las repito y me dicen que estoy loco, desconocen que hay división de poderes. “No”, les digo, “a nosotros don Óscar nos enseñó, y si don Óscar lo dijo, es que es cierto, eso no tiene discusión.” Son cosas fundamentales que nos enseñó para saber lo que podíamos y no podíamos hacer. >>

Don Lorenzo continuó contando anécdotas de esto y lo otro. Me sentí fascinada por su franqueza, su interés por ayudar y la importancia que le daba a la entrevista. Venía vestido muy formal, con un saco azul, corbata, pantalón de vestir y bien perfumado. Un día antes, cuando mi tía le llamó, dijo que tenía mucho trabajo, pero que para esas cuestiones él siempre tenía tiempo, que al día siguiente nos podíamos ver: era 31 de diciembre. Estaba tan emocionado que mi tía tuvo que decirle que parara un momento para que se comiera su pastel y bebiera su café. Al terminar la entrevista, don Lorenzo se veía muy complacido y caminó con su cuerpo robusto y cojeando un poco hasta el carro.

Marcelino Brondo

De las juventudes de Acción Nacional

<<En su época fue un señorazo. Realmente muy pocos conocieron todo lo que hizo. Fue gente muy callada, muy estudiosa, muy capacitada. Yo conocí a Don Óscar Dávila recién salido de la secundaria del colegio Zaragoza; fue alrededor de 1958 o 1960, porque de ahí yo me fui al grupo del padre Luis Manuel Guzmán y ahí lo conocí. Y ya metidos en eso, entramos a las juventudes de Acción Nacional. Entonces lo conocimos un poco más. No teníamos mucho contacto con él porque pos de joven estudiante no le interesan a uno la historia o esas cosas. El borlote era lo que nos jalaba.

<<Él siempre estuvo muy metido buscando la manera de que nos capacitáramos para salir adelante políticamente. Cuando estábamos en el Partido Acción Nacional nos hacían mucho hincapié en la doctrina y él era uno de los eruditos de la doctrina. Nos hablaba de esos principios, que no son más que los de la doctrina social de la Iglesia. Y siempre se le consultaban a él cosas complicadas del ambiente de la política. Aquellos eran tiempos peligrosos si uno pensaba diferente y aun a pesar de ser de Acción Nacional era respetado en la ciudad como un erudito. Lo veíamos nosotros como un gran señor, su mismo vestir era muy elegante, siempre de corbata, siempre de traje. Y él se hacía notar en el ambiente social de Saltillo>>.

Carlos Valdez

Un ser raro

<<Yo creo que lo veían como un ser raro. ¿Por qué? Pues porque nadie se atrevía a ser diferente y él se atrevió a ser diferente, no porque haya sido católico, porque una gran cantidad de saltillenses eran católicos, sino porque había optado por una opción política que lo marcaba. Una opción católica para la época. Ahorita podemos decir que el PAN ya no es católico, pero el PAN de su época era católico, absolutamente católico. Él había optado dentro de sus creencias religiosas por una opción que lo “sacaba” de la religión, es decir, la política. Era un hombre atrevido y era admirado por mucha gente. Pero al mismo tiempo yo pienso que era visto un poquito desde lejos. Es decir, poca gente se quería comprometer con él o acercársele. Porque, precisamente, ellos también hubieran arriesgado su estatus. Don Óscar sí se atrevió a romper. ¿Por qué continuó? Porque tenía la capacidad, tenía la formación, escribía, y en ese sentido él defendía sus propias opciones, por su calidad, su manera de ser, su honestidad personal e intelectual también. Sí me imagino que se le veía como una rareza, pero al mismo tiempo con respeto>>.

PASEO DOMINICAL

En el interior 8 de la privada de Pérez Treviño 954, la familia estaba en movimiento. Óscar había salido de su biblioteca, cuya puerta daba al recibidor; había estirado las piernas, entumecidas después de una larga sesión de estudio. Al salir de aquel cuarto, percibió el cambio de ambiente: a través de los ventanales abiertos de la entrada corría ya la brisa de la tarde, refrescando la casa en aquel día caluroso de verano. Afuera, el sol comenzaba a bajar, listo para guardarse por detrás del llamado Cerro del pueblo y las sombras crecían proyectadas hacia el oriente. Después de mirar por la ventana había decidido que un paseo no le caería mal.

Había que aprovechar aquel agradable momento en que el estío se reducía con el sueño del sol, las banquetas y el asfalto se enfriaban y todavía quedaba luz suficiente para disfrutar de la ciudad. Se dirigió hacia las recámaras, al fondo de la casa, a buscar a su mujer, que se afanaba cosiendo un fondo para Cristina, la más pequeña. La llamó aparte y le propuso el paseo. Ella aceptó y regresó a decirles a las hijas más chicas que se pusieran los zapatos si querían ir de paseo. Las más grandes andaban dando la vuelta en la Alameda. Desde la puerta del cuarto observó cómo se pusieron muy alegres y se prepararon para salir; Lety, Sarabel y Cristinita se arremolinaron frente al espejo del baño para peinarse y después buscaron sus zapatos debajo de la cama y dentro del clóset.

Se acordó que en la casa también estaba Luisito y fue a buscarlo al cuarto de los niños, le mandó ponerse los zapatos porque iban de paseo. Todos andaban descalzos por el insoportable calor desértico del verano. Salieron y en el pasillo se encontraron con las mujeres que ya iban de salida también. Dudó si debía llevar saco o no pues todavía hacía calor, pero decidió que no era necesario, que con la corbata era suficiente. Nunca sabía uno

con quién se encontraría en el camino, más valía prevenir que lamentar. Bien sabía que en esas épocas la crítica era terrible.

Cuando se sorprendió con esos pensamientos y otros, la familia ya lo esperaba afuera. Cerró la puerta y caminó con todos hacia la salida de la privada. Los nogales estaban cargados de nueces y todas las plantas comenzaban a ponerse amarillas a causa del calor y el verano que las asolaba; los pinos todavía estaban verdes e invadían las losetas de la corta privada con sus hojillas como ramitas dobles, que formaban montoncitos en las cunetas. Caminaron sobre la calle Cuauhtémoc, por un costado de la barda de los patios de la Normal Superior y doblaron hacia la izquierda.

Caminaron por la calle de Aldama y después de unas cuabras encontraron los locales comerciales del centro de la ciudad. Óscar iba al lado de su mujer, platicándole entre silencios lo que había sucedido en el hotel por la mañana. Ella lo escuchaba y hacía comentarios y luego le refería lo que había sucedido en la casa, lo que se necesitaba, cómo estaban los hijos, cómo iban en la escuela. Delante de ellos caminaban tres de las hijas más pequeñas y el más chico de los varones, todos entre los ocho y los catorce años, que jugaban y platicaban cosas, reían y señalaban hacia las tiendas y los pocos carros que circulaban por la calle. De vez en cuando se volvían para preguntar o platicarles algo.

La tarde era apacible y Óscar se sentía bien, mientras caminaba iba relajando el cuerpo y disfrutaba de la compañía de sus hijos pequeños. Los más grandes ya estaban en la universidad, los hombres en la capital, en la Universidad Nacional y las mujeres ahí mismo en Saltillo pues, aunque las épocas habían cambiado y ya también estudiaban, todavía era peligroso que anduvieran solas y lejos de su casa.

Continuaron hasta la calle de Allende y ahí tomaron hacia la derecha, pasando por detrás del Palacio de gobierno, en la Plaza de Armas. Desde ahí, por la bocacalle de López,

miró los arcos y la catedral; aquel edificio de dos torres y capilla con decoración barroca churrigueresca, emblema de la ciudad que le había inspirado una serie de artículos cortos escritos para el periódico sobre el estilo y la historia de la construcción, ahora tenía los últimos rayos de sol iluminándole el reloj y los campanarios.

Por las banquetas también iba gente que paseaba, igual que ellos, y otros más que visitaban las tiendas. En la siguiente calle, Victoria, doblaron de nuevo a la derecha, para ir de regreso. Pasaron a un lado de la iglesia de San Esteban, mediana de tamaño, sobria en la forma y la primera en fundarse en la ciudad de Saltillo, y continuaron. De reojo vio la nevería, que ya quedaba a unos pasos. Y conforme fueron acercándose, sus hijos voltearon a verlo, con los ojillos iluminados, esperando sus instrucciones, hasta que dijo las palabras mágicas:

—¿Quieren un heladito?

Todos respondieron que sí y se apresuraron adentro del local y, de puntillas los más chicos y los otros con atención, comenzaron a escudriñar los congeladores con puertas corredizas de cristal, saboreando las texturas y colores de los helados, tratando de escoger. Él también se acercó y posó las manos en la orilla sintiendo el frescor metálico de los refrigeradores mientras veía hacia el interior. Después de una ojeada rápida pidió un helado de pistache, en cono, igual que los niños. Siempre había pensado que no había por qué pedirlo en vaso, pues así aprovechaba no sólo el contenido sino también el contenedor, cuyo sabor crujiente combinado con el helado, dicho sea de paso, era delicioso.

Ya que todos tenían su helado, Esperanza sacó de su bolsa el monedero y pagó. “Mmm, mmm” escuchaba Óscar de sus hijos y los veía dar lengüetazos contentos a sus helados. Y así, con las bocas ocupadas y los pies en movimiento, se encaminaron hacia la casa de nuevo, por la calle de Victoria, bajando hasta la Alameda. Ahí, entre los álamos y

los pinos, hicieron una parada en la fuente de las ranas. Los niños la recorrieron por la orilla, haciendo equilibrio con los brazos para no caer dentro y se treparon en las ranas de cuya boca salían chorros de agua que salpicaban. Él se sentó en una banquita a saborear su helado mientras que Esperanza les gritaba instrucciones a los hijos. Qué alegre era la vida de los niños, sin preocupaciones, resguardados del mundo por el amor de los padres.

Después de un tiempo se levantó y todos supieron que era momento de irse. Pasaron a un lado de los cañones y del monumento a la Revolución y cruzaron la siguiente parte de la Alameda por sus caminos adoquinados, pasando a un lado de los jardines resecos y de los juegos, donde había columpios, resbaladillas y subibajas diversos, pintados de colores, que cerraron el paseo como emblema del esparcimiento recién vivido. Frente a la Alameda se encontraron una vez más con el edificio gris de la Normal y una cuadra después llegaron a su casa.

La tía Licha

Padre de familia

<<M'ijita, qué bueno que viniste a verme. Me saludas mucho a tu mamá, dile que yo siempre rezo por ustedes. ¿Quieres que te hable de tu abuelo? Pues no me acuerdo ya mucho. Pero era un hombre recto y católico, buen padre de familia. Tenía puros hermanos, Juan, Ramón, Fernando y Ramiro, el más chico. Su mamá, Chabela, era una mujer dedicada a su casa y a sus hijos. Cocinaba muy rico y hacía panes muy buenos. A lo mejor por eso tu abuelo era un padre muy paciente. Su hijo mayor, tu tío José Juan, de chico era tremendo, no perdía ocasión. Cuando m'ija Rosaura creció y dio un estirón, los pantalones y los vestidos le quedaron rabones y tu tío le puso "Chagiüita la rabona". Ese José Juan no perdía ocasión. Y tu abuelo nada más le decía: "José Juan, hijo. Hijo, José Juan, no hagas eso". Cuando eran chicos, todas las huercas le tenían miedo. Tu abuela, Esperancita, hacía un pastel de Navidad muy bueno; delicioso su *fruit cake*. Ellos dos tenían un matrimonio muy bonito. >>

DULCE NAVIDAD

Esa mañana se había levantado un poco más tarde que de costumbre. Desde su cama observó con tranquilidad la luz del día que iba llenando lentamente su recámara. Era el único cuarto de la casa con sendas ventanas en dos de las cuatro paredes. Los tiernos rayos matinales que entraban por las ventanas del jardín exterior caían filtrados por las ramas del pino; por las ventanas de la izquierda, la luz llegaba más tenue todavía, como si las plantas del patio de adentro la reclamaran toda para ellas.

Era una mañana blanca y fría de principios de invierno, de ésas en que el sol no aparece porque demora hasta mediodía cuando las nubes se dispersan y los vidrios de las ventanas amanecen cubiertos por una fina capa de hielo y humedecidas por dentro; una mañana de ésas en las que, a pesar del calentador de gas, cuesta salir de la cama, pues apenas se abren las cobijas, el frío seco trepa por el cuerpo y hay que correr a ponerse encima la bata y las pantuflas y prender el calentador del baño y poder ducharse rápido, antes de desayunar, pues con los -2°C a la intemperie, no es aconsejable salir con el pelo húmedo.

Se incorporó sobre la cama y miró el lugar vacío donde había estado su mujer, que cuidadosamente había estirado las cobijas para no destaparlo. Ella sí se había levantado temprano y probablemente estaría con Lourditas en la cocina preparando la cena de esa noche.

Gracias a Dios casi todos los hijos ya estaban crecitos, nomás quedaba Cristina, de seis, y no había que comprar para todos los juguetes que trae el niño Dios en Nochebuena, ni despertarlos y levantarlos, ni pastorearlos para que se vistieran y desayunaran, ni acompañarlos a que los recogiera el autobús, porque estaban de vacaciones.

Salió de la cama y sintió en los pies el fresco de la mañana, a pesar de la alfombra, y lo siguió sintiendo después de ponerse las pantuflas y de nuevo cuando puso los pies en el piso de la tina de baño de mosaico veneciano, azulada, grisácea y fría también, como aquella mañana.

Al terminar el baño, se anudó la corbata frente al espejo y se revisó la barbilla recién afeitada; después de años de rasurarse todos los días, cada nuevo invierno se le irritaba la cara, entonces tenía que cuidarse del viento seco y helado, pensó que en el tramo entre la puerta de la casa y el carro se cubriría bien con la bufanda y el abrigo y mandaría a uno de los muchachos a que lo acompañara a hacer las compras de última hora para la cena.

La casa ya estaba adornada; desde principios de diciembre habían puesto el pino frondoso entre las dos columnas que dividían el recibidor de la sala comedor y, como era 24, desde temprano habían conectado las luces de colores del pino, que brillaban y se reflejaban en las esferas de vidrio también de colores que colgaban tintineantes entre escarcha color plata. Abajo del pino se había colocado, sobre una cama de musgo, el nacimiento de porcelana con su ropa nueva, el niño Dios, los santos y los pastorcillos, sin faltar el ángel, la vaca y el buey.

Siguió por el pasillo dirigiéndose a la cocina para el desayuno, de reojo echó un vistazo al comedor. La mesa de doce plazas tenía ya puesto el mantel de nochebuenas y el camino de encaje sobre el que estaban plantados unos candelabros con velas. Pero lo que no vio por ningún lado, ni en la vitrina, ni el bufete, fue la repostería. Cuando alcanzó el antecomedor encontró allí a tres de sus hijos, Óscarito, Luis y Cristinita, sentados esperando el desayuno de las vacaciones de Navidad: chocolate y buñuelos, que su mujer y las muchachas estaban preparando.

—Mira nada más, muchachos flojos, a estas horas de la mañana todavía en pijamas.

Los hijos sonrieron unos con las caras amodorradas y otros ya más jiritos, aguantándose las ganas de jugar, pues a la mesa se sentaba a comer. Su hija Pera le sirvió una taza de chocolate y entonces trajeron el desayuno: molletes de pan de huevo comprados en La Reina, partidos a la mitad y calentados en el horno por ser invierno y un tazoncito con natas que le pasaron a él en primer lugar para que untara sus panes y luego fueron pasando de mano en mano, así como la jarra de chocolate que aposentaron en la mesa para que cada quien se sirviera si quería más.

Vio que Pera y Lourdes se servían también chocolate y molletes y les preguntó que si ahora habían dejado la dieta, y éstas le respondieron que sí, porque era Navidad. Comieron entre bromas, chismes y silencios. Cuando terminó y le recogieron el plato, se dirigió a la cocina a ver lo que se estaba preparando y buscó de nuevo ahí los platitos de repostería, pero no los encontró. Así que preguntó a Esperanza, su mujer, —¿Y los dulces?— y ella respondió con una sonrisa— En la despensa, pero son para la cena.

Echó un vistazo en la amplia despensa y ahí, enfilados en una tabla, estaban resguardadas las delicias del postre de Nochebuena: buñuelos de aire bien acomodados en un plato blanco; turrónes de nuez, polvorones de naranja y galletitas de pasta flora en sendos platonos de cristal, nogada de piloncillo y nueces garapiñadas en platitos hondos y las mentaditas, dulces de pasta de menta color verde pistache, en platitos más pequeños, todo bien cubierto con celofanes, esperando para la cena. A escondidas tomó una nogadita y unos polvorones.

Dio la media vuelta, se despidió, se puso el abrigo y la bufanda y salió de la casa. Como había pensado, el aire estaba frío. Se metió en el carro estacionado frente a la casa y lo prendió para que fuera calentándose; mientras, se comió las golosinas hurtadas. Manejó hasta el centro de la ciudad, a la plaza Manuel Acuña y estacionó el carro a un lado del

mercado Saltillo, casi frente al hotel De Ávila, donde revisaría las cuentas y recibiría a los proveedores; dejaría todo preparado para que esa noche y la siguiente sí pudiera dormir con su familia.

Más tarde, de regreso en su casa de la privada de la calle de Pérez Treviño, tomó unos leños y encendió la chimenea del recibidor. Después, como hacía por lo general mientras esperaba la comida, entró en la biblioteca para revisar la edición vespertina del Heraldo de Saltillo. Como siempre, la corrupción seguía igual; los políticos presumían el desarrollo y la industria, pero no cuidaban la democracia.

Ya en la noche todos se habían engalanado. Las niñas chicas llevaban moños en las colas de caballo y vestidos rabones, que les dejaban las piernas descubiertas de las rodillas hacia abajo y zapatos blancos de charol, con las mediecitas dobladas en los tobillos y suéteres de lana de colores claros. Lourdes y Pera se habían hecho peinados especiales para la ocasión. Los hijos iban con camisa y pantalón. Su mujer llevaba puesto un vestido largo color verde. Él se había cambiado la corbata del diario y puesto la favorita, color azul, con el suéter azul oscuro. Las más pequeñas, Lety y Sarabel entraban y salían con su madre de la cocina, llevando platos y bandejas. Los muchachos preparaban las botellas de vino para el brindis y terminaban de poner la mesa.

Don Óscar se dio una vuelta por el comedor y con gusto descubrió los platos de cristal que contenían los apreciados dulces, acomodados en el bufete, ya sin celofanes. Entonces sonó el teléfono, Lety contestó y desde el pasillo que llevaba a las recámaras gritó que la abuela Sarita ya estaba lista.

Don Óscar volteó a ver a su mujer como preguntando; ella, atareada y caminando hacia la cocina, por respuesta dijo —Que te acompañe Chepe. Y luego desde la cocina gritó

—Ándale, Chepe, ve con tu papá. Por tercera vez en el día, Don Óscar se puso el abrigo y salió de la casa, ahora a la noche helada, acompañado de José Juan, el mayor de sus hijos, para recoger a su suegra, que vivía a sólo diez minutos de la casa, pero estaba vieja y el frío no le sentaba bien, necesitaba que la fueran a recoger.

La mayor parte del camino transcurrió silencioso, con el ruido del motor flotando en la tranquilidad de la noche. —¿Viste qué preparó mi mamá para la cena? —espetó José Juan con cara de burla.

—No. ¿Qué?

—Crema de apio. Guácala. —Don Óscar soltó una risita cómplice y continuaron en silencio. Pensó con simpatía cómo a su mujer le gustaba variar la cena de cada año y que aquello le parecía muy bien, lo único que esperaba es que estuviera tan buena como siempre.

Cruzaron la Alameda de Zaragoza, con sus árboles helados llenos de escarcha transparente que reflejaba la luz de las farolas. Tomaron la calle De la Fuente, donde se encontraba su antigua casa hasta la de Hidalgo. Cuando llegaron por ella, después de que José Juan tocara el timbre, la abuela Sara salió con su abrigo oscuro de piel y su peinado de ondas a la Pompadur. La abuela saludó contenta a su nieto mayor y a su yerno mientras subía al asiento del copiloto. Don Óscar correspondió el saludo y pensó que la señora lo apreciaba, después de todo trataba muy bien a su hija y era un buen padre, sin vicios, luchador social y hasta buen católico.

Cuando llegaron a la casa los niños corrieron a recibir a la única invitada entre gritos de *¡abuelita, abuelita, abuelita!*, quien repartió abrazos. Pusieron en el tocadiscos música navideña y se sentaron a la mesa, con las velas prendidas, y fueron sumergiéndose en el ambiente cálido de la charla, las noticias recientes, la familia, los recuerdos, las

peripecias y las desobediencias de los niños pequeños. Los adultos permanecieron sentados y los ocho hijos fueron parándose para jugar y corretear por el pasillo, otros se sentaron cerca de la chimenea y alguno, travieso, quiso abrir con cuidado, sin que nadie lo viera, los regalos envueltos en papeles brillantes y colocados a un lado del nacimiento, pero fue sorprendido a tiempo: la repartición y apertura de los regalos que habían recibido de sus padrinos y familiares se hacía después de cenar.

Los buñuelos, las galletitas flora y los polvorones fueron menguando en sus respectivos platos de cristal, a pesar de los intentos de Esperanza de evitar manos escurridizas y glotonas. Por fin, poco antes de la medianoche se hizo el brindis y se sirvió la cena: pollo relleno y cubierto de nuez y crema de apio. Primero llegó la crema. Todo el mundo se dispuso a comer y tras unas cucharadas la abuela dijo —¡Ay m'ija, esto está muy fuerte!

Don Óscar paladeó otra cucharada más, tratando de encontrarle el buen sabor a aquella sopa verde y tras ese último intento sólo atinó a dejar la cuchara a un lado. Todos se miraron unos a otros y se escucharon del lado de los niños quejas como “sí, mamá, no se aguanta”, “guaj, sabe a puro apio”. Esperanza miró a su marido y no le quedó otra que aceptar públicamente que la sopa era incomible. Esa noche se rompió la regla y todos los platos de crema fueron recogidos antes de ser terminados. Se trajeron los pollos rellenos, que todos comieron contentos y aliviados. Al final, después de recoger la mesa, los platonos de cristal que contenían las preciadas golosinas fueron traídos a la mesa y los dulces navideños pudieron llegar por fin a las bocas ansiosas de todos.

La tía Marusa

Los Dávila Sota

<<Eran el complemento ideal. La tía Esperanza era una mujer vivaz, alegre. Cuando tu tío José Juan se casó en México, mi tía me habló para invitarme y nos fuimos juntas en el tren. Nosotras nos llevábamos muy bien. Ella era fuerte y muy práctica, su casa siempre estaba llena de gente; se hacía mucha comida y los niños se sentaban primero a la mesa. Yo sentía a mi tía cálida y dicharachera. Su mamá, la tía Sara, era verdaderamente simpática; sonreía y siempre iba muy arregladita, con su peinado “a la Pompadur” y sus ojos azules muy vivos.

<<El tío Óscar era un señor muy serio pero de buen corazón. En aquellos tiempos la relación tío-sobrino era lejana; los niños y los adultos eran dos cosas aparte. El hombre de la casa tenía que ser el fuerte y estaba siempre un poco aparte. Era amoroso pero muy estricto con sus hijos, tenían que cumplir. Una vez montaron la obra de *La casa de Bernarda Alba*, se presentó en el Paraninfo del Ateneo Fuente y fuimos las primas a verla. Después tu mamá repelaba que su casa era igual a la de la obra. A pesar de que traía toda esa lucha social, había cierto sentido represivo en la familia. Yo no sé hasta dónde influiría el ámbito familiar en el infarto y la muerte prematura de Óscar. Creo que en aquellos tiempos los hombres de la casa se tragaban los problemas, no podía quejarse, no podía decir su angustia ni aceptar sentirse presionado. Debía ser así. Creo que Óscar se sentía un poco dividido.

<<No sé si sea mi visión o qué, pero en aquel Saltillo todo estaba muy relacionado, muy redundado, las mismas cosas se repetían en todas las familias, todos vivíamos muy parecido. Mi mamá padecía del corazón y meses antes de la muerte de tu abuelo había estado muy enferma. Luego se compuso mucho y parecía que estaba ya bien, pero poco más tarde murió. Una semana después llamó Virginia, mi tía, avisando que Óscar había muerto.>>

La puerta

Después de leer la frase, me detuve un instante. “Deje ya de frecuentar el pasado, frecuente el futuro”, le dijo el doctor Cardoso a Pereira. Es inevitable detenerme, página 135 de *Sostiene Pereyra*, la recordaré. Una frase evocadora, excelente; una frase que provoca, capaz de conectar con la historia de cualquiera. Se dice que hay quienes viven en el pasado. Su memoria elige el instante idóneo que debiera ocupar el presente. La búsqueda es automática, las razones son innecesarias; recurren a imágenes de épocas viejas, con las mismas actitudes y los mismos dichos. Se quedan ahí repitiéndose a sí mismos.

¿Habrá quien viva en el futuro? No importa en este momento. Cuando el pasado se frecuenta, vuelve de varias formas: impresiones que oprimen el estómago, palabras que retumban en la cabeza, estacas que se clavan en todo el cuerpo, sensaciones que irradian bienestar al ser. El pasado también vuelve en forma de imágenes que aparecen como fotografías y se presentan anteceditas de un flash de luz (no por nada aquello del *flash back*); de ciertos momentos se conservan pocas fotos, de algunos muchas y de otros más, ninguna, como si de esa parte de la vida nada hubiera quedado impreso en la memoria. Estas ausencias pueden causar momentos incómodos, como cuando se olvida una cita en un café acogedor, o el nombre de un compañero al que hay que preguntarle cualquier cosa. He llegado a la conclusión de que si recolectáramos las impresiones de la memoria podríamos formar algo que se pareciera mucho a una película. Sería un trabajo parecido a la antigua forma de edición de películas: extraer con minucioso cuidado cada fotograma reminiscente y extenderlos todos en una mesa, a la luz de la conciencia, observarlos y pegarlos en el

orden adecuado. Hay pretéritos que vuelven y se convierten inmediatamente en lágrimas, aun habiendo pasado el tiempo; depende del momento en que nos visiten.

Por lo pronto ahora trato de frecuentar el futuro. Los rayos de luz habían comenzado a calentar mi chamarra de mezclilla. El sol avanzaba, moviendo de lugar la sombra que hacía más de dos horas me cubría, sentada en una banca del parque España. La sombra de los árboles altos —la misma que había huido— se recortaba sobre el camino como fragmento de encaje oscuro extendido al ras de la tierra roja suelta. Los gritos de los niños en los juegos seguían a lo lejos y del lado contrario los carros pasaban zumbando por la avenida. Padres atareados paseaban a sus niñitos, *no te alejes, vamos para allá, no hay dinero para el globo, no toques, con cuidado*; con el mismo empeño, otros llevaban a sus perros por los caminos y los jardines del parque. En ese momento se acercó por enésima vez el trenecito, que seguro se interesaba por frecuentar el futuro, y pasó frente a mí, silbando, con sus cancioncitas infantiles, bien cargado de niños, contentos unos y aburridos otros, y de padres en reposo. Traqueteando se alejó y un par de señoras rubias con acento sudamericano llegaron a sentarse en la banca vecina. Mi esperanza de resguardarme del calor se marchitó pues las demás bancas estaban ocupadas, como en buena tarde sabatina. Tomaré la señal como recordatorio de la iluminación que ofrece la naturaleza.

Retomo la lectura y me entero de que Pereira le responde al doctor Cardoso con la exclamación “qué hermosa frase”. Tabucchi, el autor, hace alarde de su genio al poner en boca de su personaje aquel pensamiento. Por supuesto que es una hermosa frase, repito en voz alta y acto seguido miro de reojo a mis vecinas de banca, pensando que podrían haberme escuchado. Pero el ruido del parque es suficiente, afortunadamente, o su plática es más interesante que las exclamaciones de una mujer de faldas largas con un libro en la

mano en pleno sábado a la hora de la comida. Me pregunto si aquél es un buen truco de autor para elogiarse a sí mismo. Como fuera, funciona; inevitablemente he pensado en el doctor Cardoso como ser de conocimiento y en la situación tranquila pero cambiante de Pereira y, por último, en el autor. Siento el estómago bullir. Miro el reloj: las cuatro de la tarde, una hora de retraso en la comida y mi madre que no llama.

La novela me ha capturado, me encontré en el personaje. Nada más alejado de mi realidad que un hombre de cincuenta y tantos, cardíaco y obeso, además de solitario. Sin embargo, los dos compartimos tiempos de cambio y de crisis. Yo investigo a mi familia, escribo una novela y busco un trabajo; hurgo en el pasado por las claves del rumbo que toma la vida. Me espera una novela en la computadora, me digo. El camino inició meses atrás, meses que corrieron como nubes en el cielo, inasibles, cambiantes y siendo la misma cosa a la vez. La investigación se extendió larga, con entrevistas y visitas a personajes tan dispares con un único punto en común: la memoria de la estampa de un hombre que yo no había conocido pero que me era tan cercano, guardián de mis raíces, que se había llevado a la tumba, con su muerte temprana, las respuestas de tantas preguntas que me inundaban la vida, tardes de té negro con lecciones de autores y literatura, de paseos por el centro de Saltillo, de lecturas y recomendaciones, tal vez de discusiones de política. Abuelo, ¿por qué te me fuiste tan pronto?

Las entrevistas, la bitácora de notas, todos los papeles, parecían siempre insuficientes, se quedaban ahí, inertes en la mesa de trabajo. Era yo quien debía armar el rompecabezas. He pasado días soleados de verano de los que hacen brotar gotas perdidas de sudor en la cara y el pecho, y noches frescas del desierto imbuida en cartas personales, recortes de periódicos, artículos de revistas y fotografías, más fotografías, amarillentas por

el tiempo que llevan archivadas. Hice desde el hotel inventarios de los papeles que tenía, prestados, propios, consultados, con el cuarto turbio de humo de cigarro, la cama y la mesa del tocador como escritorio provisional invadidos de papeles, la computadora encendida siempre y dos o tres ceniceros hechizos colocados por ahí. Me había tenido como escucha atenta en pláticas familiares alrededor de la mesa redonda de la cocina de la tía Pera, todos con café en mano, las tías platicando de los modos del abuelo, yo observando caras complacidas y ojos que viajaban en sus recuerdos, mientras el pay de guayaba en el centro de la mesa disminuía misteriosamente. No sé si la angustia se tornaba en gustillo por provocar aquellas reuniones en que la familia se reencontraba y recordaba su pasado, reconstruía sus orígenes, o si aumentaba cuando me daba cuenta que entre más sabía, más alejada estaba del objetivo. Más confuso se volvía aquello, más complejo el armado, pues aparecían más y más piezas que rebelaban que, en realidad, la historia era inasible, que lo pasado sólo existía fraccionado y distribuido en las memorias de quienes lo habían vivido. Después, de regreso en la ciudad de México, vinieron madrugadas oscuras y noches bien entradas de sentarse en el sillón azul y cómodo de la sala, cerca de la ventana, frente a la computadora, con la hoja virtual en blanco y la cabeza llena de ruido, sin saber cómo seguir, cómo iniciar un nuevo capítulo, temiendo la desaprobación del trabajo que era la culminación de una inquietud de años.

En la cabeza me quedaron ecos que tuve que asimilar. Entender quién fue el abuelo me ha costado más de un año, y mis ideas sobre él cambiarán conforme pase el tiempo. ¿Quién fue Óscar Dávila? Nadie de quienes compartieron conmigo sus memorias puede presumir que lo conoció por completo. Todos tenían sólo un fragmento, que me obsequiaron y que ahora me propongo armar. He tenido que inventármelo yo misma, sacar

hebras de todo lo que había escuchado y visto, y echar mano de la intuición para trenzar mi propio hilo, formar mi propia figura del abuelo. Así tendrán que hacer los lectores. Entendí que su vida se podía resumir en una palabra: ética. Que fue un hombre de su tiempo y de sus condiciones, que decidió tener una vida distinta, dedicar su tiempo a algo diferente. Vivió para formarse y cumplir en la práctica sus principios.

Don Henry, coetáneo suyo, dijo alguna vez: “Sí, yo sí lo conocí. Pero de lejos. Óscar siempre estaba sentado en una mecedora, leyendo en el zaguán de su casa. Nosotros estábamos en la plaza, en el borlote, con la muchachada”. Fue un solitario, silencioso observador de su tiempo. ¿Le faltaron motivos para haber hecho algo más? Cuando terminaban de construir su casa, Óscar consiguió con algún conocido que le vendieran un mosaico para piso más barato. Cuando llegaron las cajas, una gran parte estaba rota, pero él no dijo nada. No podía, era un favor. Esperanza se reservó su rabia y sólo se quejó en voz baja ante sus hijas: “¿Por qué no los devuelve?”. El silencio abundó en la vida del abuelo. Guardaba sus razones y se rendía ante lo inconmensurable de sus pensamientos. Las ideas le tendían una trampa ruidosa y se encerraba dentro de sí a descifrarla. Aun así le faltó tiempo para estar verdaderamente consigo mismo, en la soledad, campo fértil para la creación. Prefirió dedicar su vida al quehacer político, a aquello que demandaba su compromiso de hombre formado en las ideas.

Óscar Dávila se extinguió tempranamente con su época. He escuchado que hay hombres que tienen muy claras sus tareas en la vida y que cuando las terminan, se acaba su misión y con ella su vida. Sin términos medios, pues ellos mismos son la tarea. La pregunta vuelve a mi memoria: ¿Habrán quien viva en el futuro? Mi abuelo murió hace casi cuarenta

años, ni siquiera lo conocí. ¿Vive Óscar Dávila en el futuro, en mi presente, en mi pasado, en la memoria latente de Saltillo?

Y al final aquí me hallo: en una banca de hierro forjado con el estómago vacío, viendo perros felices y niños con la emoción de un sábado por la tarde. En la casa me aguarda una novela inconclusa del *estar* aunque se haya muerto, y de lo que perdura de alguien en la familia, en la memoria de una ciudad y en el recuerdo de los que aman sin haberse conocido. Desde el pasado, desde el futuro. La odisea no ha terminado, pero llevo un buen tramo recorrido. Tengo ya algunos resultados: estas páginas son la consecuencia. Una puerta a lo que sigue.